

CON LA SOGA AL CUELLO



JOSEPH
CONRAD

Lectulandia

Whaley, que ha asistido al nacimiento de las grandes compañías comerciales de Oriente y la aparición de los buques de vapor, ve profundamente alterada su vida a los sesenta y cinco años al perder toda su fortuna. Para hacer frente a esta difícil situación, el viejo cuenta con dos armas: su altura moral y su sentido del deber, que le llevarán a embarcarse en una difícil aventura en un mundo que reniega de los valores morales de hombres como él.

Lectulandia

Joseph Conrad

Con la sogá al cuello

ePub r1.0

Titivillus 20.12.2017

Título original: *The end of the tether*
Joseph Conrad, 1902
Traducción: Vlady Kociancich
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi esposa

1

Mucho después que el rumbo del *Sofala* cambiara en dirección a tierra, la baja costa pantanosa aún retenía la apariencia de un mero tizne de oscuridad más allá de una franja de resplandor. Los rayos del sol caían violentamente sobre el mar en calma, se estrellaban contra esa lisura de diamante para convertirse en polvo de chispas: un vapor luminoso que cegaba los ojos y fatigaba el cerebro con su inconstante brillo.

El capitán Whalley no miraba. Cuando el *serang*, aproximándose al amplio sillón de bambú que él ocupaba con toda su capacidad, le dijo que debían modificar el rumbo, se levantó en seguida y permaneció de pie, cara al frente, mientras la proa del barco giraba un cuarto de círculo. No dijo una sola palabra, ni siquiera la palabra necesaria para que mantuvieran el rumbo. Fue el *serang*, un viejo malayo, menudo y alerta, quien murmuró la orden al timonel. Y entonces, lentamente, el capitán Whalley volvió a sentarse en el sillón del puente y clavó los ojos en el pedazo de cubierta que había entre sus pies.

No tenía esperanzas de ver nada nuevo en esa callejuela del mar. Había recorrido estas costas durante los últimos tres años. De Low Cape a Malantan, la distancia era de cincuenta millas: seis horas de marcha para el viejo barco con la marea a favor; siete, con la marea en contra. Luego se avanzaba rectamente a tierra y pronto aparecían tres palmeras en el cielo, altas y finas, las cabezas desgredadas en un solo racimo, como si estuvieran aplicadas a una crítica confidencial de los oscuros mangles. El *Sofala* enfilaría entonces hacia la franja sombría de la costa que, en un momento dado, mientras el barco se arrimaba a ella oblicuamente, mostraría varias fracturas limpias y brillantes: el estuario bien colmado de un río. El viejo buque conocía mejor ese camino que los hombres que lo tripulaban, nunca los mismos a lo largo de tanto tiempo; mejor que el fiel *serang*, a quien el capitán había traído de su último barco para hacer las guardias; mejor que él mismo, que sólo había sido su capitán durante los últimos tres años. La marcha del barco era confiable; jamás se descomponía la brújula. Era muy fácil de llevar, como si la vejez le hubiera otorgado conocimiento, sabiduría y firmeza. Recalaba a un grado de su rumbo y casi a un minuto del tiempo calculado. En cualquier momento, mientras estaba sentado en el puente sin alzar la vista, o cuando yacía insomne en la cama, una sencilla cuenta de días y de horas le permitía saber dónde se encontraba: el punto exacto de otro cambio de rumbo. Él también conocía de memoria ese monótono circuito de buhonero, arriba y abajo por los Estrechos; conocía el orden, el paisaje, la gente. Malaca para comenzar, la llegada al amanecer, la partida al crepúsculo, luego el cruce, con una rígida estela fosforescente, de ese camino real del Lejano Oriente. Oscuridad y reflejos en el agua, claras estrellas de un cielo negro, quizá las luces de un vapor local que mantenía su imperturbable curso en el medio, tal vez la sombra fugaz de una embarcación nativa que se deslizaba en silencio, esquivamente; y, al otro lado, con la

luz del sol, tierra baja. A mediodía, las tres palmeras de la siguiente escala, en el extremo de un río perezoso. El único hombre blanco del lugar era un joven marino retirado, de quien el capitán se había hecho amigo al cabo de muchos viajes. Sesenta millas más adelante, otra escala: una bahía profunda, con sólo un par de casas en la playa. Y así sucesivamente, entrando y saliendo, recogiendo cargamento costero aquí y allá, luego el último trecho de cien millas, a través del laberinto de un archipiélago de islotes, hasta un gran poblado nativo que era el final del viaje. Ahí, tres días de descanso para el viejo vapor antes de volver a ponerlo en marcha, ahora en sentido inverso, para ver las mismas costas desde otra posición, para oír las mismas voces en los mismos sitios, para volver una vez más al puerto de registro del *Sofala* en la gran ruta hacia el Oriente, donde se alojaría casi enfrente de la maciza construcción de piedra de la oficina portuaria, hasta que llegase el momento de retomar la vieja ronda de mil seiscientas millas y treinta días.

No era una gran hazaña la vida que llevaba el capitán Whalley, Henry Whalley, antes llamado Harry Whalley, el Temerario, capitán del *Condor*, famoso clíper de su época. No. Ninguna hazaña para el capitán de barcos famosos (y más de uno de su propiedad incluso), que había hecho famosas travesías, que había sido el pionero de nuevas rutas y de nuevos tráficos, que había navegado zonas inexploradas de los Mares del Sur y había visto cómo se alzaba el sol en islas que no figuraban en los mapas. Cincuenta años en el mar, cuarenta en el Oriente («un aprendizaje bastante completo», solía decir con una sonrisa), le habían ganado un nombre honorable para una generación entera de armadores y de comerciantes en todos los puertos existentes, desde Bombay hasta más allá del punto donde el Este se funde con el Oeste, sobre la costa de las dos Américas. Su fama estaba escrita, con letras no muy grandes, pero suficientemente claras, en los mapas de navegación del Almirantazgo. ¿Acaso no había por ahí, entre Australia y la China, una isla Whalley y un arrecife Cóndor? En aquella peligrosa formación coralina, el célebre clíper había encallado durante tres días, mientras el capitán y la tripulación arrojaban cargamento por la borda con una mano y, con la otra, por así decirlo, mantenían a distancia a una salvaje flotilla de canoas guerreras. En aquel entonces, ni la isla ni el arrecife tenían existencia oficial. Tiempo después, los oficiales del *Fusilier*, un vapor al servicio de Su Majestad, enviado para hacer un estudio de la ruta, reconocieron, en la adopción de esos dos nombres, la hazaña del marino y la solidez del barco. Además, como cualquiera que se interese puede ver, el Directorio General, vol. 2, p. 410, comienza la descripción del «Pasaje Malotuor Whalley», con estas palabras: «Esta ventajosa ruta fue descubierta por el capitán Whalley con su barco *Condor*», y termina recomendándola especialmente a los barcos de vela que salen de los puertos de la China en dirección al sur, durante los meses de diciembre a abril inclusive.

Ésa era la ganancia más clara que había sacado de la vida. Nada podía arrebatárle esa suerte de gloria. La perforación del Istmo de Suez, como la ruptura de un dique, había inundado el Oriente de nuevos barcos, nuevos hombres, nuevos sistemas de

comercio. Había cambiado la cara de los Mares del Sur y también el alma; sus tempranas aventuras nada significaban para la nueva generación de navegantes.

En aquellos días ya remotos, había manejado muchos miles de libras: el dinero de sus empleadores y el propio; se había ocupado fielmente, como exige la ley al capitán, de los intereses en conflicto de armadores, fletadores y aseguradores. Jamás había perdido un barco ni consentido una transacción oscura, y logró perdurar dignamente, incluso sobrevivir a las condiciones que contribuyeron a su fama. Había sepultado a su mujer (en el Golfo de Petchili), había casado a su hija con el hombre de su infortunada elección, había perdido mucho más dinero que el necesario para subsistir en la quiebra de la notoria corporación bancaria de Travancore y Deccan, cuya caída sacudió el Oriente como un terremoto. Y tenía sesenta y siete años de edad.

Los años le pesaban poco y no se avergonzaba de su ruina. No había sido el único en creer en la estabilidad de aquella corporación bancaria. Hombres cuyo juicio en asuntos financieros era tan sólido como su experiencia del mar, habían elogiado la prudencia de la inversión y también habían perdido mucho dinero en la gran bancarrota. La única diferencia entre esos hombres y el capitán Whalley era que él había perdido todo. Sin embargo, no todo. De la pérdida de esa fortuna salvó un barquito, muy lindo, el *Fair Maid*, que había comprado para llenar las horas de ocio en su retiro, o como él mismo decía: «Para jugar un poco».

Formalmente, se había declarado hartado del mar un año antes del casamiento de su hija. Pero cuando la joven pareja fue a instalarse en Melbourne, descubrió que no lograba ser feliz en tierra. Aún le quedaba mucho del capitán mercante que había sido como para conformarse con unas cuantas vueltas en yate. Necesitaba la ilusión de hacer negocios; la compra del *Fair Maid* preservó la continuidad de su vida. A sus conocidos en varios puertos lo presentó como «el último barco de mi mando». Cuando se hiciera demasiado viejo para tripular el *Fair Maid*, soltaría el ancla y bajaría a tierra para que lo sepultaran. En el testamento dejaría instrucciones precisas: que remolcaran el barco mar adentro y lo echaran decentemente a pique el mismo día de su funeral. Su hija no le escatimaría la satisfacción de saber que ningún extraño sería el capitán de su último barco. Cuando él muriera, con la fortuna que iba a dejarle, el valor de una embarcación de apenas quinientas toneladas ni vendría al caso. Decía todo esto con un destello de picardía en la mirada; aquel anciano vigoroso tenía demasiada vitalidad como para creer en la sensiblería del lamento. Pero también lo decía con alguna nostalgia, porque la vida era como su propia casa y hallaba un genuino placer en los sentimientos y las posesiones que le ofrecía: la dignidad de su reputación y de su riqueza, el amor por la hija y la satisfacción por el barco, juguete de un ocio solitario.

Arregló el camarote de acuerdo con su simple ideal de comodidad en el mar. Una amplia biblioteca (era un gran lector) ocupaba uno de los lados; el retrato de su difunta esposa, un óleo bituminoso y desvaído que representaba el perfil y el largo rizo negro de una mujer joven, colgaba enfrente de la cama. El tictac de tres cronómetros lo acompañaba al sueño y una diminuta competición de latidos mecánicos lo saludaba al despertar. Todos los días se levantaba a las cinco. El oficial de guardia, que bebía su primera taza de café junto al timón, oía, por el ancho orificio de los respiradores de cobre, las salpicaduras del agua, los resoplidos y gorgoteos de la higiene de su capitán. A esos ruidos seguía un murmullo profundo y sostenido: el Padrenuestro recitado en voz alta y solemne. Cinco minutos después, la cabeza y los hombros del capitán Whalley emergían de la escotilla. Invariablemente, se detenía un momento en la escalera, miraba toda la amplitud del horizonte, luego alzaba los ojos hacia las velas para observar su orientación, mientras aspiraba grandes bocanadas de

aire fresco. Sólo entonces subía a cubierta y contestaba el saludo de la mano levantada a la visera de una gorra, con un majestuoso y benigno «Buenos días a usted». Hasta las ocho recorría escrupulosamente la cubierta. A veces (no más de dos al año), cierta rigidez en la cadera lo obligaba a apoyarse en una gruesa estaca a modo de bastón; un ligero toque de reumatismo, suponía. Salvo ésa, desconocía todas las enfermedades del cuerpo. Cuando sonaba la campana del desayuno, bajaba a alimentar a sus canarios, le daba cuerda a los cronómetros, y se sentaba a la cabecera de la mesa. Desde ahí veía, frente a él, las grandes fotografías al carbón de su hija, del marido de su hija y de dos bebés de piernas regordetas, sus nietos, puestas en marcos negros y empotrados en la madera de arce del camarote. Después del desayuno, él mismo, con un paño, quitaba el polvo del vidrio que cubría los retratos, y repasaba el cuadro de su mujer con un plumerito que colgaba de un gancho de cobre, junto al barroco marco dorado. Luego cerraba la puerta del camarote, se sentaba en un sofá, debajo del retrato, y leía un capítulo de una voluminosa edición de bolsillo de la Biblia: la Biblia de ella. Pero a veces simplemente permanecía sentado durante media hora, un dedo entre las páginas, el libro sin abrir sobre las rodillas. Quizás había recordado, inesperadamente, cómo le gustaba el mar a ella.

Había sido una verdadera camarada de a bordo y también una verdadera mujer. Era un artículo de fe su convicción de que nunca había existido ni existiría jamás, ni en el mar ni en tierra firme, una morada más alegre y luminosa que su casa bajo la cubierta del *Condor*, con el gran salón todo de blanco y oro, adornado como para un perpetuo festival, con una guirnalda de flores que no se marchitarían nunca. Ella misma había decorado el centro de cada panel con un ramillete de flores hogareñas. Le llevó doce meses esa obra de amor que rodeaba enteramente el salón. Para él, aquella pintura era una maravilla del arte, el logro más perfecto de habilidad y de buen gusto. En cuanto al viejo Swinburne, el piloto, cada vez que bajaba a comer, caía en un éxtasis de admiración ante el progreso de la obra. «Uno casi puede oler esas rosas», decía, mientras olfateaba el aroma ligero y penetrante del aguarrás vegetal que entonces inundaba el camarote y que (como después lo confesó) disminuía un poco su apetito. Nada empañaba, en cambio, el deleite de oírla cantar.

«La señora es un perfecto ruiseñor, capitán», declaraba con el aire solemne de un juez, después de escuchar atentamente hasta el fin de la pieza.

Cuando hacía buen tiempo, durante la guardia, los dos hombres le oían cantar, acompañándose al piano. El mismo día que se comprometieron, el capitán había encargado el instrumento a una firma de Londres. Pero ya llevaban un año y medio de casados cuando lo recibieron, sorprendidos: inesperadamente apareció por la vía del Cabo. La enorme caja era parte del primer envío directo de carga que desembarcaba en el puerto de Hong Kong, un acontecimiento tan brumoso y remoto, para los hombres que caminaban por los muelles bulliciosos de hoy, como las edades oscuras de la historia. Pero a él le bastaba media hora de soledad para vivir una vez más su vida entera, con toda su aventura, todo su idilio, toda su tristeza.

Él mismo le cerró los ojos. Esposa de marino y, como él, marinera hasta la médula, se deslizó al mar bajo la bandera que la cubría. Whalley había leído el responso del libro de plegarias de ella, sin que se le quebrara la voz. Cuando alzó los ojos, vio al viejo Swinburne, que apretaba la gorra contra el pecho: en la cara rugosa e impasible, trabajada por el viento y el sol, corrían gruesas gotas de agua, como un chaparrón sobre un bloque de granito rojo. No lo escandalizó el llanto de aquel viejo lobo de mar; él tenía que seguir leyendo y lo hizo. Pero después de oír el golpe del cuerpo contra el agua, por unos días recordó muy poco de lo que había pasado. Un viejo marinero de la tripulación, que era hábil con la aguja, hizo, de una falda negra de la muerta, un vestido de luto para la niña.

No le resultaría fácil olvidar. Pero no se puede embalsar la vida como si fuera un arroyo mezquino. Crece, desborda, fluye sobre las penurias de un hombre, hasta que un día las aguas se cierran sobre un dolor, como el mar sobre un cadáver, sin importarle cuánto amor se ha ido al fondo. Y el mundo no es malo. La gente se había portado bien con él, especialmente la señora Gardner, esposa del socio principal de Gardner, Patteson & Co., propietarios del *Condor*. Fue ella misma quien se ofreció para cuidar a la chica y quien luego la llevó con sus propias hijas a Inglaterra (un viaje nada sencillo en esos días, incluso por la ruta terrestre del correo), para que completara sus estudios. Pasaron diez años antes de que volviera a verla.

De pequeña, nunca la había asustado un temporal. Le pedía que la llevara a cubierta, metida en el hueco de su impermeable, para ver el mar embravecido que se arrojaba sobre el *Condor*. El agua arremolinada, el fragor de las olas gigantescas llenaban el diminuto corazón de un placer tan intenso que le quitaba el aire.

—Qué buen hijo varón me he perdido —le decía él en broma.

La había llamado Ivy^[1] porque le gustaba el sonido de la palabra y porque, oscuramente, lo fascinaba una vaga asociación de ideas. La hija se había adherido estrechamente a su corazón y él esperaba que siempre se adhiriera al padre como a una torre de fortaleza. Olvidó, mientras ella fue chica, que estaba en la naturaleza de las cosas el que un día eligiera adherirse a otro hombre. Pero amaba tanto la vida que incluso ese hecho, cuando al fin ocurrió, le dio algún placer, más allá del íntimo sentimiento de pérdida.

Una vez que hubo comprado el *Fair Maid* para distraer su soledad, apresuradamente aceptó, sólo por la oportunidad de visitar a su hija, un cargamento poco redituable para Australia. Ahí descubrió que no le desagradaba tanto que ella se adhiriera a otro, como el tronco elegido para adherirse. Visto de cerca, aquel nuevo sostén le pareció «un palito medio endeble», y el juicio se refería también a la salud del hombre. La estudiada cortesía del yerno lo disgustó quizá más que el modo de administrar el dinero que le había dado a Ivy cuando se casó. Pero de su aprensión no dijo una palabra. Solamente, el día de la partida, segundos antes de salir por la puerta ya abierta, le tomó las manos, la miró en los ojos y dijo:

—Sabes bien, mi querida, que todo lo que tengo es para ti y los niños. Tienes que

escribirme con franqueza.

Ella había respondido con un casi imperceptible movimiento de cabeza. Se parecía a la madre en el color de los ojos, en el carácter, y también en que lo comprendía sin necesidad de muchas palabras.

Efectivamente, le escribió. Y algunas de esas cartas enarcaron las blancas cejas del capitán Whalley. Con todo, sintió que su capacidad para proveer a las necesidades de la hija tan pronto como se lo pidiera, era su verdadera recompensa por todos los esfuerzos de una vida. En cierto modo, disfrutaba de algo por primera vez desde la muerte de su esposa. No era raro, entonces, que los puntuales fracasos del yerno, vistos de lejos, despertaran en él una suerte de simpatía por el hombre. Con tanta regularidad el pobre diablo se atascaba en algún recoveco de la costa, que hubiera sido injusto achacar esa perpetua encalladura a su atolondramiento. No, no. Él sabía muy bien de qué se trataba: mala suerte. La suya había sido maravillosa, pero a lo largo de la vida había comprobado que muchos hombres buenos (marinos y de los otros) se hundían bajo el peso de la pura mala suerte, y había aprendido a reconocer los síntomas fatales. Por ese motivo, ya estudiaba un modo realmente eficaz de ahorrar hasta el último centavo que tenía para legarle a su hija, cuando, con un estruendo preliminar de rumores (cuyo primer sonido oyó en Shangai), le llegó el golpe de la quiebra. Una vez que atravesó las inevitables fases del estupor, de la incredulidad, de la indignación, tuvo que resignarse al hecho de que ya no se podía hablar de herencia alguna.

Para colmo, como si el desdichado sujeto, allá en Melbourne, hubiera estado esperando la catástrofe, abandonó sus infructuosos juegos y se sentó a descansar. Pero en una silla de ruedas.

—Nunca volverá a caminar —escribió la esposa.

Por primera vez en su vida, el capitán Whalley sintió que perdía el equilibrio.

De allí en adelante, el *Fair Maid* tendría que trabajar en serio. Ya no era cuestión de mantener vivo el recuerdo de Harry Whalley, el Temerario, en los Mares del Sur, ni de proveer a los pequeños gastos de un viejo: algo de plata en el bolsillo, ropa, la cuenta anual por unos cientos de cigarros de primera clase. Había que ajustarse el cinturón y trabajar el barco sin respiro, con una mínima asignación para el pan de los hombres que lo tripulaban.

Esta necesidad le abrió los ojos a cambios fundamentales que había sufrido el mundo. De su pasado sólo quedaban, aquí y allá, algunos nombres familiares; las cosas y los hombres ya no estaban. El nombre Gardner, Patteson & Co. aún se exhibía en las paredes de los depósitos junto a los muelles, en las placas de bronce y en las vidrieras de los comercios de varios puertos orientales, pero ya no había ni un Gardner ni un Patteson en toda la compañía. Tampoco lo esperaban el sillón, la cálida bienvenida en un despacho privado, con algún negocio reservado para el viejo amigo, en memoria de los servicios prestados. Ahora eran los maridos de las hijas de Gardner quienes ocupaban los escritorios de aquella habitación donde, incluso

después de su retiro y mientras vivió el viejo Gardner, había entrado siempre sin pedir permiso. Los barcos de ahora tenían chimeneas amarillas con topes negros y un horario de rutas cuidadosamente trazadas, como un estúpido servicio de tranvías. Los vientos de diciembre y los vientos de junio les daban exactamente lo mismo. En cuanto a los capitanes de estos barcos (jóvenes excelentes, sin duda) seguramente conocían la isla Whalley porque hacía poco que el gobierno había instalado una luz fija, blanca, en el extremo norte (y una roja, de peligro, en el arrecife Cóndor), pero los hubiera sorprendido muchísimo la noticia de que aún existía un Whalley de carne y hueso: el viejo que recorría el mundo, tratando de conseguir un cargamento para su barquito.

Y en todas partes era igual. Muertos estaban los hombres que hubieran asentido apreciativamente ante la sola mención de su nombre y quienes hubieran ayudado a Harry Whalley, el Temerario, por una simple cuestión de honor. Muertas las oportunidades que él hubiera aprovechado y también la bandada de clípers de alas blancas que vivían la jactanciosa vida de los vientos, que recogían fortunas inmensas de la espuma del mar. En ese nuevo mundo que recortaba las ganancias a un mínimo irreductible, en ese mundo capaz de calcular, dos veces por día, el tonelaje desocupado, y donde los fletes más escasos se anulaban por cable con dos meses de anticipación, no había posibilidad de fortuna para un individuo que vagaba al azar con su barquito. Ya no quedaba sitio para él.

Con cada año que pasaba, las dificultades crecían. La pequeñez de las cantidades que le giraba a su hija lo hacía sufrir horriblemente. Mientras tanto, ya había renunciado a los buenos cigarros y de los malos sólo se permitía seis por día. Nunca le confesó a la hija sus penurias y ella jamás se extendió en detalles sobre su propia lucha por la vida. La confianza que los dos se tenían no necesitaba explicaciones, y la perfecta comprensión mutua se sostenía sin protestas de gratitud ni de pesar. A él lo hubiera escandalizado que ella le hablara de agradecimiento, pero en cambio le pareció natural que le pidiera doscientas libras.

La carta le llegó al puerto de registro del *Sofala*, donde había entrado con el *Fair Maid* en busca de una carga. Decía claramente que era inútil disimular la gravedad de las cosas. No le quedaba otra salida que abrir una pensión; las perspectivas, pensaba ella, eran buenas. Al menos, lo bastante buenas como para que le dijera francamente que con doscientas libras podría empezar. Él había abierto el sobre apresuradamente, en la misma cubierta, donde se lo entregó un mensajero de los abastecedores del puerto cuando estaban anclando.

Por segunda vez en su vida, se sintió abrumado. El golpe lo inmovilizó en la puerta del camarote; ahí se quedó, con el papel temblándole en la mano. ¡Abrir una pensión! ¡Abrir una pensión! ¡Doscientas libras para empezar! ¡La única salida! Y él no sabía dónde conseguir ni doscientos peniques.

Durante toda esa noche, el capitán Whalley caminó por la popa del barco ya anclado, como si buscara la costa en medio de una tormenta, inseguro de su posición

después de muchos días grises sin ver el sol, la luna o las estrellas. En la negra noche titilaban las linternas de los marineros y los rectos trazos luminosos de tierra firme; alrededor del *Fair Maid*, las luces de posición de otros barcos marcaban huellas temblorosas en el agua del puerto. Pero el capitán Whalley no vio ni siquiera un destello hasta que amaneció y se dio cuenta de que tenía la ropa empapada de rocío.

Su barco despertaba. Se detuvo bruscamente, acarició la barba mojada y luego, arrastrando los pies, empezó a descender la escalera de popa. El primer oficial, que recorría adormilado el alcázar, lo miró con estupor, la boca abierta en la mitad de un enorme bostezo.

—Buenos días tenga usted —enunció solemnemente el capitán Whalley, mientras se dirigía a su camarote.

Pero al llegar a la puerta se detuvo y, sin volver la cabeza, dijo:

—A propósito, creo que hay una caja vacía en el pañol, ¿verdad?

El primer oficial cerró la boca. Luego, azorado, preguntó:

—¿Qué caja vacía, señor?

—Una caja de embalar, grande y chata, para ese cuadro que hay en mi camarote. Haga que la suban a cubierta y dígame al carpintero que la revise. Quizá tenga que usarla muy pronto.

El primer oficial no se movió hasta oír que la puerta del camarote de su capitán se cerraba de un golpe. Entonces, levantó la mano y con el índice hizo una expresiva seña al segundo oficial: soplaban raros vientos.

Cuando sonó la campana, la voz autoritaria del capitán Whalley bramó a través de la puerta:

—Siéntense y no me esperen.

Y los impresionados oficiales se sentaron a la mesa, cruzando miradas y susurros. ¿Cómo? ¿No desayunaba? ¡Y después de pasarse una noche entera dando vueltas por la cubierta! Sin duda, soplaban raros vientos.

Allá arriba, encima de las cabezas gravemente inclinadas sobre los platos, tres jaulas de alambre se balanceaban y repicaban con los saltos nerviosos de los canarios hambrientos; también se oía el sonido de los movimientos del Viejo en su camarote. Metódicamente, el capitán Whalley le daba cuerda a los cronómetros, limpiaba el retrato de su difunta esposa, sacaba de un cajón una camisa blanca y limpia; puntilloso, sin apuro, se preparaba para bajar a tierra. Esa mañana no hubiera podido tragar un solo bocado. Había decidido vender el *Fair Maid*.

3

Precisamente en esos días los japoneses rastreaban toda la región en busca de barcos de fabricación europea y no le resultó difícil encontrar un comprador para el *Fair Maid*, un especulador que regateó duramente pero pagó al contado, con vista a una buena reventa. Fue así como, cierta tarde, el capitán Whalley se descubrió bajando la escalera de una de las oficinas más importantes del Oriente, con una boleta azul en la mano. Era el recibo de una carta certificada, dirigida a Melbourne, que contenía un cheque por doscientas libras. El capitán Whalley guardó el papel en un bolsillo del chaleco, empuñó el bastón y echó a andar calle abajo.

Era una avenida recién hecha, con veredas rudimentarias y una blanda capa de polvo que la acolchaba de lado a lado. Un extremo tocaba la sórdida callejuela de tiendas chinas, cercana al puerto; el otro continuaba, sin edificación alguna, durante un par de millas, a través de una vegetación selvática, hasta las puertas de la nueva Consolidated Docks Company. Las crudas fachadas de los nuevos edificios gubernamentales alternaban con los valles ciegos de los baldíos, y la vista del cielo agregaba aún más amplitud al paisaje. El lugar se vaciaba después del horario comercial; los nativos huían como si temieran ver a uno de los tigres que merodeaban la colina donde estaban los nuevos acueductos, bajando silencioso y veloz en busca de un tendero chino para su cena. Al capitán Whalley no lo empequeñecía la vastedad de esa calle pretenciosa y desierta; había demasiada grandeza en su porte. Era apenas una figura solitaria que caminaba resueltamente, con una espléndida barba de peregrino y un grueso bastón que parecía un arma. A un lado del nuevo Palacio de Justicia, había un pórtico de columnas panzonas, bajo y sin adornos, medio escondido tras unos árboles vetustos. Al otro lado, las alas de los pabellones de la nueva Tesorería Colonial alcanzaba la línea de la calle. Pero el capitán Whalley, quien ya no tenía ni barco ni hogar, recordó que en aquel mismo sitio, cuando llegó por primera vez de Inglaterra, se alzaba una aldea de pescadores, con unas pocas chozas de junco, armadas sobre pilotes, entre una caleta de agua barrosa y un caminito de fango que serpenteaba hacia la selva enmarañada, sin almacenes portuarios ni acueductos.

Sin barco, sin hogar. Y su pobre Ivy, allá lejos, en la misma situación. Una pensión no es un verdadero hogar, aunque sirva para ganarse la vida. La idea de la pensión hería profundamente sus sentimientos. Su posición frente a la vida era la del temperamento aristocrático, que se caracteriza por el desprecio de oficios vulgares y por una suma de prejuicios acerca de la naturaleza degradante de ciertas ocupaciones. En cuanto a él mismo, siempre había preferido tripular barcos mercantes (una ocupación honesta) a comprar y vender mercadería, tarea que consistía, esencialmente, en imponerse a otro durante un regateo: una indigna prueba de ingenio, en el mejor de los casos. Su padre había sido el coronel Whalley (retirado) del Honorable Regimiento de las Indias Orientales, hombre de escasos recursos económicos, pero con relaciones distinguidas. Recordaba el capitán que, en su niñez,

los mozos de las tabernas, los comerciantes de provincia y toda la pequeña gente de esa clase, llamaban *milord* al viejo soldado, sólo porque los impresionaba su apariencia.

También el capitán Whalley (quien hubiera ingresado en la Marina si el padre no hubiera muerto antes de que él cumpliera catorce años) tenía algo del aire majestuoso que conviene a un anciano y célebre almirante. Sin embargo, como una brizna de paja en el remolino de un torrente, se hundió de pronto en la muchedumbre morena y amarilla de otra calle que, por contraste con la avenida enorme y desierta, parecía un callejón estrecho y tumultuoso, desbordante de vida. Las paredes de las casas eran azules; las tiendas de los chinos se abrían en enormes bostezos, como madrigueras en cavernas; pilas de sospechosa mercadería desbordaban la penumbra bajo una larga sucesión de arcos, mientras la ardiente serenidad de la puesta de sol ocupaba de punta a punta el centro de la calle, como el reflejo de un incendio. Caía sobre los colores brillantes y los oscuros rostros de la muchedumbre descalza, sobre el amarillo pálido de las espaldas desnudas de los *coolies* que avanzaban a empellones, sobre las correas del uniforme de un soldado *sikh*, alto, de barba partida y fieros bigotes, que montaba guardia en la puerta del Departamento de Policía. Elevándose sobre las cabezas de la multitud, inmenso y recortado en una aureola de polvo rojo, un tranvía repleto de pasajeros navegaba cautelosamente en la corriente humana, tocando bocina sin cesar, como un vapor que se abre paso a tientas en la niebla.

El capitán Whalley emergió como un buceador del otro lado de la calle y, en la sombra desierta de una pared de almacenes cerrados, se quitó el sombrero y se secó el sudor de la frente.

El oficio de patrona de una casa de huéspedes no gozaba de buena reputación. Se decía que esas mujeres eran rapaces, inescrupulosas y falsas, y aunque él no condenaba a clase alguna de sus semejantes, le parecía inadecuado que una Whalley se expusiera a esas sospechas. No había discutido con ella, sin embargo. Sabía que compartía sus sentimientos; sentía piedad por su hija y confiaba en su buen juicio; consideraba un alivio el poder ayudarla una vez más. Pero en el fondo de su aristocrático corazón, le hubiera resultado más fácil aceptar la idea de una hija costurera. Vagamente, recordó que años atrás había leído una obrita conmovedora titulada *La Canción de la Camisa*. No le parecía mal que se hicieran canciones sobre esas pobres mujeres. ¡La nieta del coronel Whalley, dueña de una pensión! Se puso el sombrero, metió la mano en los bolsillos, se detuvo un momento para aplicar el fósforo encendido a la punta de un cigarro barato, y sopló una amarga nube de humo hacia el mundo que contenía semejantes sorpresas.

De una cosa estaba seguro: ella era la digna hija de una madre inteligente. Ya repuesto de la desgarradora pérdida del barco, comprendía que el paso era inevitable. Tal vez lo había sabido durante mucho tiempo, con una inconfesada certeza. Pero la hija, allá lejos, no sólo lo percibió intuitivamente, sino que tuvo ánimo para enfrentar la verdad y coraje para decirla: cualidades que hacían de su madre una mujer de tan

justo criterio.

¡Tarde o temprano hubiera sucedido! Afortunadamente, ella lo había obligado. En un año o dos, la venta los hubiera arruinado. Por mantener el barco a flote, cada año contraía deudas más grandes. No tenía defensa ante los golpes insidiosos de la adversidad, aunque podía resistir un ataque de frente, como el acantilado que se levanta incommovible ante los francos embates del mar e ignora orgullosamente el pequeño oleaje traidor que erosiona su base. Tal como estaban las cosas, una vez pagados los gastos, cumplida la petición de la hija y sin deberle un centavo a nadie, de la venta le quedaban quinientas libras, puestas a buen recaudo. Además, llevaba encima unos cuarenta y tantos dólares, suficientes para pagar la cuenta del hotel, siempre y cuando no se quedara mucho en el cuarto modesto donde se había refugiado.

De pocos muebles y piso encerado, el cuarto daba a una de las verandas laterales. El desmañado, irregular edificio de ladrillos, tan ventilado como una pajarera, resonaba con el incesante golpeteo de las persianas de junco, que hostigaba el viento entre los pilares cuadrados y calados frente al mar. Las habitaciones eran altas, con un flujo de luz solar que ondulaba los cielos rasos, y las periódicas invasiones de turistas de algún vapor de pasajeros anclado en el puerto, revoloteaban en la correntosa penumbra de aquellos cuartos, con el alboroto de sus voces ajenas y de su efímera presencia, como olas de sombras migratorias condenadas a dar la vuelta al mundo sin dejar una huella. El murmullo indistinto de esas irrupciones cesaba tan repentinamente como había nacido; los pasillos barridos por las corrientes de aire y los sillones de las verandas ya no eran testigos de la ansiosa carrera hacia una excursión, ni del postrado reposo de la vuelta. Y el capitán Whalley, entero y digno, casi solo en el inmenso hotel después de cada una de aquellas presurosas, alegres partidas, se sentía como un turista solitario, un viajero exhausto y perdido, sin meta a la vista, sin hogar. En la soledad del cuarto fumaba pensativamente, mientras contemplaba los dos baúles que contenían su única propiedad en este mundo. Un grueso rollo de mapas en una funda de lona se apoyaba contra un rincón de la pared; la chata caja de embalar, con el retrato al óleo y las tres fotografías al carbón, estaba debajo de la cama. Lo agobiaba el cansancio de discutir condiciones, de asistir a inventarios, de toda la rutina comercial. Aquello que para otros era sólo la venta de un barco, era para él un acontecimiento que modificaba radicalmente su existencia. Sabía que después de ese barco no habría otro. Y las esperanzas de su juventud, el ejercicio de sus habilidades, todo sentimiento y todo logro de su madurez estaban indisolublemente unidos a los barcos. Había tripulado barcos; había poseído barcos; y sólo había tolerado los años de su retiro gracias a la idea de que le bastaría extender una mano llena de dinero para conseguir otro barco. Naturalmente creyó que era dueño de todos los barcos del mundo. La venta del último fue una tarea agotadora, pero cuando firmó el recibo comprendió que algo se le iba de las manos para siempre, fue como si todos los barcos abandonaran el mundo a la vez, dejándolo en la playa de

mares inaccesibles, con setecientas libras en la mano.

Mientras caminaba por el muelle, con paso firme y sin apuro, el capitán Whalley apartaba la vista de la rada. Dos generaciones de marinos, nacidos desde su primer día en el mar, se interponían entre él y esos barcos anclados. Había vendido el suyo y se preguntaba: «¿Y ahora qué?».

Del sentimiento de soledad, de vacío interior (y de pérdida también, como si le hubieran arrancado el alma por la fuerza) había brotado, en el primer instante, un impulso de correr hacia la hija y unirse a ella.

—Aquí está el último centavo —le diría—. Tómalo, mi querida. Y aquí está tu anciano padre. Debes tomarlo a él también.

Su alma se retrajo, como si la asustara aquello que yacía escondido en el fondo del impulso. ¿Darse por vencido? ¡Nunca! Cuando uno está muy cansado, se le ocurren toda clase de tonterías. Lindo regalo para una pobre mujer: setecientas libras y la carga de un viejo con buena salud, que viviría años y años. ¿Acaso no era tan capaz de morir en el yugo como cualquiera de esos jóvenes que estaban a cargo de los barcos anclados? Se mantenía tan fuerte como en sus mejores tiempos. La cuestión sería encontrar quien le diera trabajo. Temía que, si se presentaba con su aspecto y sus antecedentes para un puesto de joven, no lo tomaran en serio; sabía, en cambio, que si lograba impresionarlos despertaría compasión. Equivalía a desnudarse para que lo golpearan. No tenía ganas de entregarse por nada. No quería la compasión de nadie. Por otra parte, el mando de un barco (el único trabajo que podía pedir decentemente) no lo estaba esperando a la vuelta de la esquina. Desde el momento en que bajó a tierra para ocuparse de la venta, había mantenido los oídos atentos, pero no oyó hablar de una sola vacante en el puerto. Y aun en el caso de que la hubiera, su pasado exitoso se interponía. Había sido su único patrón durante demasiado tiempo. La única credencial que podía exhibir era el testimonio de toda una vida. ¿Qué mejor recomendación podían pedirle? Pero vagamente intuía que aquel documento único sería leído como una curiosidad arcaica de los mares de Oriente, un texto escrito con palabras obsoletas de una lengua a medias olvidada.

Absorto en estas reflexiones, paseaba por el muelle, muy cerca de la verja, henchido el pecho, recta la espalda, como si aquellos grandes hombros nunca hubieran sentido el peso de todas las cargas que se llevan entre la cuna y la tumba. Ni un pliegue traicionero, ni una sola línea de ansiedad, desfiguraban el modelado sereno de su rostro. Era una cara llena, fuerte y sin curtir; la parte superior emergía, masivamente calma, de un torrente de cabello plateado, con la llamativa delicadeza de la piel clara y la poderosa amplitud de la frente. En el primer instante, su mirada caía sobre el interlocutor rápida y candorosa como la de un chico, pero bajo las cejas blancas, tupidas e hirsutas, la afabilidad de su atención se transformaba en un sutil, penetrante escrutinio. Con los años, había engordado un poco, se había ensanchado en la cintura, a la manera en que envejece un árbol, sin deterioro alguno. Hasta el opulento, lustroso vello blanco en el pecho, parecía un atributo de vitalidad y de vigor inagotables.

En otros tiempos, se había sentido bastante orgulloso de su fuerza física e incluso de su apariencia personal, consciente de su propio valor, firme en su rectitud; ahora le quedaba, como la herencia de una prosperidad perdida, el aspecto sereno del hombre que ha estado siempre a la altura de la vida de su elección. Caminaba sin vacilar, bajo el ala ancha de un viejo panamá. El panamá tenía una copa baja, un pliegue a lo largo de todo su diámetro, una angosta cinta negra. Imperecedero, algo descolorido, el sombrero anacrónico permitía distinguir al capitán Whalley desde lejos, entre la muchedumbre de un puerto o de una calle. Nunca había adoptado la moda relativamente nueva de los cascos de corcho. Le desagradaba la forma y confiaba en mantener fresca la cabeza hasta el fin de sus días sin echar mano de esos artefactos de ventilación higiénica. Llevaba el pelo corto, la camisa inmaculadamente blanca; el traje de liviana franela gris muy gastado pero escrupulosamente cepillado, flotaba en torno de los miembros robustos, y ese corte muy suelto aumentaba su corpulencia. Los años habían madurado la risueña, imperturbable audacia de su juventud, hasta darle un carácter descuidadamente sereno; el pausado golpeteo de la punta de hierro del bastón contra las baldosas tenía el sonido de su propia firmeza. Era imposible relacionar esa magnífica presencia, ese aspecto tranquilo, con las denigrantes angustias de la pobreza. Toda la existencia del hombre parecía desplazarse delante de él, fácil y vasta, con una libertad de medios tan amplia como el traje que llevaba puesto.

El miedo irracional de verse obligado a tocar las quinientas libras para gastos de hotel perturbaba el equilibrio de su mente. No había tiempo que perder. La cuenta subía. Acariciaba la esperanza de que las quinientas libras le sirvieran, tal vez, si todo lo demás fallaba, para conseguir un trabajo que, además de asegurarle el pan (asunto de poca monta), le permitiera ayudar a la hija. A su modo de ver, el dinero era de ella, y él lo invertía en mantenerse para beneficio de la hija únicamente. Una vez que

empezara a trabajar, podría darle la mayor parte del sueldo; le quedaban muchos años de vida por delante y ese negocio de la pensión, imaginaba, no sería una mina de oro al principio. ¿Pero qué trabajo? Estaba dispuesto a aceptar el primer trabajo decente que le cayera entre manos; las quinientas libras debían permanecer intactas, por si acaso. Ése era el punto fundamental. Las quinientas libras, sin tocar, eran un capital que lo respaldaba, pero si las dejara reducirse a cuatrocientas cincuenta, incluso a cuatrocientas ochenta, el dinero perdería toda su eficacia, como si hubiera un poder mágico en la cifra redonda. ¿Pero qué clase de trabajo?

Rondado por esa maligna pregunta como por un demonio fastidioso contra el que no tenía exorcismo alguno, el capitán Whalley se detuvo en lo alto de un puentecito que cruzaba, como una torre curva, el lecho de un canal con orillas de granito. Anclado entre los bloques cuadrados, un prao malayo de alta mar, flotaba, medio escondido, bajo los arcos de mampostería, con los remos en el agua, sin un ruido a bordo, cubierto de proa a popa por un tejado de esterillas de palma. Había dejado atrás el pavimento recalentado de las calles y las fachadas de piedra que las bordeaban, como la pared lisa de un risco, siguiendo la curva de los muelles; ahora estaba frente a un vasto espacio abierto, prolijo y silvestre, con grandes manchas de pasto corto como pedazos de una alfombra verde, lisos y bien pegados a la tierra, con largas hileras de árboles que levantaban pórticos colosales de oscuras vigas y bóvedas de ramas.

Algunas de estas avenidas se cortaban finalmente en el mar. Era una costa de terraplenes; y más allá, sobre la vasta superficie lisa, profunda y fulgurante como la mirada de un ojo azul oscuro, una oblicua cinta púrpura se alargaba indefinidamente, respunteando el mar a través de un hueco que se abría entre dos verdes islotes gemelos. Los mástiles y remos de unos pocos barcos, fondeados en la rada exterior, se alzaban rectos sobre el agua, en un delicado laberinto de líneas rosadas, trazado con un fino pincel sobre la clara sombra del flanco oriental. El capitán Whalley los miró largamente. El barco que había sido suyo estaba anclado ahí. Le daba vértigo pensar que ya no podía subirse a un bote del muelle cuando anocheciera, y pedir que lo llevaran a su barco. A ningún barco. Quizá nunca más. Antes de que concluyera la venta y hasta que recibió el dinero, todos los días se quedaba un rato a bordo del *Fair Maid*. Pero le habían pagado esa misma mañana y ahora, de golpe, ya no tenía barco que abordar cuando se le antojara, ni barco que lo necesitara para ponerse en marcha, para cobrar vida. La situación le parecía inverosímil; demasiado grotesca, no podía durar. Y el mar estaba lleno de todo tipo de barcos. Ahí estaba ese prao, tan quieto en su mortaja de hojas de palma; él también tenía su hombre indispensable. Vivían uno para el otro: el malayo desconocido y este objeto de poco tamaño y de empinada proa que parecía descansar de un largo viaje. Y cada uno de los barcos que estaban a la vista, cerca o lejos, tenía su hombre; el hombre sin el cual el barco era una cosa muerta, un tronco flotante y sin propósito. Después de aquella única mirada, echó a andar otra vez sin detenerse, ya que no había motivo para dar vuelta la cabeza y tenía

que pasar el tiempo de algún modo. Las avenidas de altos árboles desembocaban directamente en la Explanada, cortándose unas a otras en ángulos diversos, columnares abajo, exuberantes arriba. Allá en lo alto, el tejido de ramas parecía dormitar: ni una sola hoja se movía; y los faroles de hierro de la avenida, enhiestos como cañas, dorados como cetros que iban achicándose en una larga perspectiva, con globos de porcelana blanca en la punta, sugería una decoración bárbara, hecha con una hilera de huevos de avestruz. El cielo en llamas encendía una chispa carmesí sobre la superficie cristalina de las lámparas.

El mentón algo hundido, las manos a la espalda, y la punta del bastón marcando el suelo de grava con una tenue línea incierta, el capitán Whalley pensaba que si un barco sin hombre era como un cuerpo sin alma, un marino sin barco no tenía más importancia en este mundo que un tronco a la deriva en el mar. El tronco podía ser bastante sano, de fibra resistente y difícil de destruir, pero ¿de qué valía? Y un repentino sentimiento de inutilidad lo hizo arrastrar los pies, como si estuviera muy cansado.

Una comitiva de coches descubiertos se acercaba rodando por la flamante avenida costanera. Uno podía ver, a través de los anchos baldíos de césped, los discos vibrantes de las ruedas. Las rutilantes cúpulas de las sombrillas que se inclinaban levemente fuera de los coches, como capullos abiertos sobre la boca de un jarrón, y la quieta sábana de agua azul oscuro, cruzada por una barra púrpura, hacía de fondo para el giro estático de las ruedas y la acción vigorosa de los caballos, mientras las cabezas con turbante de los sirvientes indios, elevadas sobre el horizonte del mar, se deslizaban velozmente en el azul más pálido del cielo. En un espacio abierto, cerca del puentecito, uno por uno, con un trote elegante, los carruajes describían una amplia curva que los alejaba de la puesta de sol; luego, frenando bruscamente, entraban en el paseo central, en una lenta fila que tenía detrás el último rojo del cielo. De ese mismo lado, todos los troncos de los imponentes árboles estaban manchados de rojo: el aire parecía arder en el follaje, y hasta el suelo bajo los cascos de los caballos era rojo. Las ruedas giraban con solemnidad; una tras otra, se iban cerrando las sombrillas, plegando sus colores como flores vistosas que recogen los pétalos al caer la noche. En toda esa media milla de seres humanos, ni una sola voz profirió una palabra comprensible; apenas se oía un golpeteo sordo, mezclado con un débil sonido tintineante, y las cabezas y los torsos inmóviles de hombres y de mujeres, sentados en pareja, emergían impasibles de las capotas bajas, como si fuesen de madera. Pero un coche con tiro de dos caballos, que llegaba tarde, no se unió a la fila.

Pasó a gran velocidad, en una silenciosa carrera. Pero cuando entró en la avenida, uno de los oscuros bayos relinchó, arqueando el cuello y reculando, espantado, contra las varas del coche. Un copo de espuma se desprendió del freno y cayó sobre el encaje de un hombro satinado; inmediatamente, la cara morena del cochero se inclinó hacia adelante para sujetar con más fuerza las riendas. Era un largo landó verde oscuro, con un balanceo digno y flotante entre los resortes curvados de forma de c, y

una suerte de majestad estrictamente oficial en su elegancia. Parecía más espacioso de lo común, ligeramente más grandes los caballos, un grado más perfectos los arneses, algo más elevado el pescante donde iban los sirvientes. Los vestidos de las tres mujeres (dos jóvenes y lindas, una hermosa, corpulenta, de mayor edad), llenaban casi por completo la caja poco profunda del carruaje. El cuarto rostro era el de un hombre de párpados pesados, distinguido, de tez amarillenta, con una barba en punta y unos bigotes lúgubres, espesos, grises, adheridos al rostro como si fueran postizos. «Su Excelencia...», pensó el capitán Whalley.

El veloz desplazamiento de aquel carruaje singular hizo que todos los otros parecieran muy inferiores, ajados y reducidos a una marcha de caracol. El landó se distanció de la fila en una suerte de precipitación contenida; los rasgos de los ocupantes, que se perdían de vista en un remolino, dejaban atrás una imagen de miradas fijas y de impasible vacuidad. Y cuando por fin desapareció a toda carrera, aunque la larga hilera de vehículos todavía avanzaba al paso, pegada a la vereda, el orgulloso panorama de la gran avenida quedó vacío y muerto, como si aquel carruaje le hubiera arrancado la vida y ensanchado su majestuosa soledad.

El capitán Whalley había levantado la cabeza para mirar, y ahora apartaba su atención de serios problemas para volcarla, fascinado (como es habitual en todos los hombres), en asuntos sin importancia. Se le ocurrió, de pronto, que fue a ese puerto, donde había vendido su último barco, que llegó con el primer navio que tuvo y con un plan para abrir una nueva ruta comercial hacia una zona remota del Archipiélago. El gobernador de entonces no le había escatimado su apoyo. Nada de Excelencia aquel hombre llamado Denham, un gobernador que no usaba chaqueta, que noche y día velaba sobre la creciente prosperidad de la colonia con la devoción de una nodriza por el niño ajeno y querido; un solterón que vivía acampado con unos pocos sirvientes y tres perros en lo que entonces se llamaba el «Bungalow Gubernamental»: una construcción de techo bajo en la barranca a medias desbrozada de una colina, con una bandera nueva en el frente y un policía de guardia en la veranda. El capitán Whalley se recordó trepando la colina bajo un sol inclemente, hacia la cita con el gobernador. Recordaba la desnudez de aquella fresca habitación sin muebles: la larga mesa cubierta, en una punta, por un montón de papeles, dos revólveres, un telescopio de bronce; en la otra, una botellita de petróleo con una pluma metida en el cuello, y la halagüeña atención que le prestaba el hombre del gobierno. Era un proyecto lleno de riesgos el que venía a exponerle, pero veinte minutos de conversación en el Bungalow Gubernamental de la colina, lo convirtieron en empresa fácil. Cuando se retiraba, el señor Denham lo llamó:

—El mes que viene, el *Dido* hará un crucero por ahí. Le pediré oficialmente al capitán que lo visite y vea cómo andan sus cosas.

El *Dido* era una de las fragatas rápidas de la base de China..., y treinta y cinco años eran una buena tajada de tiempo. Treinta y cinco años atrás, una empresa como aquella tenía tanta importancia para la colonia que un barco de Su Majestad la

protegía. Una buena tajada de tiempo. En esa época, los individuos contaban. Hombres como él; hombres como el pobre Evans, por ejemplo, rubicundo, de patillas negras como el carbón y ojos inquietos, que instaló el primer astillero registrado para reparar barcos pequeños al filo de la selva, en una bahía solitaria, tres millas costa arriba. El señor Denham había apoyado también aquella empresa, y sin embargo, el pobre Evans acabó sus días en Inglaterra, endemoniadamente pobre. Su hijo, decían, sacaba aceite de los cocos para ganarse el pan, en alguna islita olvidada de la mano de Dios, allá en el Índico. Pero del astillero registrado en una solitaria bahía de la jungla, habían nacido los talleres de la Consolidated Docks Company, con tres represas de despalme hechas en roca sólida, muelles, espigones, planta de luz eléctrica, máquinas de vapor, grúas gigantescas que podían levantar la carga más pesada del agua, y cuya cabeza se veía como la punta de un extraño monumento blanco, asomándose sobre promontorios de maleza y de arena, cuando uno llegaba al puerto desde el oeste.

Hubo un tiempo en que los hombres contaban: no había carruajes en la colonia de aquella época, aunque el señor Denham, quizá, tuviera un cochecito. Y un violento oleaje de recuerdos barrió al capitán Whalley de la gran avenida. Recordaba orillas fangosas, un puerto sin muelles, un único embarcadero de madera (pero eso era obra pública), que salía torcidamente al mar, los primeros depósitos de carbón levantados en Monkey Point, que se incendiaron misteriosamente y humearon durante días, de modo que los barcos atónitos entraban a puerto en una niebla sulfurosa y el sol del mediodía tenía el color de la sangre. Recordaba las cosas, las caras, y algo más también: algo como el débil aroma que persiste en la copa vacía, algo como una chispa de luz en el aire, que ya no encontraba en la atmósfera.

En esta evocación, rápida y muy detallada, como el fogonazo de una luz de magnesio en los nichos de un oscuro mausoleo, el capitán Whalley contempló todo lo que una vez había sido importante: los esfuerzos de hombres pequeños por el crecimiento de ese lugar, ahora despojados de valor por la grandeza de los hechos ya realizados, por esperanzas aún más grandes. Esa visión le dio, durante un instante, una aprehensión casi física del tiempo, una comprensión tan profunda de nuestros sentimientos inmutables, que se detuvo bruscamente, golpeó el suelo con el bastón, y se dijo:

—¿Qué diablos estoy haciendo aquí?

Parecía extraviado en una suerte de estupor. Pero oyó que una voz sibilante lo llamaba por su nombre, una, dos veces, y giró sobre los talones lentamente.

Hacia él avanzaba, bamboleándose, con aire autocrático, un hombre de aspecto anticuado y gotoso, con el pelo tan blanco como el suyo, pero con las rojas mejillas bien afeitadas, y una corbata al cuello (casi una servilleta) cuyas puntas rígidas se proyectaban muy por debajo del mentón; las piernas redondas, los brazos redondos, el cuerpo redondo, la cara redonda, daban, en conjunto, la impresión de una diminuta persona inflada con una bomba de aire hasta donde aguantaban las costuras del traje. Era el administrador general del puerto. El administrador general tenía un grado

superior al de comisario de puerto y era, en el Oriente, una persona de bastante importancia; un funcionario de gobierno, un magistrado en aguas portuarias, con una vasta aunque mal definida autoridad sobre marinos de toda clase. De ese administrador en particular se decía que calificaba a su autoridad de miserablemente inadecuada, ya que no incluía un poder sobre la vida y la muerte. Era una broma exagerada. El obeso capitán Elliott estaba bastante satisfecho de su posición y apreciaba debidamente el poder que tenía. Su propio temperamento, engréido y tiránico, no dejaba que esa autoridad se le escapara de las manos por falta de uso. La tumultuosa, colérica franqueza de sus comentarios sobre el carácter y la conducta de la gente hacía que secretamente lo temieran. Aunque en la conversación muchos simularan no darle ninguna importancia, otros sonreían ácidamente cuando se mencionaba su nombre y algunos hasta se atrevían a llamarlo «ese viejo rufián entremetido». Pero para casi todos, un estallido temperamental del capitán Elliott no era menos desagradable de enfrentar que una amenaza de aniquilación.

Cuando estuvo bien cerca, dijo en un gruñido:

—¿Qué son esos rumores, Whalley? ¿Es cierto que vendes el *Fair Maid*? —El capitán Whalley apartó la vista, dijo que la operación estaba consumada, que le habían pagado esa mañana. Y el otro manifestó su aprobación; era un paso de gran sensatez. Se había bajado del coche para estirar las piernas, explicó, antes de ir a cenar a casa. *Sir Frederick* tenía buen aspecto a pesar de sus años, ¿verdad?

El capitán Whalley no podía afirmar tal cosa; apenas había advertido el carruaje.

El administrador general, las manos hundidas en los bolsillos de una chaqueta de alpaca demasiado corta y ajustada para un hombre de su edad y de su figura, marchaba contoneándose, con una leve cojera, la cabeza a la altura del hombro del capitán Whalley, quien caminaba sin esfuerzo, mirando al frente. Años atrás habían sido buenos camaradas, casi íntimos. En la época en que Whalley tenía bajo su mando el famoso *Condor*, Elliott estaba a cargo del casi tan célebre *Ringdove*, que pertenecía a los mismos dueños, y cuando se creó el puesto de administrador general, sólo Whalley hubiera sido el otro candidato posible. Pero el capitán Whalley, entonces en la flor de la vida, había resuelto no servir a nadie más que a su buena fortuna. Muy lejos, lo alegró enterarse de que el otro había tenido éxito. Había una flexibilidad mundana en el fanfarrón de Ned Elliott y eso era algo que le sería útil para su cargo oficial. Tan distintos eran en el fondo, que ya llegaban lentamente al final de la avenida, delante de la Catedral, y ni una sola vez se le ocurrió a Whalley la idea de que podría estar en el lugar del otro, alimentado y protegido hasta la muerte.

El edificio de la Catedral, que se alzaba en un solemne aislamiento entre las avenidas de árboles enormes, como para inspirar graves pensamientos de otro mundo en las horas de ocio, ofrecía un cerrado portal gótico a la luz y gloria del poniente. El vidrio del rosetón sobre la ojiva ardía como un carbón encendido en las profundas talladuras de una rueda de piedra. Los dos hombres se volvieron para mirarla.

—Te diré qué deberían hacer ahora, Whalley —gruñó inesperadamente el capitán Elliott.

—¿Qué?

—Deberían mandarnos un *lord* auténtico cuando a *Sir Frederick* le llegue la hora, ¿no te parece?

El capitán Whalley respondió, desgánadamente, que no veía por qué un *lord* de sangre real haría peor su trabajo que cualquier otro. Pero Elliott tenía otro punto de vista.

—No, no. Este lugar ya se gobierna solo. Nada puede pararlo ahora. Ideal para un *lord* —gruñía en frases cortas—. Observa los cambios de nuestra propia época. Ahora, aquí nos falta un *lord*. En Bombay ya tienen uno.

Una o dos veces por año, cenaba en la Casa de Gobierno: un palacio con muchas ventanas y una galería de arcos, sobre una colina trabajada de caminos y jardines. Y

últimamente, había llevado a un duque en la lancha del administrador general, para que viera las reformas que hacían en el puerto. Antes de eso, «con toda deferencia», había elegido personalmente una buena tripulación para el yate en el viaje ducal. Después, lo habían invitado a almorzar a bordo. La propia duquesa almorzó con ellos. Una mujer grandota, con una cara colorada. Cutis totalmente quemado por el sol. Estropeado, diría. Modales encantadores. Iban a Japón...

Enumeraba estos detalles para instruir debidamente al capitán Whalley, deteniéndose a inflar las mejillas con el aire del reprimido sentimiento de su propia importancia, y estirando los gruesos labios hacia afuera, una y otra vez, hasta que la punta chata y roja de la nariz parecía mojarse en la leche de los bigotes. El lugar se gobernaba solo, era perfecto para cualquier *lord*; no daba problemas, excepto en el Departamento de Marina. En el Departamento de Marina, repitió dos veces, y después de un fuerte resoplido empezó a contar que el otro día el Cónsul General de Su Majestad en la Cochinchina francesa le había cablegrafiado oficialmente pidiendo que le enviaran un hombre calificado para hacerse cargo de un barco en Glasgow, cuyo capitán había muerto en Saigón.

—Avisé a la barraca de oficiales del Hogar Marinero. —Y su cojera pareció acentuarse con la creciente irritación de la voz—. El lugar está lleno de oficiales. Duplican el número de empleos vacantes. Todos desesperados por conseguir un trabajo fácil... ¿Qué te parece, Whalley?

Se paró en seco. Las manos, apretadas en puños, arremetían contra el fondo de los bolsillos como si quisieran horadarlos. Al capitán Whalley se le escapó un leve suspiro.

—¿Qué te parece? Uno pensaría que iban a matarse entre ellos para agarrarlo. Nada de eso. Miedo de volver a Inglaterra. Lindo y calentito se está aquí, echado en una veranda y esperando empleo. Yo me siento y espero en la oficina. Pero nadie se interesó. ¿Qué suponían? ¿Que iba a quedarme aquí sentado como una momia, con el cable del Cónsul General delante? Faltaría más. Así que busqué una lista que tengo y mandé llamar a Hamilton, el más vago de todos, y lo hice ir sin más ni más. Amenazándolo con ordenar que el comisario del Hogar Marinero lo eche a patadas. Él opinaba que el empleo no era muy bueno. «Tengo tu fichita», le dije. «Hace dieciocho meses que desembarcaste aquí y no has trabajado ni seis. Estás endeudado con el Hogar y supongo que imaginas que el Departamento de Marina pagará la cuenta. ¿Eh? Así es. Pero si no aceptas esta oportunidad, te vas derecho a Inglaterra en el primer vapor que salga para allá. Repatriado. No eres más que un mendigo. No queremos mendigos blancos por aquí». Lo asusté. Pero el trabajo que me costó.

—No te hubiera costado ningún trabajo —dijo el capitán Whalley casi involuntariamente— si me hubieras llamado a mí.

Aquella declaración le hizo tanta gracia al capitán Elliott que se sacudía de risa mientras caminaban. Pero repentinamente dejó de reír. Un borroso recuerdo lo acallaba: cuando ocurrió la catástrofe de la corporación bancaria de Travancore y

Deccan, alguien le dijo que Whalley había quedado en la ruina. «El pobre diablo está en las últimas, santo cielo», pensó. Y echó una mirada oblicua y empinada hacia su compañero. Pero el capitán Whalley sonreía austeramente, erguida la cabeza en una postura gallarda, inconcebible en un hombre que no tuviera un centavo, y se tranquilizó. Imposible. No podía haber perdido todo. Aquel barco sólo era un pasatiempo. Y la reflexión de que alguien que acaba de recibir una suma, presuntamente grande, de dinero, no iba a pedirle un pequeño préstamo, lo tranquilizó del todo. Hubo una larga pausa de todos modos, en la conversación; sin saber bien cómo retomarla, gruñó:

—Nosotros, los viejos, tendríamos que tomarnos un descansito.

—Lo mejor para algunos de nosotros sería morir al timón —dijo el capitán Whalley.

—Vamos, vamos. A esta altura ¿no estás un poco cansado de todo este circo? —murmuró el otro hoscamente.

—¿Lo estás tú?

El capitán Elliott sí lo estaba. Infernalmente cansado. Sólo se aferraba a su empleo para conseguir la pensión más alta de la escala antes de volver a Inglaterra. Igual no lo salvaría de la pobreza; pero era la única cosa que se interponía entre él y el asilo. Y tenía una familia. Tres hijas, como Whalley sabía. Le dio a entender a «Harry, mi viejo amigo», que esas chicas eran una fuente inagotable de ansiedad y de preocupación para él. Suficiente como para volver loco a cualquier hombre.

—¿Por qué? ¿Qué han estado haciendo? —preguntó el capitán Whalley, vagamente divertido.

—¡Hacer! Nada. Ése es el asunto. Tenis y novelitas idiotas de la mañana a la noche...

¡Si por lo menos una hubiera nacido varón! ¡Pero tres mujeres! Y como si eso fuera poco, no quedaba un solo joven decente en el mundo. Cuando miraba a su alrededor en el club, sólo veía un montón de petimetres, demasiado egoístas como para hacer feliz a una mujer. Mantener toda esa familia lo empujaba irremediabilmente a la más extrema indigencia. Había acariciado la idea de construirse una casita en el campo, en Surrey, para terminar sus días ahí, pero ya ni eso, lamentablemente... Y llevó los ojos al cielo con tan patética desesperación que el capitán Whalley asintió caritativamente, reprimiendo un morboso deseo de reír.

—Tú también lo sabes, por experiencia propia, Harry. Las hijas mujeres son el mismo demonio para cargarnos de ansiedad y de preocupación.

—Sí. Pero a la mía le va bien —dijo lentamente el capitán Whalley, clavando la vista en el extremo de la avenida.

Al administrador general le alegraba saberlo. Sinceramente. La recordaba bien. Era una linda chica.

El capitán Whalley apuró el paso, asintió como en un sueño:

—Era linda.

La procesión de carruajes se estaba dispersando.

Uno tras otro, dejaban la fila para salir al trote, animando la calle con el movimiento de una vida fragmentada, pero pronto volvió la soledad y tomó posesión de la recta y ancha avenida.

Un lacayo de blanco permanecía de pie junto a la cabeza de un caballito birmano, que estaba atado a un coche de dos ruedas, brillante de barniz; detenido en el borde de la acera, no parecía más grande que el juguete de un niño olvidado bajo los árboles inmensos. El capitán Elliott caminó bamboleándose hacia el coche, hizo un movimiento como si fuera a treparse, pero se contuvo. Con una mano blandamente apoyada en la vara, dio por terminada la conversación sobre su pensión, sus hijas, la pobreza, y mencionó el otro único tema del mundo: el Departamento de Marina, los hombres y los barcos del puerto.

Luego pasó a darle ejemplos de lo que se esperaba de él, y la voz gruesa se amodorraba en el aire, como el obstinado zumbido de un enorme abejorro. El capitán Whalley no sabía si era fortaleza o debilidad lo que le impedía saludar y marcharse. Era como si estuviese demasiado cansado como para hacer el esfuerzo. Qué curioso. Más curioso que cualquiera de los ejemplos de Ned. ¿O acaso era sólo un abrumador sentimiento de inutilidad el que lo obligaba a quedarse y escuchar esas historias? A Ned Elliott nunca le había sucedido nada realmente grave. Y, poco a poco, en el fondo de la envoltura espesa de aquel resuello grosero y monótono, empezó a distinguir la clara y entusiasta voz del joven capitán del *Ringdove*. Se preguntó si él también había cambiado hasta ese punto, y entonces pensó que su viejo compinche no había cambiado tanto, que el hombre era el mismo. No era un mal tipo el simpático, alegre Ned Elliott: amigable, aplicado en su trabajo..., y siempre un poco fanfarrón. Recordó cómo divertía Ned a su pobre esposa. Ella lo leía como a un libro abierto. Cuando el *Condor* y el *Ringdove* coincidían en un mismo puerto, lo invitaba a cenar frecuentemente. Desde aquellos tiempos se habían visto muy poco. Una vez cada cinco años, quizá.

Desde abajo de las cejas blancas miró a ese hombre: no podía contarle sus problemas. Y el otro se desahogaba contándole los suyos, tan lejos de su interlocutor como si hablara desde lo alto de una montaña, a una milla de distancia.

El capitán Elliott estaba metido en un aprieto por el vapor *Sofala*. Últimamente, le tocaba arreglar a él todos los líos del puerto. Iban a extrañarlo cuando se fuera, en dieciocho meses, y era probable que metieran en el puesto a un oficial naval retirado, un hombre que no entendería nada y haría menos. El vapor era un buque costero con una sólida ruta comercial que llegaba hasta Tenasserim; el problema era que no encontraban un capitán que se hiciera cargo del barco. Nadie quería ese mando. Por supuesto, él no tenía autoridad para ordenarle a ningún hombre que aceptara un empleo. Un empujoncito al pedido del Cónsul General sí, pero de ahí a...

—¿Qué pasa con el barco? —interrumpió el capitán Whalley en tono mesurado.

—No pasa nada. Un vapor viejo pero en buen estado. El dueño estuvo en mi

oficina esta tarde, tirándose de los pelos.

—¿Es un blanco? —preguntó Whalley, con interés.

—Él dice que es blanco —respondió el administrador general con desprecio—. Pero si lo es, no pasa del color de la piel. Se lo dije a la cara, también.

—Pero ¿quién es, entonces?

—El jefe de máquinas. ¿Te das cuenta, Harry?

—Me doy cuenta —dijo el capitán Whalley pensativamente—. El jefe de máquinas. Me doy cuenta.

Cómo se había convertido el tipo en propietario del vapor era toda una historia. Había llegado de Inglaterra como tercer maquinista de un barco, recordó el capitán Elliott, y lo despidieron después de una fea pelea con el capitán y con su jefe. Esos dos parecían muy contentos de habérselo sacado de encima. Sin duda, un sujeto pendenciero. Y bien, aquí se había instalado, fastidiando a todo el mundo, eternamente embarcado y desembarcado, incapaz de conservar un trabajo durante mucho tiempo: ya casi no quedaba una sala de máquinas por la que no hubiera pasado.

—Adivina qué sucedió después, Harry.

El capitán Whalley, quien parecía abstraído, como si estuviera haciendo cuentas mentalmente, se sobresaltó. No adivinaba. La voz del administrador general vibró sordamente en un áspero énfasis. El hombre había tenido la suerte de ganarse el segundo gran premio de la lotería de Manila. Todos los maquinistas y los oficiales compraban billetes de ese juego. Ya era una manía entre ellos.

Todo el mundo imaginaba que se volvería a Inglaterra con el dinero, que se iría al demonio en su mejor estilo. Nada de eso. Los propietarios del *Sofala* juzgaron que el barco ya era demasiado chico y poco moderno para la ruta que hacía y, mientras encargaban a Europa un vapor nuevo, lo pusieron en venta a buen precio. Y el hombre se abalanzó a comprarlo. No había dado señales de esa especie de borrachera mental que produce el mero hecho de recibir una fortuna..., hasta que se compró el barco. De repente, se volvió loco. Entraba pavoneándose en el Departamento de Marina, para hacer algún trámite, con el sombrero echado sobre el ojo izquierdo, azotando el aire con un bastoncito, y le decía a cada uno de los empleados que «nadie podía echarlo ahora. Le había llegado a él el turno de echar. No tenía a nadie por encima en todo el mundo. Nunca lo tendría». Iba de un escritorio a otro, hinchado de orgullo, fanfarroneando a gritos, temblando como una hoja, suspendiendo la actividad de la oficina todo el tiempo que permanecía ahí, porque los empleados, boquiabiertos, se quedaban mirando sus piruetas de loco. Después, durante las horas más ardientes del día, se lo podía ver en el muelle, la cara roja como el fuego, corriendo de un lado a otro, para ver su barco desde distintos ángulos. Le gustaba parar al primer extraño que encontraba e informarlo de que «ya no tenía a nadie encima de él; se había comprado un barco; nadie en el mundo podía echarlo ahora de su sala de máquinas».

Barato como era, el *Sofala* le comió casi todo el dinero que había ganado a la

lotería. Se había quedado sin capital para trabajar. No importaba mucho, porque eran los días de gloria del tráfico costero a vapor, antes de que algunas compañías de Inglaterra crearan flotas locales para alimentar sus rutas principales. Estas flotas, cuando se organizaron, se llevaron los pedazos más grandes de la torta, por supuesto, y poco después, una escuadra de malditos vapores alemanes apareció al este del Canal de Suez y barrió las migas. Merodeaban en busca de restos aquí y allá, siguiendo la costa y entre las islas, como tiburones con las fauces abiertas, listos a tragarse todo lo que se arrojara por la borda. Y ahí acabaron para siempre los buenos tiempos; durante años, el *Sofala* no había producido más dinero, creía el capitán Elliott, que para ir tirando. Era parte de sus deberes ayudar a que un barco inglés conservara su tráfico y obviamente, si el *Sofala* empezaba a perder viajes por falta de capitán, muy pronto perdería el mercado. Ahí estaba el problema. Porque el hombre era imposible.

—Desde el primer minuto, un pordiosero engreído —explicó—. Y empeorando a medida que pasaba el tiempo. En los últimos tres años, despachó once capitanes. Probó a cada uno de los hombres que tenemos aquí, salvo los de las líneas regulares. Le advertí las consecuencias. Y ahora, por supuesto, nadie quiere ni mirar al *Sofala*. Recibí uno o dos hombres en mi oficina y hablé con ellos. Pero, como me dijeron, ¿qué ventaja hay en embarcarse y llevar una vida de perro durante un mes para que los despidan a la vuelta del primer viaje? El tipo, por supuesto, me dijo que ésas eran tonterías, que desde hacía años se preparaba un complot contra él. Y ahora estaba a la vista. Todos los horrendos marineros del puerto conspiraban para ponerlo de rodillas, y sólo porque él era maquinista. —El capitán Elliott emitió una risita gutural—. El hecho es que si pierde un par de viajes más, ya no tendrá que molestarse en empezar de nuevo. No encontrará un solo cargamento en su vieja ruta. Hay demasiada competencia hoy en día como para que la gente deje la mercadería tirada por ahí, esperando un barco que no aparece cuando debe. Tiene un negro futuro por delante. Jura que va a encerrarse a bordo, que se va a dejar morir de hambre en el camarote antes de vender el barco..., en caso de que encuentre comprador. Lo que es improbable. Ni los japoneses se lo comprarían por el valor en que está asegurado. No es como vender barcos a vela. Los vapores sí se pasan de moda, además de envejecer.

—Tiene que haberse quedado con bastante dinero, sin embargo.

—Ni un centavo, Harry. Ni... un... cen-ta-vo.

Aguardó un comentario, pero como el capitán Whalley acariciaba la barba y miraba al suelo sin decir palabra, le dio unos golpecitos en el brazo y susurró ásperamente:

—La lotería de Manila se lo ha comido todo.

Whalley frunció las cejas, asintiendo con breves tirones afirmativos. Todos estaban metidos hasta el cuello en ese juego, continuó el capitán Elliott; un tercio del salario de los oficiales («en mi puerto», resopló) iba a Manila. Se había convertido en una verdadera peste. Ese tipo, Massy, envenenado como los otros desde el principio,

pero después de ganar una vez, parecía convencido de que sólo tenía que probar de nuevo para sacarse otro premio grande. A partir de ahí, había comprado docenas y docenas de billetes para cada jugada. Entre el vicio y su ignorancia de los negocios, andaba corto de dinero desde el momento en que, imprudentemente, compró el barco.

En la opinión del administrador general, ésa era una buena oportunidad para que un hombre sensato y con algunas libras en el bolsillo salvara a aquel estúpido de sus locuras. Una de ellas era pelearse con sus capitanes. Había contratado a algunos hombres realmente buenos, que se hubieran quedado en el puesto si él lo hubiera permitido. Pero no. Parecía creer que no era propietario si no echaba a patadas a un capitán por la mañana y se peleaba con el nuevo por la noche. Lo que necesitaba era un socio con doscientas libras, o algo así, que invirtiera dinero en el barco y bajo ciertas condiciones. Uno no despedía a un hombre sin motivo, sólo por la diversión de ordenarle que juntara sus cosas y bajara a tierra, cuando sabía que tendría que comprarle su parte. Por otro lado, un tipo que había invertido en un barco no renunciaría al empleo por cualquier nimiedad. Se lo había dicho a Massy. Le dijo: «Esto no anda, señor Massy. El Departamento de Marina ya está harto de usted. Lo que tiene que hacer ahora es conseguirse un socio. Parece la única salida».

—Fue un buen consejo, Harry.

El capitán Whalley, apoyado en el bastón, estaba perfectamente inmóvil; incluso la mano que acariciaba la barba se detuvo. ¿Y qué había dicho el tipo?

El tipo había tenido la audacia de enfurecerse con el administrador general. Recibió el consejo del modo más desvergonzado. «No vine para que se rían de mí», chilló. «Le pedí ayuda, como inglés y como propietario al que una conspiración ilegal de todos ustedes, marinos muertos de hambre, ha puesto al borde de la ruina, y todo lo que usted hace por mí es decirme que me consiga un socio». El tipo se había atrevido a patear de rabia en su despacho privado. ¿Dónde iba a conseguir un socio? ¿Lo tomaba por un idiota? Ni uno solo de esa banda de sinvergüenzas que paraba en el Hogar tenía un centavo en el bolsillo. Hasta los perros nativos del bazar lo sabían.

—Y es bastante cierto, Harry —dijo el capitán Elliott con voz ronca y sentenciosa—. Con toda seguridad, la mayoría debe a los chinos de Denham Road hasta la ropa que llevan encima. «Muy bien», le dije, «usted alborota demasiado para mi gusto, señor Massy. Buenos días». Salió dando un portazo. Se atrevió a dar un portazo en mi propio despacho, ¡maldita sea! —El titular del Departamento de Marina jadeaba de indignación. Luego, controlándose un poco, dijo—: Terminaré por llegar tarde a la cena..., charlando aquí contigo..., mi mujer se va a enojar.

Pesadamente, trepó al coche, se reclinó de lado en el asiento, y sólo entonces se preguntó, resoplando, en qué diablos andaría Whalley últimamente. No se habían visto durante años y años, hasta el otro día cuando lo encontró inesperadamente en la oficina. ¿En qué diablos...?

El capitán Whalley parecía sonreírse a sí mismo, enmarcado en la barba blanca.

—El mundo es grande —dijo vagamente.

El otro, como para comprobar esa declaración, miró a su alrededor. La explanada estaba muy tranquila. Sólo desde lejos, desde muy lejos, a una larga distancia de la costa, cruzando los parches de césped, las hileras de árboles, llegaba débilmente el ulular de la bocina del tranvía que empezaba, en el peristilo de la Biblioteca Pública, su viaje de tres millas hasta las nuevas dársenas del puerto.

—Parece más chico —gruñó el administrador general— desde que esos alemanes llegaron abriéndose camino a codazos. Eso no pasaba en nuestra época.

Cayó en profundas reflexiones, respirando estruendosamente, como si hiciera una siesta con los ojos abiertos. Quizás él también había detectado, en la silenciosa figura con aspecto de peregrino que estaba de pie junto a la rueda, los rasgos sepultados del joven capitán del *Condor*. Un buen tipo, Harry Whalley, poco hablador. Uno nunca sabía en qué andaba, era medio descuidado para tratar a la gente importante, y parecía dispuesto a juzgar erróneamente la conducta ajena. La verdad, era bastante engréido. Le hubiera gustado pedirle que se subiera al coche, invitarlo a cenar. Pero uno nunca sabía. Su mujer podía enojarse.

—Y es raro pensar, Harry —prosiguió en un apagado zumbido—, que entre tanta gente quedemos solamente tú y yo para recordar cómo era esta parte del mundo...

Iba a dejarse llevar por la dulzura de un acceso de sentimentalismo, cuando advirtió que el capitán Whalley, inmóvil y callado, parecía estar esperando algo. Tomó las riendas en seguida y exclamó con entusiastas, jactanciosos gruñidos:

—¡Ah, muchacho! ¡Qué hombres conocimos! ¡Qué barcos tuvimos! Sí. Y qué cosas hicimos...

El caballito se lanzó hacia adelante, el lacayo se apartó del camino. El capitán Whalley levantó el brazo.

—Adiós.

6

El sol se había puesto. Cuando el capitán Whalley, que había hecho un hondo agujero en la grava con la punta del bastón, empezó a moverse, la noche recogía un ejército de sombras bajo los árboles: colmaban las puntas orientales de la avenida como si sólo esperaran una orden para invadir los espacios abiertos, y se espesaban, bajas, entre las orillas de piedra del canal. El prao malayo, medio escondido bajo el arco del puente, no había cambiado de posición ni un cuarto de pulgada. Durante largo rato el capitán Whalley lo contempló desde el parapeto, hasta que la flotante inmovilidad de aquella cosa amortajada empezó a crecer dentro de él, a convertirse en algo inexplicable y alarmante. El crepúsculo abandonaba el cenit; sus últimos destellos se alejaban del mundo. El agua del canal se volvió dura y negra como la brea. El capitán Whalley echó a andar nuevamente.

El desvío hacia la derecha, que lo llevaría al hotel, estaba a pocos pasos. Otra vez se detuvo (todas las casas de la costa estaban cerradas, el muelle desierto, con excepción de uno o dos nativos que caminaban a lo lejos), y empezó a sumar las cifras de la cuenta. Tantos días de hotel, a tantos dólares por día. Para contar los días usó los dedos; metió una mano en el bolsillo, sacudió unas pocas monedas de plata. Le alcanzaban para tres días más. Entonces, a menos que consiguiera algún trabajo, debería tocar las quinientas libras del dinero de Ivy invertido en su padre. Supo que la primera comida que pagara de esa suma iba a enfermarlo. Nada que ver con la razón. Era pura cuestión de sentimientos. Y sus sentimientos nunca lo habían traicionado.

No giró a la derecha. Siguió caminando, como si en la rada hubiera todavía un barco que abordar cuando cayera la noche. Muy lejos, más allá de las casas, en la loma de un promontorio que tapaba la vista de los muelles, la delgada chimenea de una fábrica humeaba, recta y apacible, en el aire claro. El chino acurrucado en la popa de uno de los seis sampanes que flotaban en la punta del muelle, vio una mano que lo llamaba. Se levantó de un salto, rápidamente, se enroscó la coleta a la cabeza; con movimientos veloces y simultáneos enrolló los pantalones anchos y oscuros, desnudando los muslos amarillos, y con un único golpe de los remos, silencioso como la aleta de un pez, llevó el sampán hasta los escalones.

—*Sofala* —dijo el capitán Whalley desde el muelle, y el chino, un nuevo inmigrante quizá, miró hacia arriba con tensa expectativa, como esperando que la extraña palabra cayera de los labios del hombre blanco.

—*Sofala* —repitió el capitán Whalley y su coraje se quebró.

Se detuvo. La costa, las islas, los promontorios, las hondonadas, estaban muy oscuros. El horizonte se había vuelto sombrío y, en la curva oriental de la playa, el obelisco blanco del telégrafo se alzaba como un fantasma ante la marca de tejados oscuros e irregulares, mezclados con palmeras, del poblado nativo. El capitán Whalley comenzó nuevamente:

—*Sofala*. ¿Conoces el *So-fa-la*, John?

Esta vez, el chino descifró aquella palabra grotesca y gruñó un asentimiento primitivo desde el fondo de su desnuda garganta. Junto con el destello amarillo de una primera estrella, que se clavó en el cielo como la punta de un alfiler en un género liso y transparente, una corriente helada cortó el aire cálido de la noche. Mientras se metía en el sampán para ir en busca del *Sofala*, el capitán Whalley tembló ligeramente.

A la vuelta, cuando pisó otra vez el muelle, Venus era una solitaria alhaja cara, expuesta en el borde del cielo, que marcaba el agua con una tenue estela de oro. Las altas bóvedas de las avenidas eran negras y los globos de porcelana de los faroles parecían hundirse en la distancia, a la altura de sus rodillas. Puso las manos a la espalda. Reflexionaría serenamente sobre la prudencia de su decisión, antes de la palabra final, que iba a dar al día siguiente. Sus pasos hacían crujir la grava. La prudencia de la decisión. Sería más fácil evaluarla si hubiera una alternativa viable. Que era honesta, no lo dudaba; sus intenciones hacia el hombre eran buenas. Su sombra se posaba, densa, sobre los troncos de los árboles, y se alargaba, oblicua y borrosa, sobre la hierba, duplicando los pasos.

La prudencia de su decisión. ¿Podía elegir, acaso? Ya había perdido algo de sí mismo: algo de su honestidad y de su orgullo, arrojados a un fantasma hambriento para mantenerlo vivo. Pero su vida era necesaria. Que la pobreza le cobrara a su modo el tributo de la humillación. No cabía duda de que Ned Elliott, sin saberlo, le había hecho un favor que él nunca se hubiera atrevido a pedirle. Ojalá que Ned no imaginara nada turbio en su decisión. Suponía que cuando se enterara lo comprendería; quizá sólo pensaría que Whalley era un viejo excéntrico e idiota. Y para qué explicarle. Tan inútil como contarle toda la historia a ese Massy. Tenía quinientas libras para invertir. Que se arreglara con eso. Que se hiciera las preguntas que quisiera. Massy necesitaba un capitán. Él necesitaba un barco. Eso era todo. Brrr. Qué impresión desagradable le había causado aquel vapor oscuro, vacío, donde todo ruido se convertía en un eco.

No había vuelta que darle: un vapor detenido era una cosa muerta; el barco a vela revivía con el primer aliento del cielo. Pero un vapor, pensaba el capitán Whalley, sin el fuego encendido, sin las bocanadas de aire caliente subiendo a cubierta, sin el silbido del vapor, sin las campanadas de hierro en las entrañas, yacía ahí tan frío, inmóvil y sin pulso como un cadáver.

En la soledad de la avenida, negra arriba, abajo iluminada, mientras reflexionaba sobre la prudencia de su decisión, el capitán Whalley arribó, inevitablemente, a la idea de la muerte. La hizo a un lado con disgusto y desprecio. Casi se rió de ella. A pesar de los años, su inagotable vitalidad le reveló, en una suerte de exaltación, que necesitaba muy poco para mantener vivo ese cuerpo. No era una mala inversión para su pobre hija el resistente casco de ese padre. Y en cuanto al resto (por si acaso), el contrato sería claro: las quinientas libras volverían íntegras a ella al cabo de tres meses. Íntegras. Hasta el último centavo. Aunque perdiera otras cosas (un poco de

dignidad) no perdería el dinero de su hija. Antes, nunca hubiera permitido que alguien se quedara con una falsa impresión de su conducta. Bueno, ahora tendría que pasarlo por alto. Lo hacía por ella. Después de todo, no había dicho una mentira. Y el capitán Whalley se sintió corrupto hasta la médula de los huesos. Con íntimo desprecio por su mundana discreción, se rió un poco. Era obvio que a un sujeto de esa clase, y con la relación peculiar que tendrían en adelante, no podía contarle todo. El hombre no le gustaba. No le gustaban ni sus arrebatos de adúltera locuacidad, ni sus explosiones de resentimiento. Un pobre diablo, al fin y al cabo. No le hubiera gustado estar en su lugar. Los hombres no eran malvados, en el fondo. No le gustaba el pelo lacio y aceitoso, la extraña manera de pararse frente a él: de costado, la nariz en el aire, mirando por encima del hombro. No. En general, los hombres no eran malos: sólo desdichados o tontos.

El capitán Whalley terminó de reflexionar sobre la prudencia de su decisión y tenía toda una larga noche por delante. A plena luz, la barba resplandecía como una coraza de plata sobre el pecho; en los espacios que había entre cada farol, la figura corpulenta parecía menos nítida, más alta, errante y misteriosa. No. No había real hostilidad en los hombres. Y todo el tiempo, una sombra oblicua marchaba junto a él, del lado izquierdo: un mal presagio en el Oriente.

—¿No ves las palmeras todavía, *serang*? —preguntó el capitán Whalley desde su silla en el puente del *Sofala*, cuando se aproximaban a la barra de Batu Beru.

—No, *Tuan*. Ya pronto ver.

El viejo malayo, con un traje de algodón azul, los pies morenos y huesudos enclavados en la cubierta, bajo el toldo del puente, las manos a la espalda, miraba atentamente hacia adelante, desde la red de incontables arrugas que bordeaba sus ojos.

El capitán Whalley, sentado en el sillón, muy quieto, no alzó la cabeza para mirar. Tres años: treinta y seis veces. Treinta y seis veces había abordado esas palmeras desde el sur. Estarían a la vista a su debido tiempo. Gracias a Dios, el viejo barco llevaba el rumbo y las distancias con la exactitud de un reloj. Al cabo de un momento, volvió a murmurar:

—¿No las ves todavía?

—El sol hace un resplandor muy grande, *Tuan*.

—Mira bien, *serang*.

—Sí, *Tuan*.

Un hombre blanco había trepado la escalera de cubierta sin hacer ruido y desde ahí escuchó el breve diálogo. Luego pasó al puente y empezó a caminar de una punta a la otra, llevando en alto una larga pipa de cerezo. El pelo negro estaba pegoteado en mechones largos y finos sobre la cima calva de la cabeza; tenía la frente surcada de arrugas, piel amarilla y una gruesa nariz informe. El escaso vello de las patillas no ocultaba el contorno del mentón. Todo él parecía cavilar sobre un único problema y, mientras chupaba la boquilla curva de la pipa, mostraba un perfil tan pesado y

colgante, que el *serang* no pudo evitar una reflexión sobre la fealdad extrema de algunos hombres blancos.

El capitán Whalley empezó a incorporarse en el sillón, pero no dio señales de advertir su presencia. El otro lanzaba bocanadas de humo. De pronto, dijo:

—No comprendo esta nueva manía de tener al malayo aquí como si fuera su sombra, socio.

El capitán Whalley se levantó del sillón en toda su imponente estatura y caminó hacia la bitácora con un paso tan recto que el otro tuvo que hacerse a un lado rápidamente, intimidado, la pipa temblándole en la mano.

—Ahora me camina por encima, también —murmuró, con una suerte de atónito y resignado susurro.

Luego, lenta y claramente, dijo:

—Yo... no soy... basura. —Y añadió, desafiante—: como usted parece creer.

El *serang* dio un respingo.

—Veo las palmeras ahora, *Tuan*.

El capitán Whalley se acercó a la barandilla, pero sus ojos, en vez de ir directamente al punto señalado con la aguda y experta mirada del marino, vagaron indecisos en el espacio, como si no encontrara el camino en ese mar angosto.

Un segundo hombre blanco, el piloto, subió al puente. Era alto, joven, magro, con un bigote de soldado de caballería y algo de malicia en los ojos. Se colocó detrás del maquinista. El capitán preguntó:

—¿Qué velocidad marca la bitácora?

—Ochenta y cinco —contestó rápidamente el piloto y le dio un codazo al maquinista.

Las manos musculosas del capitán Whalley apretaron con fuerza la barandilla de hierro; los ojos le relumbraban de atención bajo el ceño. El sudor le caía en gotas. Con voz débil, murmuró:

—*Serang*, mantén el rumbo..., cuando estemos en la posición correcta.

El silencioso malayo retrocedió, esperó un momento y luego, con el brazo, hizo una señal de advertencia al timonel. El timón giró velozmente para ajustarse al movimiento del barco. Por segunda vez, el piloto codeó al maquinista. Massy se dio vuelta.

—Señor Sterne —dijo violentamente—, permítame informarle, como propietario del barco, que usted no es más que un perfecto imbécil.

Sterne bajó con una sonrisa afectada en los labios, pero sin aparente desconcierto; Massy, el maquinista, se quedó en el puente, moviéndose de un lado a otro, en un ansioso despliegue de autoridad. Todos a bordo eran sus inferiores. Todos, sin excepción. Les pagaba el sueldo, les daba de comer. Ganaban más dinero y comían más pan del que se merecían. Y no tenían que preocuparse por nada, mientras que él estaba solo para lidiar con las dificultades inherentes a la propiedad. Cuando miraba a fondo la amenazante realidad de su posición, le parecía que desde hacía años era víctima de una banda de parásitos. Hacía años que sentía repugnancia por toda la tripulación del *Sofala*, con excepción, tal vez, de los fogoneros chinos, que servían para hacerlo andar. Su utilidad era obvia: parte indispensable de la maquinaria que había comprado, que le pertenecía.

Cuando recorría la cubierta, empujaba brutalmente a quienes se le cruzaban en el camino; los malayos habían aprendido a hacerse a un lado. Y él se obligaba a tolerarlos porque alguien debía hacer el necesario trabajo manual de un barco. Tenía que luchar, urdir toda clase de astucias para mantener el barco a flote. ¿Y qué recibía a cambio? Ni siquiera un poco de respeto. Pero aunque la tripulación dedicara todos sus pensamientos y sus acciones al logro de esta meta, no le hubiera bastado. La vanidad de la posesión, la vanagloria del poder, ya habían quedado atrás; sólo restaban los obstáculos materiales, el miedo de perder una posición que ya no valía la pena, y una ansiedad constante que no podría aplacar el más abyecto servilismo.

Caminaba nerviosamente, de un lado a otro. Después de todo, el puente era suyo. Él lo había pagado.

Y con la pipa en la mano, se detenía a veces, bruscamente, para escuchar con profunda atención el golpeteo de las máquinas (sus máquinas), y el leve rechinar de las cadenas del timón, sobre el continuo, breve oleaje que levantaba el barco. Sin esos ruidos, el vapor estaría tan quieto como si hubieran anclado en la orilla, y tan silencioso como si hasta el último hombre lo hubiera abandonado. Solamente la costa, la baja costa de barro y mangles con las tres palmeras en racimo, se iba haciendo lentamente más nítida: una larga línea recta, sin nada que llamara la atención. Los pasajeros nativos del *Sofala* yacían, dispersos, en las esteras bajo los toldos. El humo de la chimenea parecía la única señal de vida, conectada misteriosamente con el movimiento deslizante del barco.

El capitán Whalley estaba de pie, con un par de binoculares en la mano y el pequeño *serang* junto a él, como un viejo gigante asistido por un enano reseco. Conducía el barco por las aguas poco profundas de la barra.

Ese risco submarino de fango, excavado del blanco lecho del río y acumulado afuera, sobre el duro lecho del mar, era difícil de cruzar. La costa aluvional carecía de marcas distintivas, y había que guiarse por la silueta de las montañas del interior para fijar el rumbo. La señal de una forma aplanada e irregular en la punta, como una

piedra de molino, y de otra cumbre lisa deprimida, debían rastrearse en un resplandor que flotaba como una niebla seca y ardiente que subía del agua, llenaba el aire, borraba las distancias, quemaba los ojos. En ese velo de luz, sólo el filo de la costa se distinguía, casi negro, en su opaca e inmóvil solidez. A treinta millas de distancia, una hilera de sierras se extendía en el horizonte, con trazos y sombras azules, débiles y temblorosos, como pintados sobre gasa, y las bocas del estuario parecían, en su blancura centelleante, fragmentos de plata trabajada y pegada a la tierra que bordeaban los mangles.

En el puente, el gigante y el pigmeo se hablaban en voz baja. Detrás de ellos, Massy los miraba oblicuamente, con una mezcla de suspenso y desdén en la cara. Los ojos redondos no parpadeaban y hasta se había olvidado de la pipa.

En la cubierta bajo el puente, techada por el blanco declive de los toldos, un joven marinero malayo se trepó a la barandilla. Rápidamente, se ajustó una ancha cinta de lona bajo los brazos y, dejando caer el pecho contra ella, estiró el cuerpo por encima del agua. La manga de la delgada camisa de algodón, cortada muy cerca del hombro, desnudaba un brazo moreno, redondo, de piel satinada como la de una mujer: lo hizo girar con la rotación dura y amenazante de un atleta: la sonda se elevó en círculos en el aire y luego voló hasta alcanzar la curva de la proa. La línea fina y húmeda silbó como un látigo de seda entre los dedos oscuros del hombre, y el plomo se hundió junto al barco, marcando una leve cicatriz grisácea en el agua amarilla. Luego, después de una pausa, la voz del malayo se alzó para dar la profundidad del agua en su propia lengua.

—*Tiga stengah* —gritaba después de cada golpe del plomo y de cada pausa, recogiendo la línea afanosamente para lanzarla una vez más. *Tiga stengah* significaba tres brazas y media. Durante una media milla, hacia el lado del mar, y hasta la barra, la profundidad era uniforme.

Tres y media. Tres y media. Tres y media. Y aquel grito apacible y monótono como el repetido llamado de un pájaro, parecía alejarse, flotando en la luz del sol, y desaparecer en el vasto silencio del mar, en la costa muerta que se abría de norte a sur, de este a oeste, sin la sombra de una nube ni el susurro de una voz.

El propietario-maquinista del *Sofala* estaba muy quieto, detrás de dos marinos de diferente raza, credo y color: el europeo de cuerpo vigoroso que desafiaba al tiempo, y el diminuto malayo, viejo también, pero liviano y arrugado como una hoja seca que el viento había empujado hacia la sombra poderosa del otro. Ocupados en observar la tierra, no tenían ojos para otra cosa. Massy los miraba con furia, como si aquella atención al deber fuera un insulto a su persona.

Este rencor era irracional. Pero desde hacía muchos años vivía en un mundo de rencores irracionales. Por fin, pasando la palma húmeda por los escasos mechones de pelo que cubrían la calva amarillenta, empezó a hablar lentamente.

—¡Un sondeador! ¡Así que ahora necesita un sondeador! Supongo que es al estilo de los barcos correo. ¿No sabe averiguar dónde está con sólo mirar a tierra? Caramba,

antes de cumplir un año en esta ruta, yo ya me había aprendido el truco. Y no soy más que un maquinista. De acá nomás puedo decirle dónde está el bajo y también que con toda seguridad va a encajarse en el fango dentro de cinco minutos. Pero usted lo llamaría interferir, supongo. Y ahí está ese contrato escrito, que dice que no debo interferir.

Calló. Sin aflojar la tensa severidad de su rostro, el capitán Whalley movió los labios para preguntar en un murmullo:

—¿Estamos cerca, *serang*?

—Muy cerca ahora, *Tuan* —susurró el malayo.

—Velocidad mínima —dijo el capitán con voz alta y firme.

El *serang* aferró la manija del telégrafo. Abajo sonó un gong. Con una risita despectiva Massy se acercó a la claraboya del cuarto de máquinas.

—¡No te extrañe si las máquinas te hacen una broma de mal gusto, Jack! —vociferó, con sorna.

El espacio al que se asomaba era profundo y tenebroso, y los destellos grises del acero daban una sensación de frescura después del brillo eneguedor del mar. El aire, sin embargo, subió caliente y pegajoso a la cara de Massy. Un corto sonido gutural al que hubiera sido imposible atribuirle significado alguno salió del fondo. Así respondía a su jefe el segundo maquinista de a bordo.

Era un hombre de edad mediana, desatento y tan amurallado en una taciturna preocupación por sus máquinas que parecía haber perdido la facultad de hablar. Cuando se lo interrogaba directamente, contestaba con un gruñido o una sílaba ululante, según la distancia. En todos los años que llevaba en el *Sofala*, jamás se lo había oído articular una frase, ni dicho un franco «buenos días» al resto de la tripulación. No advertía el paso de otros hombres por el mundo; sencillamente, no los veía. En tierra, nunca reconocía a sus compañeros de barco. En la mesa (los cuatro blancos del *Sofala* comían juntos) se sentaba mirando el plato sin mucho interés; cuando lo vaciaba, daba un salto y corría a la sala de máquinas, como si se le ocurriera de pronto que alguien podía robarlas mientras él comía. Al fin de cada viaje, siempre bajaba a tierra con los otros, pero nadie sabía dónde ni cómo pasaba las noches. La flota costera local repetía, como una leyenda, la historia primitiva e incoherente de su amor por la esposa de un sargento de infantería irlandés. Sin embargo, hacía siglos que aquel regimiento, una vez cumplido su turno de guardia en el lugar, se había ido a alguna otra parte del mundo, lejos de la curiosidad de los hombres. Dos veces, quizá tres en el año, bebía demasiado. En esas ocasiones, volvía al barco algo más temprano que de costumbre. Cruzaba la cubierta bamboleándose, con los brazos abiertos como un equilibrista sobre la cuerda floja, y después de cerrar con pasador la puerta de su camarote, empezaba a conversar y discutir consigo mismo durante toda la noche, en una asombrosa variedad de tonos (ira, burla, lloriqueo) con inagotable persistencia. Massy, en el camarote de al lado, se incorporaba sobre un codo y lo oía nombrar a cada uno de los blancos que habían

pasado por el *Sofala* años y años atrás. Recordaba los nombres de los que habían muerto, de los que habían vuelto a Inglaterra, de los que se habían ido a América. Borracho, recordaba incluso los nombres de aquellos cuya conexión con el barco había sido tan breve que Massy había olvidado las circunstancias y apenas evocaba las caras. Del otro lado del tabique, la voz ebria se extendía en comentarios sobre esos hombres y les inventaba, ingeniosamente, con extraordinario veneno, alguna historia escandalosa. Parecía que todos lo habían ofendido alguna vez; para vengarse, él los denunciaba. Murmuraba sombríamente, reía con sarcasmo: uno tras otro, a todos los había aplastado. Pero de su jefe, Massy, sólo parloteaba envidiosa, ingenuamente, con admiración. «¡Qué canalla inteligente!», decía. «Pocos como él. Basta mirarlo. ¡Grandioso! Y con barco propio. Imposible pescarlo a ése. No corre peligro, el muy bestia». Y Massy, después de escuchar con una sonrisa complacida estos torpes tributos a su grandeza, empezaba a gritar, golpeando el tabique con los puños:

—¡Cierra esa boca, lunático! ¡Quiero que me dejes dormir, imbécil! —pero una media sonrisa de orgullo se demoraba en sus labios.

Afuera, el solitario malayo que hacía guardia, quizás un muchacho recién llegado de una aldea en la jungla, de pie e inmóvil en las sombras de la cubierta, oía aquel interminable monólogo de borracho. Su corazón debía latir aceleradamente, con una mezcla de respeto y terror por los hombres blancos: hombres arbitrarios y obstinados, que perseguían inflexiblemente sus incomprensibles propósitos, hombres de voz ajena y misteriosa, empujados por sentimientos inexplicables, dirigidos por razones ocultas.

Después de oír la respuesta gutural de su segundo, Massy permaneció un rato inclinado sobre el hueco de la sala de máquinas, con aire melancólico. El capitán Whalley, quien, mediante el poder de quinientas libras, conservaba el mando del barco desde hacía tres años, daba la impresión de no haber visto jamás aquella costa. Parecía incapaz de bajar el catalejo, como si lo tuviera pegado bajo las cejas contraídas. El ceño ponía en su rostro una expresión de invencible y justa severidad, pero el brazo alzado temblaba ligeramente y el sudor brotaba de abajo del sombrero, como si en el cielo hubiese ahora un segundo sol y la tierra, una mota de polvo centelleante, girara ciega bajo el doble fuego.

De tanto en tanto, sin soltar el catalejo, levantaba la otra mano y se secaba la cara empapada. Gotas de sudor le rodaban por las mejillas, se perdían en la barba blanca. Bruscamente, como si lo empujara un impulso incontrolable, extendió el brazo hacia la palanca del telégrafo de la sala de máquinas.

Abajo sonó el gong. La pareja vibración de la velocidad mínima cesó, y con ella todo sonido o trepidación en el barco, como si la vasta quietud de la costa se filtrara a través de los flancos de hierro y tomara posesión del *Sofala*. La ilusión de perfecta inmovilidad provenía del cielo y del mar: una bóveda lisa, impecablemente azul, sobre un agua chata y sin ondas. La brisa que el propio barco levantaba se ahogó en el aire espeso; hasta el leve siseo del agua en la proa se apagó. El casco estrecho y alargado se acercaba sigilosamente a las aguas poco profundas de la barra. El golpe de la sonda y el grito mecánico y plañidero del malayo se oían a intervalos cada vez más largos. Los hombres que estaban en el puente contenían la respiración. El timonel miraba fijamente la brújula; el capitán y el *serang* miraban fijamente la costa.

Massy se apartó de la claraboya y sus pies planos lo llevaron sin ruido hasta el sitio que había ocupado antes. Una lenta, deliberada sonrisa, mostraba los dientes grandes y blancos, brillantes en la sombra del toldo, como el teclado de un piano en una habitación oscura.

Por fin, simulando que se hablaba a sí mismo con profundo azoramiento, dijo en voz no muy alta:

—Parar las máquinas ahora. Qué hará después, me pregunto.

Y esperó, la espalda encorvada, la cabeza baja, la mirada oblicua. Luego, levantando un poco la voz:

—Si me atreviera a hacer un comentario absurdo, le diría que no tiene agallas para...

Pero en ese momento, el malayo que arrojaba la sonda empezó a cantar la profundidad en alaridos, excitado y frenético, como si algún insospechado demonio que vagaba en la costa se le hubiera metido en el cuerpo. La lánguida monotonía de su canto se convirtió en un clamor rápido y agudo. El plomo volaba después de un único aleteo, la línea silbaba, los golpes en el agua se sucedían velozmente. La

profundidad había disminuido y el hombre, en vez de la aburrida narración en brazas, gritaba los sondeos en pies.

—Quince pies. ¡Quince, quince! Catorce, catorce...

El capitán Whalley bajó el brazo que sostenía el catalejo; lo bajó lentamente, como si lo dejara caer arrastrado por su propio peso. El resto del cuerpo, alto y poderoso, no se movió; parecía sordo a los rápidos y ansiosos gritos de advertencia.

Massy, muy quieto, escuchaba atentamente, con los ojos clavados en la nuca de pelo corto y plateado. Sólo la gradual disminución del agua indicaba que el barco se movía.

—¡Trece pies... Trece! ¡Doce! —gritó el sondeador bajo el puente. Y el *serang*, con el paso silencioso de pies desnudos, fue a mirar por encima de la borda.

Era estrecho de hombros, y, visto de atrás, el traje de algodón azul desteñido, el viejo sombrero de felpa gris encasquetado hasta los ojos, el hueco en la nuca morena y los brazos y piernas delgados, lo asemejaban a un niño. Había un impulso infantil en la curiosidad con que observaba los voluminosos, amarillentos remolinos que salían a la superficie azul del agua como el pesado desplazamiento de las nubes antes de un temporal. No se sobresaltó. No era la duda sino la certidumbre de que la quilla del *Sofala* removía barro del fondo, lo que lo hizo asomarse a la borda.

Los ojos, penetrantes y oblicuos, de aquella cara de rasgos orientales (una vieja cara diminuta e impenetrable, como tallada en una antigua madera de roble) ya lo habían informado mucho antes que el barco no enfilaba a la barra correctamente. Despedido del *Fair Maid* junto con toda la tripulación una vez concluida la venta, había rondado por la entrada de la Oficina del Puerto, con el desteñido traje azul y el ancho sombrero gris, hasta que un día, cuando vio llegar al capitán Whalley en busca de hombres para el *Sofala*, se puso modestamente en su camino, con los pies desnudos en el polvo y una muda mirada hacia lo alto. Los ojos de su antiguo capitán se habían posado en él favorablemente (era un día de buen auspicio) y en menos de media hora, los blancos de la oficina escribían su nombre en un papel y lo registraban como *serang* del vapor *Sofala*. Desde ese día, innumerables veces había mirado aquel estuario en aquella costa, sobre ese puente y de ese lado de la barandilla. El mundo visual pasaba a través de sus ojos y se imprimía en una mente irreflexiva, como la imagen que pasa a través de la lente de una cámara para fijarse en una placa sensible. Tenía un conocimiento absoluto y preciso del lugar. Pero si le hubieran pedido una opinión (y sobre todo, si lo hubieran interrogado en el estilo directo y alarmante de los blancos), habría respondido con la vacilación de la ignorancia. Estaba seguro de los hechos; pero esa certeza se debilitaba ante el temor de que la respuesta no gustara. Cincuenta años atrás, en una aldea de la jungla, y antes de cumplir su primer día de vida, su padre (que murió sin ver jamás un solo rostro blanco) encargó su horóscopo a un hombre de gran habilidad y sabiduría, porque en el orden de las estrellas se lee la última palabra del destino. Su destino era prosperar en el mar bajo la protección de varios blancos. Fregó cubiertas, vigiló timones, atendió bodegas, hasta que lo

ascendieron a *serang*. Y su plácida inteligencia conservó la incapacidad de comprender las razones más simples de aquellos hombres que servía, así como ellos eran incapaces de penetrar la corteza de la tierra para arrancarle el secreto de su corazón, el fuego o la piedra. En cambio, no dudaba de que el *Sofala* se había salido de la huella indicada para cruzar la barra de Batu Beru.

El error era leve. El barco no podía estar muy desviado hacia el norte: apenas dos veces su propio largo. Y un blanco perplejo (porque era imposible acusar al capitán Whalley de torpeza, de ignorancia, de falta de habilidad o descuido), se inclinaría a dudar de sus sentidos. Ésa era la sensación que inmovilizaba a Massy y le desnudaba los dientes en una sonrisa angustiada. Pero no al *serang*. No lo perturbaba ninguna desconfianza intelectual de los sentidos. Si el capitán decidía remover el fango, estaba bien. A lo largo de su vida, había visto actitudes igualmente extrañas en muchos hombres blancos. Sólo le interesaban las consecuencias. Al fin, aparentemente satisfecho, se apartó del borde del barco.

No había hecho un solo ruido. El capitán Whalley, sin embargo, notó los pasos del *serang*. Con la cabeza erguida y fija, movió apenas los labios y preguntó:

—¿Seguimos avanzando, *serang*?

—Seguimos un poquito, *Tuan* —contestó el malayo, y agregó despreocupadamente—: Ya pasamos.

La sonda confirmó sus palabras. La profundidad aumentaba en cada lanzamiento y repentinamente, el demonio de excitación abandonó el cuerpo del nativo que se balanceaba sobre uno de los flancos del *Sofala*, colgado del cinto de lona. El capitán Whalley ordenó que recogieran la sonda, que las máquinas marcharan sin apuro y, apartando los ojos de la costa, instruyó al *serang* para que mantuviera el rumbo.

Massy se golpeó sonoramente el muslo con la mano abierta.

—Rozó la barra. Mire a popa, vea si no lo hizo. Mire la huella que dejó. Ahí está, bien clara. ¡Juro que yo imaginé que lo haría! ¿Por qué? ¿Por qué diablos lo hizo? Creo que está tratando de asustarme.

Hablaba lentamente, con los ojos saltones clavados en el capitán. Había también una leve nota llorosa en su creciente cólera: era el claro sentido de la injuria recibida lo que lo hacía odiar al hombre que, por quinientas miserables libras, exigía la sexta parte de las ganancias en un contrato de tres años. Cuando el resentimiento superó el miedo que le inspiraba el capitán Whalley, empezó a lloriquear de furia.

—¡Ya no sabe qué inventar para amargarme la vida! Nunca hubiera pensado que un hombre como usted condescendería a...

A medias esperanzado, a medias tímido, se detenía cada vez que el capitán Whalley hacía un ligero movimiento en el sillón, como si aguardara las suaves palabras que los reconciliarían o el ataque que lo sacaría volando del puente.

—Estoy confundido —insistía, mostrando los grandes dientes sin sonreír—. No sé qué pensar. Realmente, creo que usted trata de asustarme. Estuvo a punto de encajarnos en el barro durante doce horas, por lo menos, además de ahogar las

máquinas. Hoy en día, un barco no puede darse el lujo de perder doce horas en un viaje. Usted debería saberlo. Y estoy seguro de que lo sabe perfectamente, sólo que...

Su lenta volubilidad, los movimientos con que ladeaba el cuello, las negras miradas de reojo, no conmovían al capitán Whalley. Miraba la cubierta con el entrecejo fruncido. Massy esperó un poco y luego comenzó a amenazarlo quejosamente:

—Usted cree que me tiene atado de pies y manos con ese contrato. Cree que puede atormentarme como se le antoje. ¡Ah! Pero recuerde que le faltan seis semanas. Tengo tiempo de despedirlo antes de que se cumplan los tres años. Todavía puede hacer algo que me dé la oportunidad de echarlo, de hacerlo esperar un año entero antes de que se vaya con sus quinientas miserables libras y me deje sin un centavo para pagar las calderas nuevas. ¡Como si me hubiera comprado el alma por quinientas libras, sólo para verme eternamente condenado...!

Se detuvo, sin aparente exasperación. Luego retomó el discurso monótono:

—¡... con las calderas deshechas y una amenaza de inspección! Capitán Whalley, digo yo, ¿qué hace con su dinero? Debe de tener montones de dinero en algún lado. Un hombre como usted... No soy idiota, sabe, capitán Whalley..., socio.

Se detuvo otra vez, como si hubiera concluido. Se pasó la lengua por los labios, echó una mirada al *serang*, que conducía el barco con susurros y leves señas de la mano. La hélice levantaba un oleaje veloz, crestas de espuma oscura: el *Sofala* había entrado en el río. El surco abierto en la barra ya estaba a una milla de la popa y fuera de la vista. También el mar había quedado atrás: liso, vacío, resplandeciente. A cada lado del barco, muy bajo, una vegetación de mangles sombríos y retorcidos cubría las orillas casi líquidas. Massy continuó en el mismo tono, con el arranque brusco de una caja de música.

—Aunque si hubo alguien que me pasó por encima, ése fue usted. No me importa decirlo. Ahí tiene, ya lo dije. ¿Qué más puedo decir? ¿No alcanza para satisfacer su orgullo, capitán Whalley? Desde el principio, me pasó por encima. Todo un mismo plan, ahora me doy cuenta. Usted me dejó poner esa cláusula sobre la intemperancia sin decir una palabra. Sólo pareció desmayarse cuando insistí en subrayarla. ¿Cómo iba a adivinar yo cuál era su defecto? Porque siempre hay algo malo en alguna parte, y ¡oh, sorpresa! apenas se embarca y me entero de que desde hace siglos usted no bebe más que agua.

El dogmático, rencoroso lamento, cesó. Ahora cavilaba, profunda y concentradamente, a la manera de los hombres astutos y sin inteligencia. Parecía inconcebible que el capitán Whalley no se echara a reír ante la expresión de disgusto que colmaba aquel rostro pesado y amarillento. Pero el capitán Whalley no alzó los ojos ni una sola vez: digno e inmóvil, permanecía sentado en el sillón del puente.

—De mucho me sirvió —reprochó Massy nuevamente— insertar una cláusula de despido por intemperancia contra un hombre que no toma más que agua. Y usted tenía tal cara de desesperación cuando leí el borrador del contrato esa mañana, en la

oficina del abogado, capitán Whalley... Tan abatido, que me convenció de haber acertado en su punto débil. Ninguna precaución está de más cuando el propietario contrata a un capitán. Y usted se habrá estado riendo de mí para sus adentros..., ¿eh? ¿Qué me va a decir?

El capitán Whalley sólo había movido un poco los pies. Una densa animosidad cargó la mirada oblicua de Massy.

—Pero recuerde que hay otras causas de despido. Está la negligencia habitual, que equivale a incompetencia. Está el persistente y grave descuido de sus deberes. No soy tan tonto como piensa. Últimamente, usted descuida sus obligaciones, deja todo en manos de ese *serang*. ¡Increíble! He visto que ese viejo malayo imbécil marca los rumbos del barco como si usted fuera demasiado importante para ocuparse de eso. ¿Y cómo califica a ese jueguito estúpido de rozar la barra en la entrada? ¿Usted cree que lo voy a aguantar?

Apoyado contra la escalerilla del puente, Sterne, el piloto, escuchaba, haciendo un guiño al segundo maquinista, quien se asomaba por la escotilla de la sala de máquinas. Limpiándose las manos con un trapo de algodón, el segundo miró, indiferente, las dos orillas del río que se deslizaban velozmente a ambos lados del *Sofala*.

Massy enfrentó el sillón directamente. El lamento se convirtió otra vez en amenaza.

—Tenga cuidado. Todavía podría despedirlo y congelar su dinero durante un año entero. Podría...

Pero ante la silenciosa, rígida inmovilidad del hombre cuyo dinero lo había salvado de la ruina a último momento, la voz se le ahogó en la garganta.

—No es que quiera hacerlo —dijo, después de una pausa. E insinuó, patéticamente—: Quiero, por encima de todo, que seamos amigos, que renovemos el contrato, si usted consiente en invertir otras doscientas libras para las calderas, capitán Whalley. Ya se lo dije. El barco necesita calderas nuevas. Usted lo sabe mejor que yo. ¿Ha reflexionado? Dígame.

Esperó. El tallo largo de la pipa colgaba de los labios gruesos; se había apagado. De pronto, se la arrancó de los dientes, retorció nerviosamente las manos.

—¿No me cree? —Metió la pipa en un bolsillo de la gastada chaqueta negra—. Es como tratar, con el diablo. ¿Por qué no habla? Al principio se daba tales aires conmigo que apenas me atrevía a arrastrarme por la cubierta de mi propio barco. Ahora, no le puedo sacar una palabra. Como si no me viera. ¿Qué significa esto? Juro que me aterroriza con este truco de sordomudo. ¿Qué hay dentro de esa cabeza? ¿Qué está tramando contra mí, que no puede decirme una palabra? Nunca me va a hacer creer que usted..., justamente usted, no sabe cómo conseguir doscientas libras. Me ha hecho maldecir el día en que nací...

—Señor Massy —dijo el capitán Whalley, sin moverse. El maquinista se sobresaltó—. Si es así, sólo puedo rogarle que me perdone.

—Estribor —murmuró el *serang* al timonel, y el *Sofala* empezó a tomar la curva hacia el segundo tramo de la ruta.

Massy se estremeció.

—Usted me hiela la sangre. ¿Por qué vino aquí? ¿Qué lo empujó a subir a bordo aquella noche, con ese aire superior, a hablarme de su dinero, a tentarme? Me he estado preguntando por qué. Usted se pegó a mí para pasarla bien, para chuparme la sangre, le digo. ¿Era por eso? Creo que es el avaro más grande del mundo, de otro modo, ¿por qué...?

—Soy pobre, nada más —interrumpió el capitán Whalley, impasible.

—Rumbo fijo —murmuró el *serang*.

Massy se dio vuelta, con el mentón clavado contra un hombro.

—No le creo —dijo, con su tono dogmático. El capitán Whalley no se movió—. Ahí está sentado, como un buitre harto de comida. Exactamente como un buitre.

Echó una sola mirada, circular y vacía, que abarcó el curso del río y las dos orillas, y bajó lentamente del puente.

Cuando se dio vuelta para bajar, Massy vio, al pie de la escalera, la sonrisa confiada y astuta, los bigotes cobrizos y el guiño de los ojos de Sterne, el piloto.

Antes de incorporarse al *Sofala*, Sterne había sido oficial subalterno de una de las compañías navieras más importantes. Había dejado el empleo, decía, «por principio». El ascenso era demasiado lento, explicaba, y él quería progresar un poco. Pero en esa compañía, nadie se moría ni abandonaba el puesto; ahí se atornillaban hasta oxidarse. Se cansó de esperar y sospechaba que si había una vacante no la ganaría el mejor oficial. Además, el capitán para quien había trabajado, llamado Provost, era un hombre imprevisible y, por alguna razón, lo tenía entre ojos. Seguro que por excederse en el cumplimiento del deber. Cuando hacía algo mal, aguantaba, como un hombre, que lo corrigieran; pero también exigía que lo trataran como a un hombre, y que no le hablaran, invariablemente, como a un perro. Lisa y llanamente, le preguntó al capitán Provost de qué lo acusaba, y el capitán Provost, con gran desprecio, le dijo que era un oficial perfecto, y que si no le gustaba el modo en que le hablaba, ahí estaba la pasarela: podía desembarcar en cuanto quisiera. El capitán Provost tenía demasiada influencia en la compañía. Le dieron una buena recomendación, de todos modos. Declaraba, sin avergonzarse, que no había una sola prueba contra él, y como oyó que el piloto del *Sofala* estaba internado en el hospital con insolación, pensó que no perdería nada si...

Se presentó al capitán Whalley bien afeitado, sacando pecho, y recitó su breve itinerario personal con franca y viril seguridad. De tanto en tanto, los párpados le temblaban ligeramente, la mano se escurría hacia la punta del llameante bigote; tenía las cejas rectas, espesas, de color castaño, y la franqueza de la mirada parecía oscilar al borde de la impertinencia. El capitán Whalley lo contrató temporalmente; luego, como el otro hombre volvió a Inglaterra por orden de los médicos, Sterne hizo un viaje más, y después el siguiente. Ahora lo habían confirmado en el puesto y subrayaba el cumplimiento de sus deberes con un aire de seria y concentrada aplicación. Apenas le dirigían la palabra empezaba a sonreír lentamente, expresando una profunda deferencia en toda su actitud. Pero en el guiño rápido e incesante de los ojos había una suerte de burla, como si poseyera el secreto de un chiste universal que ridiculizaba al mundo y que sólo él conocía.

Grave y sonriente, miró cómo Massy bajaba escalón por escalón, y cuando lo vio pisar la cubierta, movió el cuerpo y se encontraron cara a cara. Iguales en altura y totalmente diferentes, se enfrentaron como si hubiera algo entre ellos (algo más que la franja brillante del sol que atravesaba una brecha entre dos toldos, cortaba en cruz las planchas angostas de la cubierta y separaba los pies de los hombres como un arroyo), algo más profundo y sutil: un entendimiento inexpresado, una secreta desconfianza, o una suerte de temor.

Por fin Sterne, guiñando los ojos hundidos y sacando el mentón liso, bien

definido y tan rojo como el resto de la cara, murmuró:

—¿Ha visto? ¡Lo rozó! ¿Ha visto?

Massy, despectivo, sin levantar el rostro amarillento y carnoso, replicó, también en voz baja:

—Puede ser. Pero si hubiera sido usted, estaríamos encajados en el barro.

—Perdone, señor Massy. Me permito negarlo. Por supuesto, un propietario puede decir lo que se le venga en gana de su propio barco. De acuerdo. Pero le ruego que me permita...

—¡Fuera de mi camino!

El otro dio un respingo (el impulso de la indignación reprimida, quizá) pero no se movió de su lugar. La mirada de Massy recorrió, indecisa, la cubierta que se extendía a izquierda y derecha de Sterne, como si estuviera llena de huevos, buscando con irritación un sitio libre donde poner los pies. Finalmente, él tampoco se movió, aunque sobraba espacio para pasar.

—Lo oí decir allá arriba —continuó el piloto—, y fue una observación muy justa, que todo el mundo tiene algún defecto...

—Su defecto es escuchar detrás de las puertas, señor Sterne.

—Ahora bien, si usted me presta atención un momento, señor Massy, yo podría...

—Usted es un chismoso —lo interrumpió Massy, rápidamente. Y antes de que el piloto pudiera protestar, repitió—: Un vulgar chismoso.

—Ahora bien, señor, ¿qué es lo que usted quiere? Usted quiere...

—Yo quie... quiero... —tartamudeó Massy, atónito y furioso—. ¿Cómo sabe que yo quiero algo? ¿Cómo se atreve? ¿Qué quiere decir? Y qué... ¿qué es lo que anda buscando?

—Ascender. —Sterne lo acalló con la franqueza de su bravuconada.

Las blandas, redondas mejillas del maquinista temblaban aún, pero dijo con bastante serenidad:

—Lo único que consigue es hartarme.

Sterne respondió con una sonrisita confiada.

—Un hombre de negocios, que ha subido muy alto, me decía que hay que hacer así. «Siempre empujando al frente», me decía. «Que tu jefe te vea. Debes entrometerte a la primera oportunidad. Demuestra lo que sabes. Acósalo hasta que te tome en cuenta». Ése es el consejo que me dio. Ahora bien, aquí no tengo más jefe que usted. Usted es el propietario, y a mi entender nadie tiene mayor autoridad. ¿Ve, señor Massy? Quiero progresar. No es ningún secreto que soy de la clase de hombres que quieren progresar. Hombres muy útiles, señor. Usted, que llegó adonde llegó, tiene que saberlo.

—¡Acosar al jefe para progresar! —repetía Massy, como aterrado por la irreverente originalidad de la idea—. No me extrañaría que fuera por esto que lo echaron de la *Blue Anchor*. ¿A eso le llama progresar? Cuídese bien de lo que haga o progresará aquí de la misma manera, le doy mi palabra.

Sterne bajó la cabeza, pensativo, perplejo, guiñando los ojos a la cubierta. Últimamente, todos los intentos por establecer una relación confidencial con su jefe sólo le ganaban esas oscuras amenazas de despido. Y una amenaza de despido lo reducía a un silencio inmediato y titubeante, como si no estuviera seguro de que había llegado el momento de romperlo. Esta vez, pareció quedarse sin habla, y Massy avanzó con el propósito de empujarlo. Sterne lo frustró dando un paso al costado. Luego se volvió rápidamente, abrió la boca como para gritarle algo, pero lo pensó mejor y la cerró.

Siempre a la busca de un ascenso (y lo confesaba francamente), ya vigilaba por instinto la conducta de sus superiores inmediatos con el propósito de descubrir «algo a qué aferrarse». Estaba convencido de que ningún capitán del mundo conservaría su mando un solo día si los armadores «se informaran debidamente». Esa teoría romántica e ingenua lo había metido en problemas más de una vez, pero era incorregible: la deslealtad de su carácter estaba tan arraigada en él, que jamás se incorporaba a un barco sin la intención de desplazar al capitán y ocupar su puesto. Planes cuidadosos, descubrimientos comprometedores, llenaban sus horas de ocio en la vigilia; imágenes de oportunos accidentes, de golpes de suerte, colmaban su sueño. Había capitanes que se enfermaban y morían en alta mar: inmejorable oportunidad para que un segundo inteligente probara de qué madera estaba hecho. A veces, algunos se caían por la borda; conocía uno o dos casos. Y otros... Sin embargo, era más fiel a la convicción de que ninguno de ellos resistiría la prueba de estrecha vigilancia por un hombre que «sabía lo suyo» y «mantenía los ojos bien abiertos».

Cuando logró afirmarse en un puesto a bordo del *Sofala*, descubrió que tenía buenas razones para alimentar aquella eterna y voraz esperanza. Para empezar, era una gran ventaja la edad del capitán: por una u otra razón, los viejos largan pronto el mando. Pero lo mortificó advertir que aquel hombre no parecía acercarse a un retiro. De todos modos, los viejos como él suelen derrumbarse de golpe. Y además tenía a mano, para probar su celo y su constancia, al propietario-maquinista. Pero Sterne jamás ponía en duda la obvia naturaleza de sus méritos (y realmente era un buen oficial); sólo creía que el simple mérito profesional no garantizaba un rápido éxito. Sin audacia e ingenio, no iría lejos. Decidió, por lo tanto, heredar el mando del *Sofala* contra viento y marea. Estimaba correctamente el valor de ese puesto: no era gran cosa, pero en el Oriente importa mucho el primer paso, y un mando lleva a otro.

Comenzó por imponerse una conducta circunspecta: el humor fantástico y sombrío de Massy, ajeno a su experiencia de otros hombres de mar, lo intimidaba; pero no le faltó inteligencia para percibir, desde el primer momento, que era testigo de una situación excepcional, y la certidumbre de que había ahí algo esquivo y secreto aumentó su impaciencia. Un viaje concluyó, luego otro, y ya había empezado el tercero sin que se le ofreciera oportunidad de intervenir. Todo era muy raro y muy turbio; algo ocurría en la oscuridad, fuera de la vida cotidiana, de la rutina de a bordo, que en nada se diferenciaba de la vida y de la rutina de un vapor costero.

Hasta que un día lo descubrió.

La revelación llegó a Sterne después de largas semanas de vigilante observación, de interminables conjeturas, con la luz inmediata del relámpago, como la solución largamente buscada de un enigma. Pero sin la misma autoridad. Cielo santo. No podía creerlo. Y durante unos segundos, atónito, negó el descubrimiento, lo atribuyó a una enfermiza trampa de su imaginación, a un acceso de irracionalidad.

La iluminación le había ocurrido en el viaje anterior, en el trayecto de regreso. Recién salían de un puerto de escala que se llamaba Pangu, cruzando rectamente una bahía. Hacia el este, un enorme promontorio cerraba el panorama, un borde de roca asomándose entre los matorrales y las enredaderas espinosas. El viento hacía vibrar los aparejos. El mar junto a la costa, verde y ligeramente empinado sobre la línea del horizonte, parecía derramarse una y otra vez, con una caída lenta y atronadora, en el agujero de sombra de un cabo a estribor. Un grupo cercano de pequeñas islas estaba envuelto en la brumosa luz amarilla del amanecer y, más lejos en la bahía, emergían los montes de otros islotes, inmóviles sobre el agua tumultuosa de sus canales.

La ruta habitual del *Sofala*, ida y vuelta, lo obligaba a cruzar unas cuantas millas de esta zona plagada de arrecifes. El barco avanzaba por una ancha calle de agua, dejando atrás, una por una, esas migajas de corteza terrestre, dispersas sobre un peligroso fondo de roca y de bancos de arena. Algunos de esos fragmentos de tierra no eran más grandes que un barco encallado; otros, muy chatos, barridos por las olas, parecían enormes balsas de piedra negra; algunos eran redondos y boscosos, con una cúpula de follaje verde que se estremecía ominosamente bajo las ráfagas de viento, en la estación lluviosa. Tormentas eléctricas azotaban con frecuencia ese archipiélago, que se volvía aún más sombrío bajo la luz de los relámpagos y más silencioso e impenetrable con el estrépito de los truenos. Sus formas borrosas se desvanecían cuando arreciaba la lluvia y volvían a dibujarse luego, negras y vividas en la luz grisácea de un cielo nublado. Invulnerables a los cambios del mundo, ahí estaban, intactas, desde el día en que ojos occidentales las vieran, por primera vez, desde la empinada proa de una carabela, cuatrocientos años atrás.

Era uno de los lugares retirados que aún se encuentran en las rutas del mar, como en tierra se encuentra a veces el villorrio de casas apiñadas que no ha alterado la ansiedad, la ambición, ni el pensamiento de otros hombres. Incontables generaciones habían pasado por ahí, habían visto la nube de aves marinas que brotaba del horizonte para posarse en las rocas más altas del archipiélago, y las huellas largas y sombrías que su vuelo trazaba en el cielo. En cada roca, en cada punta pedregosa, aquella nube de alas palpitantes buscaba un sitio para dormir, llenaba el aire con sus gritos.

Ese continuo estrépito recibía al *Sofala* cuando llegaba desde Batu Beru: el clamor despiadado y salvaje de las aves marinas al caer la noche. Nadie a bordo le prestaba atención. Sólo era la voz del barco que proclamaba su correcta aproximación a tierra y el final de un trecho de cien millas. Había llevado bien el rumbo, había cubierto esa distancia hasta que, puntualmente, las islas empezaban a emerger, una

por una, con sus puntas rocosas, sus montes, y la nube de pájaros emitía sus gritos estridentes y crueles: el sonido de una escena familiar, parte viva de la tierra quebrada, del mar ancho, del alto cielo limpio.

Pero cuando el *Sofala* tocaba tierra en plena noche, todo estaba muy quieto. Nada se movía, nada se oía, nada se veía, salvo la masa informe de las islas, que ocultaban su verdadero contorno en la oscuridad. Las tres luces del barco (una roja, una verde abajo y una blanca arriba) mantenía un firme curso hacia el paso que se abría en el extremo sur del archipiélago. A veces, ojos humanos miraban aquel barco que se iba acercando suavemente por un espacio oscuro y vacío: los ojos de un pescador desnudo, en la canoa que flotaba sobre un arrecife. Pensaba, adormilado: «¡Ah! El barco de fuego, que cada luna va y viene de la bahía de Pangu». No sabía más. Y cuando oía el apagado ruido de la hélice que golpeaba el agua a una milla y media de distancia, el *Sofala* viraba el rumbo, y las tres luces desaparecían de la visión del pescador.

Unas pocas familias, miserables y semidesnudas, una suerte de tribu paria, de gente escuálida, con el pelo largo y la mirada salvaje, luchaban para sobrevivir en este desierto de islotes que se alzaba, como una obra inconclusa de la tierra, en la entrada de la bahía. Bajo las torcidas y endebles canoas, talladas del tronco de un árbol, el agua entre las rocas tenía una transparencia de cristal. El fondo ondulaba levemente bajo el golpe de un remo y los hombres parecían suspendidos en el aire, en una jaula de madera oscura y húmeda, pescando con infinita paciencia en el aire trémulo y verde de los arrecifes.

Sus cuerpos eran morenos y flacos, como secados al sol. Sus vidas se deslizaban calladamente. Las casas donde nacían, descansaban y morían eran precarios refugios de junco y de pasto, con algunas esteras andrajosas, escondidos de la vista del mar. El fuego de sus hogares no daba siquiera una chispa roja que pudiera guiar a los marinos en la noche ciega de las islas. Y la ardiente calma de la costa ecuatorial, concentrada y sin aire, caía sobre ellos y sus hijos, durante días y semanas, hasta que las rocas, como brasas, quemaban los pies desnudos, y el agua se adhería, pegajosa y caliente, a las piernas flacas de los hombres con taparrabo, que vadeaban el pálido fuego de los arrecifes. Y a veces ocurría que el *Sofala*, debido a alguna demora en una escala, entraba en la bahía de Pangu al mediodía.

Un fino hilo de humo se alzaba de pronto, misteriosamente, de un punto vacío en la línea clara del horizonte. El taciturno pescador extendía los brazos hacia el mar y las morenas figuras inclinadas en las diminutas playas (hombres, mujeres y niños que revolvían la arena en busca de huevos de tortuga) se enderezaban, y, con una mano protegiendo los ojos, contemplaban el paso de esta aparición mensual, el avance recto, el giro. Escuchaban el jadeo del barco, y lo seguían mirando hasta que pasaba entre los dos cabos de tierra firme a toda velocidad, como si huyera de nuevos obstáculos.

En días así, el resplandor del mar ocultaba los peligros que había a ambos lados

del pasaje. Nada se movía bajo el poder aplastante de la luz, y las islas rocosas, opacas en el sol, se reflejaban cabeza abajo en el agua lisa, como juguetes de ébano en un espejo. Pero al primer golpe de un vendaval, el archipiélago entero se cubría con la espuma de la rompiente, como en un estallido de vapor, y el agua clara hervía en todos los canales de entrada. El mar revuelto dibujaba, en un diseño de furiosa espuma, la vasta plataforma de aquel grupo de islas: un suelo sumergido, formado por desechos de la costa cercana, que proyectaba sus espuelas filosas bien adentro del canal, y que estaba erizado de bancos de piedra que tenían casi una milla de largo.

Apenas una brisa (como la de aquella mañana, en el viaje anterior, cuando el *Sofala* partió de Batu Beru y el descubrimiento de Sterne floreció, maligno e increíble, de una pequeña semilla de sospecha), una ligera brisa bastaba para arrancarle al mar su máscara serena. Sterne, que en ese momento miraba el agua con indiferencia, había contemplado por primera vez los peligros señalados por manchas lívidas y siseantes, tan claros en el agua como las marcas grabadas en un mapa, como si asistiera a una revelación. Se le ocurrió que un día como ése era el más indicado para un marino que no conociera el pasaje: un día claro, un poco de viento y el mar rompiendo en todo el arrecife, desnudando el canal. Mientras que, en un día calmo, uno sólo podía fiarse de la brújula y del juicio de ojos expertos. Y sin embargo, los sucesivos capitanes del *Sofala* habían cruzado de noche más de una vez. Nadie podía ya darse el lujo de desperdiciar seis o siete horas en la ruta de un vapor. Claro que no. Pero todo era cuestión de práctica, y con las debidas precauciones... El canal era ancho y bastante seguro. El asunto era acertar la entrada en la oscuridad, porque si uno se enredaba en la maraña de agua rota que había un poco más allá, no salía con el barco entero. Si es que salía.

Ésas fueron las últimas reflexiones de Sterne antes del gran descubrimiento. Acababa de ordenar que aseguraran el ancla y permanecía, ocioso, en la proa. El capitán estaba en su puesto, en el puente. Con un leve bostezo, Sterne dejó de mirar el paisaje y se apoyó perezosamente contra un aparejo.

Sin saberlo, se despedía del último momento de paz a bordo del *Sofala*. Cada instante del tiempo que vendría después estaría cargado de una sola intención, de una intolerable perplejidad. Ya no habría más pensamiento ocioso ni vaga conjetura: el descubrimiento que había hecho los convertiría en una tortura cotidiana, hasta el punto de desear sinceramente que no hubiera ocurrido, que hubiera sido más estúpido, para no darse cuenta.

Y sin embargo, si la gran oportunidad consistía en descubrir «una falla», aquél era un golpe de suerte.

El descubrimiento era alarmante. Mucho más grave que un defecto y de una inmoralidad aterradora. Sterne miraba la escena tan perezosamente que hasta había suspendido toda vigilancia del propietario del barco. Sin malicia, observaba al capitán en el puente. Insignificante y casual había sido la idea que lo llevó al descubrimiento: la chispa accidental que basta para volar un barril de pólvora.

La brisa combaba y achataba lentamente los toldos de la cubierta de proa; más arriba de aquel pesado aleteo, ondulaba la tela gris de la amplia chaqueta del capitán Whalley. Daba la cara al viento, a plena luz, la gran barba aplastada contra el pecho; las cejas muy pobladas se fruncían sobre una mirada que nacía en la sombra, recta, aguda y clavada al frente. Sterne apenas podía detectar el brillo gemelo del blanco de los ojos cuando se movían bajo las cejas hirsutas. A corta distancia, pese a los modales afables, aquellos ojos parecían atravesar al interlocutor. Sterne tenía esa sensación cada vez que hablaba con el capitán. No le gustaba. Qué alto y corpulento parecía allá arriba, con esa miniatura de *serang* al lado, como era habitual en este curioso vapor. Una costumbre absurda. Lo irritaba. Por supuesto que el viejo podía conducir el barco solo, sin ese nativo servil pegado al cuerpo. Sterne se encogió de hombros con disgusto. ¿Por qué lo hacía? ¿Indolencia o qué?

Aquel viejo capitán se habría vuelto haragán con los años. Todos se volvían haraganes en el Oriente (Sterne estaba muy orgulloso de su inalterable actividad); todos se echaban a perder. Pero el viejo se erguía en el puente, muy alto y muy derecho, y a su lado, como un chico que mira por encima del filo de la mesa, el sombrero gastado y la cara morena del *serang* se asomaban sobre la lona blanca de la borda.

Por supuesto, el malayo estaba un poco más atrás, más cerca del timón, pero la gran disparidad de tamaño y la íntima sociedad de aquellos dos, divertía a Sterne, como la observación de un raro hecho de la naturaleza. No eran menos exóticos que los peces de las profundidades del mar.

Vio que el capitán Whalley giraba la cabeza rápidamente para hablarle al *serang* y que el viento barría hacia un lado la masa blanca de la barba. Le estaría ordenando que mirara la brújula o algo así. Por supuesto. Como si le costara mucho dar un paso y mirarla él mismo. El desprecio de Sterne por la indolencia física que acomete a los blancos en el Oriente aumentó mientras reflexionaba. Algunos estaban completamente perdidos si no tenían uno de esos nativos a su entera disposición; ni siquiera se avergonzaban. Gracias a Dios, él no era de éstos. Jamás dependería de ningún malayo enano y arrugado. ¡Como si uno pudiera confiar en un nativo idiota! Pero, a todas luces, aquel magnífico anciano no pensaba lo mismo. Ahí estaban, siempre juntos, un curioso par, como la vieja ballena guiada por un diminuto pez piloto.

La caprichosa comparación lo hizo sonreír. ¡Una ballena con su inseparable pez

piloto! Eso parecía el viejo. No un tiburón, aunque el señor Massy le daba ese nombre. Pero el señor Massy no se fijaba en lo que decía durante sus ataques de rabia. Sterne sonrió. Y gradualmente, el sonido y la forma imaginaria de las palabras *pez piloto* evocaron otras ideas: la idea de auxilio, de guía recibida y necesaria; la idea de confianza y dependencia; la idea de unos ojos expertos que ayudan al marino cuando busca a tientas la costa, cuando avanza ciegamente en la niebla, en la oscuridad, en la tormenta que llena el aire de agua salada y reduce el campo de visión a un horizonte que cabe en la palma de la mano.

Un piloto ve mejor que un extraño, porque su conocimiento local, como una vista más aguda, completa las formas de cosas apenas percibidas, atraviesa el velo de bruma que la tormenta arroja sobre tierra firme, define con exactitud el contorno de una costa tapada por la niebla, descubre puntos de referencia sepultados en una noche sin estrellas. Reconoce porque ya sabe. No es en ojos más penetrantes donde se apoya la certeza del piloto, sino en su mayor conocimiento. Y de la certeza de la posición de un barco depende el honor de un hombre, la paz de su conciencia y la justificación de la confianza depositada en él, junto con su propia vida, que nunca es enteramente suya porque está ligada a otras, más humildes y sin embargo poderosas por la distancia, el afecto y el misterio. El conocimiento del piloto trae alivio y certeza al capitán de un barco; pero el *serang*, en aquella fantástica imagen del pez piloto y la ballena, no podía tener un conocimiento superior. ¿Por qué iba a tenerlo? Esos dos hombres habían llegado juntos el mismo día. Y, por supuesto, un blanco aprendía más en una semana que el mejor nativo en un mes. El *serang* estaba adherido al capitán como si fuera útil. El pez piloto, un piloto... Si no se trataba de conocimiento superior, entonces...

Sterne hizo su descubrimiento. Repugnaba a su imaginación, escandalizaba a su idea de la honradez, a su idea de la humanidad. Ese hecho atroz modificaba su visión del mundo: el sol se había vuelto azul y echaba una nueva luz siniestra sobre los hombres y la naturaleza. En el primer momento, Sterne se sintió enfermo, como si hubiera recibido un golpe bajo. Durante un segundo, hasta el color del mar le pareció distinto, muy extraño, y tuvo la estremecedora sensación de que la tierra empezaba a girar en sentido contrario.

La natural incredulidad que siguió a esta suerte de cataclismo lo alivió un poco. Jadeaba aún, pero se le pasó. Sin embargo, durante todo el día, lo asolaron espasmos de azoramiento mientras trabajaba. Se detenía, sacudía la cabeza. La incredulidad pasó casi tan rápido como la primera emoción del descubrimiento y en las siguientes veinticuatro horas no logró conciliar el sueño. Durante las comidas (en la mesa tendida para los blancos en el puente, ocupaba el sitio opuesto a la cabecera) se perdía en una fascinada contemplación del capitán Whalley, que estaba enfrente. Miraba los deliberados movimientos del brazo que subía: el viejo se llevaba la comida a la boca como si no le encontrara gusto alguno, como si no le importara tampoco. Se alimentaba como un sonámbulo.

«Es un espectáculo horrible», pensó Sterne.

Y observaba la larga pausa de fúnebre, silenciosa inmovilidad, la mano morena y flojamente cerrada junto al plato, hasta que advertía que los dos maquinistas lo estaban mirando a él con asombro. Entonces, cerraba rápidamente la boca, bajaba la vista y guiñaba los ojos al plato. Era terrible verlo al viejo, sentado ahí. Terrible pensar que bastaban tres palabras para hacerlo saltar en pedazos. Sólo tenía que alzar la voz y pronunciar una breve frase. Y sin embargo, ese acto tan simple le parecía imposible. El viejo comía, a pesar de sus terribles movimientos mecánicos; Sterne, de pura excitación, no cenó esa noche.

Desde entonces, tuvo tiempo suficiente para acostumbrarse a la tensión de las comidas. No se había creído capaz, pero la fuerza de la costumbre prevaleció y sólo el peligro que acechaba en el éxito le impedía demostrar su júbilo. Se sentía como el hombre que busca un revólver cargado para defenderse y encuentra accidentalmente un torpedo: un torpedo vivo, con una carga devastadora y una presión mortal. La clase de arma que angustia a quien la posee. No tenía ganas de volar en pedazos y sospechaba que, de algún modo, la explosión también podía dañarlo a él.

Esa vaga aprensión lo inhibió en el primer momento. Ahora ya comía y dormía con el arma terrible a su lado, con la constante certidumbre de su poder. No había llegado a esa conclusión por un proceso reflexivo, pero una vez que la idea se instaló definitivamente en él, una multitud de hechos insignificantes, a los que no había prestado demasiada atención, la corroboraron. La entonación abrupta y vacilante de aquella voz profunda; el callado aislamiento, como una armadura; los deliberados, cuidadosos movimientos; la prolongada inmovilidad, como si el hombre que vigilaba tuviera miedo de agitar el aire: todo gesto, toda palabra, incluso un suspiro, adquirirían un significado especial, un valor de documento.

Para Sterne, cada día transcurrido en el *Sofala* desbordaba de pruebas irrefutables. Por la noche, cuando estaba fuera de servicio, se escurría del camarote en pijama en busca de más pruebas y permanecía una hora entera, bajo el puente, descalzo y tan inmóvil como el montante de los toldos que tenía cerca. No era habitual que el capitán de un vapor costero hiciera guardia en los tramos de fácil navegación. Según la costumbre, lo reemplazaba el *serang*; en alta mar y con rumbo recto, generalmente se le confiaba el barco al malayo. Pero ese viejo parecía incapaz de descansar tranquilamente en su camarote. Sin duda, no podía dormir. Y con razón. Eso también era una prueba. De pronto, en el silencio del barco que avanzaba jadeante en un mar oscuro y calmo, Sterne oía una voz apagada, que exclamaba nerviosamente:

—¡*Serang!*

—¡*Tuan!*

—¿Estás vigilando bien la brújula?

—Sí, estoy vigilando, *Tuan*.

—¿El barco sigue su rumbo?

—Sigue, *Tuan*. Muy recto.

—Bien. Y recuerda, *serang*, que la orden es ocuparte del timonel y vigilar atentamente, como si yo no estuviera en cubierta.

Entonces, tras la respuesta del *serang*, se acallaba la voz en el puente y, alrededor de Sterne, todo se volvía más profundamente oscuro y silencioso. Con un poco de frío y la espalda dolorida por la prolongada inmovilidad, regresaba sigilosamente al camarote. Ya no quedaban en él vestigios de la primera incredulidad; de las emociones originales, que había provocado tumultuosamente el descubrimiento, sólo persistía la primera huella del terror. No era miedo del hombre (podía destrozarlo con media docena de palabras) sino una horrorizada indignación ante la irresponsable perversidad de su avaricia (no era otra cosa), ante la loca y sombría decisión que, por unas pocas libras, transgredía la ley de la conciencia y se rebelaba a los designios de la Providencia.

Era imposible encontrar un hombre igual a ése en el mundo entero, gracias a Dios.

Otras consideraciones, nacidas de la prudencia, le habían sujetado la lengua día tras día. Ahora le parecía que hubiera sido más fácil denunciarlo en el primer instante del descubrimiento. Casi lamentaba no haber hecho un escándalo en seguida. Pero claro, la monstruosidad de la revelación... ¡Caramba! Si apenas se atrevía a aceptarlo él mismo, ¿cómo señalárselo a otro? Además, con un delincuente de esa calaña, nunca se sabía. El objetivo no era echarlo (ya casi estaba afuera) sino ocupar su puesto. Aunque pareciera muy raro, el hombre intentaría defenderse. A un tipo que había elaborado semejante fraude no le faltarían agallas para otra bajeza. Era un prodigio horrible y fantástico, eso era; un hombre perfectamente capaz de manejar el escándalo desfachatadamente, hasta lograr que despidieran a Sterne y arruinar, de ese modo y para siempre, la perspectiva de una carrera en esa región del Oriente. Pero si quería progresar, debía arriesgarse. A veces, Sterne pensaba que había sido equivocadamente flojo en el momento de actuar. Pero aún, la flojera lo había arrastrado a ese presente de dudas, en que no sabía cómo actuar.

El malhumor salvaje de Massy lo desconcertaba: un factor incalculable en la situación. Uno no podía adivinar qué se ocultaba detrás de aquella ferocidad insultante. ¿Cómo fiarse de un carácter así? No le tenía miedo físico; lo aterraba el peligro que corrían sus ambiciones.

Aunque se atribuía excepcionales poderes de observación, ya llevaba demasiado tiempo a solas con su descubrimiento. No tenía ojos para otra cosa, hasta que un día se le ocurrió que aquello era demasiado obvio, y todos debían advertirlo. En total, había cuatro blancos a bordo del *Sofala*. Jack, el segundo maquinista, era demasiado estúpido como para darse cuenta de que algo sucedía fuera de la sala de máquinas. Quedaba Massy, el propietario, la persona interesada, casi loco de preocupación. Sterne había oído y visto a bordo más que suficiente; sabía qué lo afligía. Pero su misma exasperación lo volvía sordo a las cautas insinuaciones de Sterne. Si se enterara, ahí tendría lo que estaba buscando. ¿Pero, cómo negociar con un hombre

así? Era meterse en la guarida del tigre con un pedazo de carne en la mano. Más que probablemente, no le agradecería el favor. De hecho, siempre lo amenazaba con represalias. Y la urgencia del caso, combinada con la imposibilidad de manejarlo sin peligro, hacía que Sterne, insomne, se revoliera en el catre, gruñendo, durante horas, como si estuviera ardiendo de fiebre.

Acontecimientos como el torpe cruce de la barra lo alarmaban intensamente. No quería que todos sus proyectos se fueran al diablo en una inmediata catástrofe. Con Massy en el puente, el viejo se había visto obligado a reforzar el simulacro, a una nueva representación. Pero ya no le salía tan bien. Nada le salía realmente bien ahora. Hasta Massy se había atrevido a señalarle el error al capitán. Sterne, que escuchaba al pie de la escalera, oyó las toscas y llorosas acusaciones del otro. Por suerte, ese animal de Massy era estúpido y no veía la razón verdadera. Y sin embargo, no tenía la culpa: se necesitaba un hombre inteligente para descubrir la causa. De todos modos, era hora de hacer algo. El juego del viejo no podía durar muchos días más.

«Esta locura puede costarme la vida, aparte de mi gran oportunidad», se dijo Sterne, irritado, cuando vio que la espalda encorvada de Massy desaparecía por la escotilla.

Sí, era posible, pensó. Pero soltar de golpe la verdad tampoco convenía a sus planes. Por el contrario, los arruinaría. Temía otro fracaso. Vagamente intuía que sus colegas de esa parte del mundo no lo apreciaban mucho. Inexplicablemente, porque nunca les había hecho nada. Envidia, suponía. La gente siempre atacaba a un tipo inteligente que quería abrirse paso en la vida. Cumplir con el deber y esperar gratitud de ese bruto de Massy sería una locura. Era un mal bicho. Cobarde. Vicioso. Malo, realmente malo. Un bruto sin una gota de humanidad; sin curiosidad siquiera, de otro modo hubiera reaccionado a las insinuaciones... Esa insensibilidad era casi misteriosa. El estado de constante exasperación de Massy aumentaba su estupidez hasta llevarla mucho más allá de la tontería común en el propietario de un barco.

Sterne, absorto, reflexionaba ahora sobre los graves inconvenientes de esa estupidez; sin parpadear, inmóvil, clavó los ojos en las planchas de la cubierta.

El leve temblor que agitaba el barco era aún más perceptible en el silencio del río, calmo y sombrío como un sendero de la jungla. El *Sofala*, deslizándose en una marcha regular, ya había pasado la franja costera de barro y mangles. Las orillas eran más altas, con declives firmes y un bosque de altos árboles que llegaba hasta el borde del agua. Allí donde la inundación roía la tierra había cortes profundos y marrones, que desnudaban una maraña de raíces, anudadas y prietas como en una batalla subterránea; en el aire, las ramas entrelazadas, con su atadura de enredaderas, prolongaban aquella sorda lucha por la vida, mezclando su follaje en una pared sólida de hojas, con alguna hendidura que descubría la oscuridad impenetrable, la íntima sombra de la jungla. El sonido de las máquinas reverberaba en golpes idénticos, como un metrónomo que medía el vasto silencio, la sombra de la pared occidental proyectada en el río, y el humo de la chimenea, que fluía hacia atrás, extendía una

tenue capa de niebla sobre el agua oscura, que parecía estancada en aquel tramo del río.

El cuerpo de Sterne, clavado en el mismo lugar, temblaba ligeramente con la vibración interna del barco. Bajo los pies se oía, de tanto en tanto, el golpe metálico de un hierro, la explosión de un grito. A su derecha, un sol ya bajo rozaba la copa de los árboles y las hojas parecían brillar con luz propia, verde y dorada, en las ramas que se recortaban, muy oscuras, contra un liso cielo azul. Los pasajeros que iban a Batu Beru, de rodillas en la cubierta, enrollaban sus camas de estera, hacían paquetes, cerraban baúles de madera. Un buhonero marcado de viruela echó atrás la cabeza para beber las últimas gotas de una botella de arcilla cocida, antes de guardarla en un rollo de mantas. Pequeños grupos de comerciantes esperaban de pie en la cubierta, hablando en voz baja. El séquito de un rajá de la costa (jóvenes de cara ancha, con pantalones blancos, gorros redondos y blancos de algodón, con los coloridos *sarongs* que cruzaban los hombros de bronce) aguardaban, sentados sobre los talones, junto a la escotilla, masticando betel, con las bocas brillantes y rojas, como si estuvieran llenas de sangre. Las lanzas, apiladas dentro del círculo de pies desnudos, tenían el aspecto inocente de un atado de secas cañas de bambú. Un chino flaco y lívido, con un voluminoso paquete de hojas de palma bajo el brazo, miraba anhelante el camino del río. Un rey errante se frotaba los dientes con un pedazo de madera y escupía por encima de la borda. El gordo rajá dormitaba en una destartada silla de cubierta. Y detrás de cada curva del río, las dos paredes vegetales continuaban, paralelas a la orilla, con una impenetrable solidez que apenas se debilitaba allá arriba, en el tejido delicado y transparente de innumerables, diminutas ramas, que crecían en libertad.

No había indicios de tierra cultivada. Tampoco huellas de pobladores, excepto en un lugar: en el extremo desnudo de una punta de tierra, bajo un grupo aislado de helechos arborescentes, aparecieron los restos de una vieja choza construida sobre pilotes, las paredes de bambú medio deshechas, como si las hubieran golpeado con un palo. Más adelante, medio escondida entre los matorrales de la orilla, una canoa que llevaba un hombre, una mujer y una docena de cocos verdes, se balanceó, indefensa, en el oleaje que levantó el *Sofala*.

«Debo despertar a ese imbécil de Massy», pensó Sterne. «Esto ya es demasiado absurdo. Aquí está el viejo, enterrado en su sillón (para lo que sirve, le convendría una tumba) y el *serang* al mando del barco. Porque es así. El *serang* está al mando. En el puesto que por derecho me pertenece. Tengo que hacerlo. Y ahora mismo...».

El movimiento brusco del piloto, que salió disparado, aterró a un muchachito moreno y medio desnudo, con enormes ojos negros y un talismán colgando del cuello. El chico soltó la banana que estaba mordiéndola y corrió a las rodillas de un árabe oscuro y solemne, vestido con una túnica de ondulantes pliegues y sentado como una figura bíblica, incongruentemente, en un baúl de lata de color amarillo, que amarraba una cuerda de junco. El padre, imperturbable, extendió la mano y palmeó suavemente la cabecita rapada.

Sterne cruzó la cubierta en busca del primer maquinista. Jack, el segundo, que se escurría por la escalera de la sala de máquinas limpiándose las manos con un trapo, le ofreció una indescifrable sonrisa de dientes blancos en la cara ennegrecida y dura. No había rastros de Massy.

Sterne golpeó suavemente la puerta. Luego, acercando los labios a la roseta de ventilación, dijo:

—Tengo que hablar con usted, señor Massy. Es sólo un minuto.

—Estoy ocupado. Aléjese de mi puerta.

—Por favor, señor Massy...

—Dije que se fuera. ¿No me oyó? Váyase bien lejos. A la otra punta del barco. Lo más lejos posible... —La voz bajó el tono—. Al diablo.

Sterne calló. Luego, muy quedamente:

—Es algo urgente. ¿Cuándo le parece que podrá atenderme, señor?

La respuesta fue un irritado nunca. Y entonces Sterne, con decisión, giró el picaporte.

El camarote de Massy, angosto, con una sola cama, olía fuertemente a jabón y ofrecía a los ojos un panorama de impecable limpieza: barrido, fregado, sin adornos, más desolado que desnudo, menos severo que mezquino y carente de humanidad, evocaba una sala de hospital o (por el reducido tamaño) el pulcro refugio de una persona desesperadamente pobre pero digna. Ni una sola fotografía enmarcada en la pared; ni una sola prenda en los percheros de bronce, ni siquiera una gorra. Todo el camarote estaba pintado de un modesto azul pálido; dos grandes baúles de mar, con fundas de lona y cerrojos de hierro, llenaban el espacio bajo la cama. Bastaba una mirada rápida para abarcar toda la franja de madera lustrada entre los cuatro rincones desnudos. Era notoria la ausencia del banco acostumbrado. La tapa de madera del lavabo parecía tan herméticamente cerrada como la tapa del escritorio, que sobresalía del tabique a los pies de la cama. En la cama, un colchón delgado como un panqueque, una manta gastada, con descoloridas rayas rojas, y un mosquitero cuidadosamente doblado para las noches en puerto. En el piso no se veía un solo pedazo de papel ni botas, basura de algún tipo, motas de polvo. Ni siquiera había huellas de ceniza (en el cuarto de un fumador empedernido eso indicaba una alarmante hipocresía) y el asiento del viejo sillón de madera, pulido por el uso, brillaba como si le hubieran puesto cera a una ruina. La cortina de hojas de la costa, que se desenrollaba interminablemente más allá de la redonda abertura del ojo de buey, proyectaba una red temblorosa de luces y de sombras.

Sterne mantuvo la puerta abierta con una mano e introdujo la cabeza y los hombros. Ante esa inconcebible intrusión, Massy, que no estaba haciendo absolutamente nada, se levantó de un salto, mudo por el asombro.

—No me insulte —murmuró Sterne, apresuradamente—. No voy a permitir que

me insulte. Sólo pienso en su bien, señor Massy.

Hubo un silencio de profundo azoramiento. Ninguno de los dos parecía encontrar las palabras. Luego, con discreta volubilidad, el piloto continuó:

—Usted no puede imaginar lo que está pasando a bordo de su barco. No se le ocurriría nunca. Es demasiado... demasiado recto, señor Massy, como para sospechar que alguien... Le pondría los pelos de punta.

Aguardó el efecto: Massy parecía aturdido, incapaz de entender. Se limitó a pasarse la palma de la mano por los mechones negros y pegoteados. En un tono repentinamente confidencial y audaz, Sterne prosiguió:

—Recuerde que apenas faltan seis semanas... —El otro lo miraba, impasible—. De todos modos, va a necesitar un capitán dentro de poco.

Sólo entonces, como si esa insinuación le quemara la carne como un hierro al rojo, Massy dio un respingo y estuvo a punto de gritar. Se contuvo con gran esfuerzo.

—Necesitar... un... capitán —repitió, con lentitud sarcástica—. ¿Quién necesita un capitán? Usted se atreve a decirme que necesito a alguno de ustedes, farsantes, simulacros de marinos, para manejar mi barco. Usted, y los de su ralea, hace años que me chupan la sangre. Me hubiera perjudicado menos tirando el dinero por la borda. Malcriados, inútiles, fraudes. Este viejo barco sabe más que el mejor de todos ustedes. —Apretó los dientes, gruñó—: Pero la estúpida ley exige un capitán.

Sterne recuperó el ánimo.

—Y la estúpida compañía de seguros también —dijo ligeramente—. Pero no se preocupe por eso. Lo que quiero preguntarle es: ¿Por qué no yo, señor? Claro que usted es tan capaz de dar la vuelta al mundo con un vapor como cualquiera de nosotros. No soy yo quien va a venderle el cuento de que es una proeza. —Soltó una breve y hueca risotada, y prosiguió, confiadamente—. Yo no hice la ley, pero ahí está. Y soy un tipo joven, activo y totalmente de acuerdo con sus ideas. He aprendido a conocerlo, señor Massy. Yo nunca me daría aires como ese... ese viejo haragán que está allá arriba.

Para alejar a Massy de la pista, marcó enfáticamente las últimas palabras; pero ya no dudaba de su éxito. Al primer maquinista lo desbordaba la perplejidad, como un hombre lento ante un molinete que gira velozmente.

—Lo que usted necesita, señor, es un tipo que no tenga mañas, que se contente con ser su jefe de navegación. Muy justo, además. Bien, yo estoy tan capacitado para el trabajo como ese *serang*. Porque así es la cosa. ¿Usted sabe, señor, que un maldito malayo, un mono como ése, está a cargo del barco? Él y nadie más. Oiga los pasitos allá arriba. El verdadero oficial al mando. Ahora mismo lleva el barco por el río, mientras el gran hombre está tirado en una silla, a lo mejor dormido. Aunque si duerme, no es mucha la diferencia, le doy mi palabra.

Trató de meterse un poco más en el camarote. Massy, con la cabeza baja y una mano aferrada al respaldo del sillón, no se movió.

—Usted piensa, señor, que el hombre lo tiene agarrado con el contrato... —

Massy alzó una cara grave y crispada—. Señor, uno escucha lo que se dice a bordo. No es ningún secreto. Y en tierra hace años que es tema de conversación. La gente está haciendo apuestas. ¡No, señor! Es usted quien lo tiene en un puño. Me dirá que no puede despedirlo por indolencia, difícil de probar en un tribunal y todo eso. De acuerdo, sí. Pero si usted dice la palabra necesaria, le puedo contar algo sobre su indolencia que le dará todo el derecho de despedirlo ahora mismo y ponerme al mando del barco por el resto del viaje, sí, señor. Podrá echarlo antes de que salgamos de Batu Beru, y hacerle pagar un dólar diario de comida hasta la vuelta, si a usted se le antoja. ¿Qué le parece? Vamos, señor. Realmente le conviene y yo estoy dispuesto a aceptar su palabra. Una simple declaración suya vale tanto como un certificado.

Los ojos de Sterne ya brillaban. Insistió. Una simple declaración, decía, mientras pensaba que de algún modo se las ingeniaría para conservar el puesto todo el tiempo que quisiera. Se haría indispensable; el barco tenía mala fama en el puerto; no le costaría asustar a otros postulantes. Massy se vería obligado a retenerlo.

—Una simple declaración bastaría —repitió Massy, lentamente.

—Sí, señor. Bastaría —Sterne estiró el mentón alegremente y guiñó los ojos muy cerca, con aquel inconsciente descarado que despertaba en Massy un furor sin límites.

El maquinista habló muy claramente.

—Escuche bien, entonces, señor Sterne. Nunca, ¿me oye?, nunca le prometería ni dos peniques por cualquier cosa que usted pudiera contarme.

Hizo un movimiento rápido y eficaz para echar a Sterne del camarote y cerró la puerta de un golpe.

El violento portazo oscureció el camarote durante un instante: la momentánea ceguera que produce un estallido. Massy se dejó caer en el sillón.

—¡Oh, no! ¡Él no! —murmuró débilmente.

En aquel punto de la ruta, el barco avanzaba tan pegado a la orilla que la pared de hojas se deslizó como una persiana contra el ojo de buey. La oscuridad de la jungla se volcó dentro de aquel desnudo camarote, junto con el olor de hojas pudriéndose en el barro: el intenso olor a fango de la tierra que emerge viva, empapada de agua, siseante de vapor, después del diluvio. El chasquido de los matorrales acompañaba el paso del barco; más arriba, crepitaba una filosa lluvia de pequeñas ramas que caían, rotas, sobre el puente: una enredadera golpeó la grúa de un bote salvavidas, y el látigo de una larga rama, exuberante y verde, entró y salió por el ojo de buey, dejando unas cuantas hojas desgarradas sobre la cama del señor Massy. Luego, mientras el barco viraba en la corriente, la luz empezó a regresar, pero sólo como una claridad atenuada: el sol ya se había puesto y en el río, que llevaba su curso sinuoso entre una multitud de árboles gigantescos, como en el fondo de un abismo, había una creciente oscuridad.

—¡Oh, no! ¡Él no! —murmuró otra vez el maquinista.

Los labios le temblaban casi imperceptiblemente; las manos también, un poco. Para calmarse, abrió el escritorio, desplegó una hoja de papel grisáceo, cubierto con

una maraña de números impresos y empezó a examinarlos atentamente, por vigésima vez en el transcurso del viaje.

Con los codos apoyados sobre el escritorio, la cabeza entre las manos, parecía inmerso en el estudio de un intrincado problema de matemáticas. Era la lista de los números ganadores en el último sorteo de la gran lotería, que había sido el único estímulo durante tantos años de su vida. La idea de una existencia despojada de ese pedazo de papel se había ido borrando en él hasta desaparecer por completo; simplemente no la concebía, así como otros no conciben la vida sin aire fresco, sin actividad o sin amor. Año tras año, una gran pila de esas hojitas tenues, se levantaba sobre el escritorio, mientras el *Sofala*, conducido por el fiel Jack, desgastaba las calderas correteando arriba y abajo por los estrechos, de cabo en cabo, de río en río, de bahía en bahía, acumulando, con la dura labor de un barco extenuado y hambriento, esa masa ennegrecida de documentos. Massy los guardaba bajo doble llave, como si fueran un tesoro. Había en ellos, como en la vida, la fascinación de la esperanza, la excitación de un misterio a medias revelado, la nostalgia de un deseo a medias satisfecho.

En cada viaje, durante días enteros, se encerraba con esos papeles en el camarote. Mientras el ruido acompasado de las máquinas le golpeaba los oídos, Massy se exprimía el cerebro estudiando aquellas hileras de números inconexos, desconcertantes por su caprichosa secuencia, que recordaba los azares del destino. Alimentaba la fe en una lógica escondida en algún punto de aquellos resultados casuales. Creía haberla visto con sus propios ojos. La cabeza le daba vueltas, el cuerpo le dolía. Aspiraba la pipa mecánicamente. El estupor contemplativo atenuaba la irritabilidad de su carácter, como la quietud física que produce una droga, mientras la mente seguía tensa y alerta. Nueve, nueve, cero, cuatro, dos. Tomaba nota. El siguiente número ganador del gran premio era el cuarenta y siete mil cinco. Estos números, por supuesto, debían evitarse en el futuro, cuando escribiera a Manila pidiendo los billetes. Lápiz en mano, murmuraba: «... y cinco. Hmm... Hmmm». Se mojaba el dedo: un rumor de papeles. «Ajá. ¿Qué es esto? Hace tres años, en el sorteo de septiembre, salió el cero, nueve, cuatro, cero, dos. Primer premio. Muy interesante». Allí había indicios de un orden definido. Tenía miedo de perder cualquier principio recóndito en la riqueza abrumadora de su material. ¿Qué podía ser? Y durante media hora se quedaba quieto como un muerto, encorvado sobre el escritorio, sin mover un solo músculo. Detrás de él, todo el camarote se espesaba en una densa nube de humo, como si hubiera explotado una bomba, invisible, sin ruido.

Por fin, cerraba el escritorio con la decisión que otorga una confianza inquebrantable, se levantaba de un salto y salía del camarote. Caminaba, ida y vuelta, por un sector de la cubierta de proa donde no hubiera bultos ni cuerpos de pasajeros nativos. Eran un inmenso fastidio, pero también una fuente de ganancia que no podía desdeñar. Necesitaba cada penique de ganancia que pudiera darle el *Sofala*. Y era bien poco, la verdad. La incertidumbre del azar no lo preocupaba, pues de algún

modo había llegado a la convicción de que a cada número, con el paso de los años, le tocaría obligatoriamente el turno de ganar una vez. Sólo era cuestión de tiempo y de comprar tantos billetes como pudiera en todos los sorteos. Generalmente, compraba más de lo que podía; toda la ganancia que dejaba el barco iba a parar ahí, junto con el sueldo que se había asignado como primer maquinista. Era el sueldo que pagaba a otros lo que mezquinaba con un dolor razonado y a la vez desbordante de pasión. Con el entrecejo fruncido miraba a los nativos que barrían la cubierta, a los contramaestres que lustraban las barandas de bronce con un trapo grasiento; tenía ganas de sacudir el puño y rugir insultos en un torpe malayo al pobre carpintero: un chino tímido, enfermizo, aturdido por el opio, que llevaba unos amplios pantalones azules por toda vestimenta, y que, invariablemente, dejaba caer las herramientas y huía, con la coleta al viento, estremeciéndose de pies a cabeza ante la furia de aquel diablo blanco. Pero era cuando alzaba los ojos en dirección al puente, donde uno de esos fraudes marinos, plantado ahí por la ley, conducía su barco, que Massy sentía un vértigo de rabia. Los aborrecía a todos: era un viejo feudo, desde el primer día en que se hizo al mar, cachorro sin experiencia, en una sala de máquinas. Los desplantes que había tenido que aguantar. Las persecuciones que había sufrido a mano de los capitanes: la gente inútil de un vapor, al fin de cuentas. Y ahora que había alcanzado la jerarquía de propietario, todavía eran una plaga; a esos haraganes engreídos, había que pagarles un dinero precioso. Como si un maquinista calificado (el propietario, además) no pudiera estar al mando de su propio barco. Bien, no les daba tregua, pero era un pobre consuelo. Ya había empezado a odiar también al barco por las reparaciones que exigía, por las cuentas de carbón que debía pagar, por la carga miserable que conseguía. Mientras caminaba, apretaba los puños y daba golpes súbitos, viciosos, a la barandilla, como si el barco fuera capaz de sentir dolor. Y sin embargo, no podía prescindir de él; lo necesitaba; tenía que aferrarse a él con uñas y dientes para mantenerse a flote hasta que la esperada corriente de la fortuna le llegara en todo su caudal y lo condujera, sano y salvo, a la alta playa de sus ambiciones.

Y una vez ahí, a hacer nada, absolutamente nada, y con abundante dinero. Ya había probado el gusto del poder en la forma más elevada que su limitada experiencia concebía: el poder del propietario. ¡Qué desilusión! ¡Vanidad de vanidades! Se sorprendía de su propia locura. Había malgastado la sustancia para quedarse con la sombra. Poco sabía de los placeres de la riqueza para estimular su imaginación con visiones de lujo. Cómo iba a saberlo el hijo de un calderero borracho, que había pasado directamente del taller a la sala de máquinas de un barco carbonero. Pero podía imaginar muy bien la noción del ocio absoluto que hay en la riqueza. Soñaba con ella para olvidar los problemas del presente. Se imaginaba caminando por las calles de Hull (de chico recorría esos andurriales), con los bolsillos repletos de dinero. Se compraría una casa; sus hermanas casadas, sus cuñados y sus viejos camaradas del taller le rendirían infinito homenaje. No tendría que pensar en nada. Su palabra sería ley. Había estado sin trabajo durante mucho tiempo antes de ganar el

premio, y recordaba cómo Cario Mariani (vulgarmente llamado Charley el Panzón), el hotelero maltés de la esquina más miserable y sórdida de la calle Denham, se deshizo en atenciones la noche que llegó la noticia. El pobre Charley, aunque se ganaba la vida como proveedor de algunos vicios abyectos, fiaba comida a muchos despojos de hombre. Desbordó de ingenua alegría ante la idea de cobrar viejas cuentas y preparó, confiado, una serie de festejos en la lúgubre taberna del sótano. Massy recordó la curiosidad y el respeto en los ojos de la basura blanca del lugar. El pecho se le había dilatado de placer. Se fue de la infame guarida de Charley apenas advirtió las posibilidades que se le ofrecían, sin ocultar su desprecio. Ahora, la memoria de aquellas adulaciones lo entristecía profundamente.

Ése era el poder real del dinero: borraba los problemas, la necesidad de pensar. Massy pensaba con dificultad y sentía vívidamente. Para su rudimentario cerebro, los problemas que presentaba cualquier esquema ordenado de vida eran, por su cruel solidez, obstáculos que la malevolencia de otros hombres ponía en su camino. Desde que se convirtió en propietario de un barco todos conspiraban para hacerle sentir que era nadie. ¿Por qué había cometido la estupidez de comprar ese maldito barco? Lo habían estafado abominablemente; no veía fin a esa estafa y, a medida que las dificultades de su imprudente ambición crecían hasta sofocarlo, había empezado a odiar realmente a todo el mundo que tuviera algo que ver con ese barco. Un carácter irritable por naturaleza y una desmesurada sensibilidad en cuanto a sus propios derechos, se habían unido para hacer de la vida una especie de infierno: el sitio donde su alma condenada se abandonaba al tormento de bárbaras cavilaciones. Pero nunca había odiado tanto a nadie como a aquel viejo que se presentó una noche para salvarlo del desastre, de la vil conspiración de los marinos. Parecía haber caído del cielo. Oyó el eco de sus pasos en el barco vacío, y la voz extraña, de graves inflexiones, que repetía en la cubierta: «Señor Massy. ¿Está el señor Massy?». Y cuando subió desde el frío pozo de la sala de máquinas, donde vagaba deprimido, alumbrándose con una vela entre las sombras monstruosas que proyectaba el esqueleto de la maquinaria, Massy vio, atónito, al imponente anciano con su larga barba de plata, alto como una torre, erguido en la penumbra roja y fantástica del atardecer.

—¿Viene a verme por negocios? ¿Qué negocios? No hago negocios. ¿No ve que el barco está parado? Massy ya se consideraba vencido por la ironía del desastre. Un instante después, no podía dar crédito a sus oídos. ¿Adónde quería llegar aquel viejo? Las cosas no sucedían así. Era un sueño. Iba a despertarse de pronto y el hombre se desvanecería como una silueta en la niebla. La seriedad, la dignidad, el tono firme y cortés de aquel extraño anciano atlético, impresionaron a Massy. Casi le dio miedo. Pero no era un sueño. Quinientas libras no eran un sueño. Inmediatamente sospechó. ¿Qué significaba eso? Por supuesto, era una oferta para aceptar con los ojos cerrados. Pero ¿qué había detrás?

Antes de despedirse, después de concertar una cita en la oficina de un abogado

para la mañana siguiente, Massy se preguntaba: «¿Por qué lo hace?». Pasó la noche entera forjando las cláusulas del contrato: un instrumento único en el género, con términos que de algún modo lograron divulgarse y se convirtieron en tema de conversación y de asombro en el puerto.

El objetivo de Massy fue asegurarse, mediante todos los recursos posibles, el eventual despido del socio sin pagarle su parte. Los esfuerzos del capitán Whalley se dirigieron a asegurar la suma invertida. ¿Acaso no era el dinero de su Ivy? ¿Una parte de la fortuna de la hija, el único capital que le quedaba, además del cuerpo eternamente joven de su padre? Confiado en la paciencia que otorga la fuerza del amor, aceptó, con majestuosa calma, los párrafos estúpidamente astutos de Massy contra la incompetencia, la deshonestidad, la embriaguez, a cambio de otras condiciones severas. En tres años podría retirarse de la sociedad y llevarse el dinero. Se estipuló la creación de un fondo para pagarle. Pero si dejaba el *Sofala* antes de término, por cualquier motivo (salvo la muerte), Massy dispondría de un año entero para devolverle la plata.

—¿Enfermedad? —sugirió el abogado, un joven recién llegado de Europa.

Massy empezó a quejarse untuosamente:

—¿Cómo imaginar que...?

—Olvídelo —respondió el capitán Whalley con una soberbia confianza en su cuerpo—. Son cosas de Dios.

En mitad de la vida se agazapa la muerte, pero él confiaba en su Creador con una intrepidez aún mayor; el Creador conocía sus pensamientos, sus afectos humanos y sus razones. El Creador sabía qué uso le daba a su salud y cuánto la necesitaba.

—Espero que mi primera enfermedad sea la última. Nunca he estado enfermo, que yo recuerde —comentó—. Olvídelo.

Pero ya en esa temprana etapa de sus relaciones despertó la hostilidad de Massy, cuando se negó a que fueran seiscientas las quinientas libras.

—No puedo hacerlo.

Fue todo lo que dijo, simplemente, pero con tanta decisión que Massy desistió de presionarlo en ese punto, aunque pensó: «¡Que no puede! Viejo avaro. ¡No quiere! Debe de tener montañas de dinero, pero sólo busca un puesto cómodo y la sexta parte de mis ganancias».

Y durante esos años, el disgusto de Massy había crecido por debajo de algo semejante al temor. La sencillez de aquel hombre le parecía peligrosa. Últimamente, sin embargo, había cambiado: se veía menos formidable, disminuido en su vigor, como si hubiera recibido una herida secreta. Pero aún era incomprensible en su candor, en su coraje y en su rectitud. Y cuando Massy se enteró de que iba a dejarlo al expirar el plazo, a dejarlo enfrentado al problema de las calderas, su disgusto se convirtió en una secreta llamarada de odio.

El odio le había abierto los ojos; ya hacía mucho tiempo que Sterne no podía contarle nada que él no supiera. Se esforzaba en aterrorizar a ese servil entrometido

para que guardara silencio. Quería dominar la situación él solo. Además, por increíble que pudiera parecerle a Sterne, no había renunciado al deseo y la esperanza de conseguir que el viejo aborrecido se quedara. Caramba, no había otra salida, a menos que abandonase las ilusiones del azar. Pero ahora, repentinamente, desde el cruce de la barra de Batu Beru, las cosas se dirigían con rapidez a un solo punto. Tanto lo inquietaba, que el estudio de los números ganadores no aplacó su agitación. La penumbra en el camarote se ahondó, cada vez más sombría.

Guardó la lista, murmuró nuevamente:

—Oh, no, muchachito, usted no. Ni que me maten.

No permitiría que aquel farsante chismoso, aquel guiñador de ojos, lo obligara a actuar. Volvió a hundir la cabeza entre las manos: su inmovilidad, confinada en la oscura estrechez del camarote, lo mantenía increíblemente alejado del movimiento y los ruidos en cubierta. Los oía: los pasajeros empezaban a parlotear, excitados; alguien arrastraba una pesada caja frente a su camarote. Oyó la voz del capitán Whalley allá arriba:

—Todo el mundo a sus puestos, señor Sterne.

Y la respuesta, desde la cubierta de proa:

—Sí, señor.

—Amarramos mirando a la corriente esta vez. La marea está baja.

—Mirando a la corriente, capitán.

—Ocúpese de eso, señor Sterne.

El autoritario tañido del gong de la sala de máquinas tapó la respuesta. La hélice siguió golpeando lentamente: uno, dos, tres; uno, dos, tres, con pausas casi dubitativas en cada vuelta. El gong sonaba repetidamente, y el agua que batía la hélice a uno y otro lado se agitaba con estrépito a todo lo largo del barco. Massy no se movió. En la orilla opuesta, a un cuarto de milla, flotaba una luz como una estrella diminuta, repasando lentamente, de babor a estribor, el círculo del puerto. Voces que provenían del muelle del señor Van Wik contestaron los gritos de saludo del barco; se arrojaron cuerdas que no llegaron y que se volvieron a lanzar; la llama oscilante de una antorcha a bordo de un enorme sampán, que se acercaba a recoger al rajá y transportarlo con debidos honores, echó un súbito fulgor rojizo dentro del camarote y sobre su propio cuerpo. Massy no se movió. Después de unas últimas, cansinas vueltas, las máquinas se detuvieron, y el prolongado clamor del gong anunció que el capitán las había detenido definitivamente. Gran número de botes y de canoas abordaron el *Sofala*. Después de cierto tiempo, el estrépito de salpicaduras, gritos, pies que se arrastraban y paquetes que caían con un ruido sordo, el bullicio de los pasajeros nativos que se alejaban, empezó a amainar lentamente. Desde la orilla, una voz educada, ligeramente autoritaria, habló muy cerca del flanco del barco:

—¿Hay correo para mí esta vez?

—Sí, señor Van Wik —era Sterne quien contestaba, asomado sobre la borda, en un tono de respetuosa cordialidad—. ¿Se lo llevo?

Pero la voz preguntó otra vez:

—¿Dónde está el capitán?

—Todavía en el puente, creo. No ha dejado su silla. ¿Quiere que?...

La voz lo interrumpió, negligente. —Voy a subir a bordo.

—Señor Van Wik —empezó a decir Sterne ansiosamente—, ¿me haría el favor de...?

El piloto se alejó rápidamente en dirección a la planchada. Se hizo un silencio. Massy, en la oscuridad, no se movió.

Tampoco se movió cuando oyó el lento arrastrarse de unos pasos delante de su camarote. Se limitó a vociferar a través de la puerta cerrada.

—¡Tú, Jack!

Los pasos retrocedieron sin apuro. El picaporte rechinó y el segundo maquinista apareció en el vano, una sombra recortada en la luz del pasillo, la cara tan negra como el resto de su figura.

—Tardamos mucho en llegar esta vez —gruñó el señor Massy, sin moverse.

—Y qué esperaba, con la mitad de los tubos de las calderas taponados para evitar escapes —se defendió el segundo, locuazmente.

—Nada de discursos —dijo Massy.

—Nada de calderas podridas, digo yo —replicó el fiel subordinado, sin animación, secamente—. Baje usted y déles más presión, si se atreve. Yo no me atrevo.

—Entonces no vales ni la comida que te tragas.

El otro hizo un ruido con la boca que se parecía a una risa y quizás era un resoplido burlón.

—Mejor andar despacio que parar el barco del todo —reprochó al admirado superior.

Massy se movió al fin. Giró en la silla y apretó los dientes.

—Maldito seas, tú y el barco. Ojalá ya estuviera en el fondo del mar. Te morirías de hambre, entonces.

El leal maquinista cerró suavemente la puerta.

Massy escuchó con atención. En vez de pasar al baño, donde debía ir a limpiarse, el segundo entró en su camarote, que estaba al lado. Massy se levantó de un salto y esperó. De pronto oyó el golpe del cerrojo y pateó la puerta.

—¡Creo que te estás encerrando para emborracharte! —gritó.

Después de un momento le llegó la respuesta ahogada.

—Mi tiempo libre.

—¡Si empiezas a emborracharte durante el viaje voy a despedirte! —aulló Massy.

Un silencio obstinado siguió a la amenaza. Massy se alejó de la puerta, perplejo. En la orilla, dos figuras se aproximaban a la planchada. Oyó una voz en la que había una nota de desprecio.

—Me inclino a dudar de su palabra. Pero naturalmente hablaré con él.

La otra voz (la de Sterne) dijo, con una suerte de penosa formalidad:

—Gracias. Es todo lo que deseo. Debo cumplir con mi deber.

Massy se sorprendió. Una figura baja y apuesta saltó ágilmente a la cubierta y casi chocó con él, que estaba fuera del círculo luminoso de la lámpara. Cuando pasó en dirección al puente, después de un apresurado «Buenas noches», Massy, furioso, dijo a Sterne, que se acercaba lentamente:

—¿Para qué anda detrás del señor Van Wik?

—Nada de eso, señor Massy. Yo no soy bastante bueno para el señor Van Wik. Me temo que usted tampoco, señor. El capitán Whalley, sí, me parece. Va a pedirle que cene en su casa esta noche.

Y murmuró sombríamente, para sí:

—Espero que lo disfrute.

El señor Van Wik, el hombre blanco de Batu Beru, un ex oficial naval quien, por motivos que sólo él conocía, había desechado la promesa de una brillante carrera para convertirse en el pionero de las plantaciones de tabaco de aquel remoto lugar de la costa, apreciaba al capitán Whalley. La aparición de éste había despertado su curiosidad. Era imposible imaginar un hombre más distinto a los diversos ejemplares que se habían sucedido en el mando del *Sofala*.

En aquellos días, Batu Beru no era todavía lo que fue después: el centro de un próspero distrito tabacalero, un pueblito de bungalows con aspecto de barrio suburbano del trópico, en una larga calle arbolada, enmarcado por la exuberancia florida y elegante de los jardines, con una avenida de tres millas de largo para los paseos vespertinos en coche, un residente de primera clase y la esposa gorda y alegre que rige la sociedad de administradores casados y de jóvenes solteros empleados en las grandes compañías.

Esa prosperidad no había llegado aún y el señor Van Wik prosperaba solo, en la margen izquierda de un profundo claro excavado en la selva, que, de una punta a otra, alcanzaba el borde del agua. Su bungalow solitario se levantaba frente a las casas del sultán al otro lado del río. Aquel viejo gobernante, ansioso y melancólico, se había despedido ya del amor y de la guerra, no le encontraba gusto a la vida (salvo el de los malos presagios) y le negaba toda importancia al tiempo. Tenía miedo a la muerte y, sin embargo, esperaba morir antes de que los blancos le arrebataran sus dominios. Cruzaba el río con frecuencia (nunca con menos de diez botes atiborrados de gente) en la triste esperanza de arrancarle a su único blanco alguna información sobre el tema. Había una silla puesta especialmente para él en la veranda; los funcionarios de la corte se acuclillaban sobre alfombras y pieles entre el mobiliario; los súbditos de menor jerarquía permanecían abajo, sobre el césped que separaba la casa del río, en hileras de tres o cuatro, que cubrían todo el frente. Más de una vez, la visita empezaba al alba. El señor Van Wik toleraba estas incursiones. Desde la ventana del dormitorio, saludaba con un movimiento de cabeza, con el cepillo de dientes o la navaja de afeitar en la mano, o pasaba en bata de baño entre las filas de cortesanos. Aparecía y desaparecía tarareando una melodía, se cepillaba cuidadosamente las uñas, frotaba la cara recién afeitada con agua de Colonia, tomaba la primera taza de té y salía para vigilar el trabajo de sus *coolies*; volvía, revisaba unos papeles que había sobre el escritorio, leía una o dos páginas de un libro o se sentaba al piano, echándose hacia atrás en el taburete, los brazos extendidos, los dedos sobre las teclas, balanceando el cuerpo ligeramente hacia uno y otro lado. Cuando no tenía más remedio que hablar, daba respuestas evasivas, ambiguamente tranquilizadoras, por pura composición. Esa misma piedad lo empujaba, quizás, a ser hospitalario y extravagantemente generoso con las bebidas gaseosas, y a veces se quedaba una semana entera sin soda. Aquel viejo le había regalado toda la tierra que se le había

antojado: era ni más ni menos que una fortuna.

Fuera una fortuna o una reclusión como ésa lo que buscaba el señor Van Wik, no podía haber elegido un sitio mejor para encontrarlas. Hasta los barcos de la compañía subsidiaria del correo, que llegaban a ínfimos villorrios de la costa, pasaban muy lejos de la boca del río de Batu Beru. La ruta de esos barcos era vieja; tal vez, en algunos años, cuando expirara el contrato, Batu Beru sería incluido en el servicio. Mientras tanto, toda la correspondencia del señor Van Wik iba a Malaca, desde donde su agente la enviaba por el *Sofala* una vez al mes. Sucedió que, cuando Massy se quedaba corto de dinero (por comprar demasiados billetes de lotería), o tenía problemas con un capitán, el señor Van Wik no recibía ni cartas ni periódicos. Sólo por eso tenía un interés personal en las vicisitudes del *Sofala*. Aunque se consideraba un ermitaño (y su aislamiento no era un capricho pasajero porque ya duraba ocho años), le gustaba saber qué pasaba en el mundo.

A mano en la veranda, sobre una *étagère* de nogal (la había traído el *Sofala* un año atrás, todo lo traía el *Sofala*), bajo pisapapeles de bronce, había una colección de la edición semanal de *The Times*, las páginas enormes del *Rotterdam Courant*, el *Graphic* con la faja verde de la edición internacional, una publicación holandesa ilustrada y sin tapa, varios números de una revista alemana con tapas de color indefinible. También había paquetes de nuevas partituras musicales, aunque el piano (traído por el *Sofala* años atrás) se desafinaba por la humedad de la jungla. Era irritante encontrarse totalmente aislado del mudo durante sesenta días, sin modo de averiguar la razón. Y cuando el *Sofala* reapareció, el señor Van Wik bajó los escalones de la veranda y caminó por el césped hacia la orilla, con la blanca frente ceñuda de enojo.

—Tuvieron un accidente, me imagino.

El señor Van Wik habló hacia el puente, pero antes de que nadie pudiera responder, Massy ya había saltado a tierra y se retorció las manos, agachando la cabeza lustrosa, que parecía pegoteada de hilos y cintas negras. Lo enfurecía tanto la obligación de dar explicaciones, que gemía lastimeramente, mientras intentaba dibujar una sonrisa con los labios gruesos.

—No, señor Van Wik. Usted no lo va a creer. No pude conseguir que alguno de esos desgraciados me capitaneara el barco. Ni uno solo de todos esos haraganes se dejaba convencer, y la ley, usted sabe, señor Van Wik...

Gemía interminablemente, disculpándose; palabras como *conspiración*, *envidia*, *complot*, resaltaban en el discurso, lloriqueadas con mayor energía. El señor Van Wik, mientras se estudiaba las uñas bruñidas con una leve mueca de disgusto, decía:

—Ajá. Una verdadera lástima —y le daba la espalda.

Difícil de complacer, inteligente, algo escéptico, acostumbrado a la mejor sociedad (durante un año había ocupado un puesto envidiable en el Ministerio de Marina, antes de retirarse de la profesión y de Europa), Van Wik poseía una latente calidez de sentimientos y cierta capacidad de simpatía, que ocultaba bajo una suerte

de indiferencia altiva y arbitraria, producto de su educación juvenil; un enemigo podría acusarlo sin mucha justicia de petimetre por su aspecto, que era como un eco distorsionado de elegancias pasadas. Había logrado imponer una disciplina casi militar a los *coolies* de aquella tierra arrancada a las sombras y la maraña de la jungla, y la camisa blanca de alto cuello y pechera rígida y brillante que se ponía todas las tardes expresaba el deseo de conservar la decente ceremonia de vestirse para la cena, pero se anudaba a la cintura una gruesa faja carmesí; una concesión a la selva, antes su enemiga, ahora su derrotada compañera. Además, era una precaución higiénica. Una chaqueta corta, de tela sedosa y muy liviana, que usaba bien abierta en el pecho, flotaba colgando de los hombros. El cabello rubio y esponjoso era más escaso en la parte superior de la cabeza y se enrulaba ligeramente en las patillas; el bigote cuidadosamente recortado, la frente despejada, los brillosos zapatos de charol, que se asomaban bajo las amplias botamangas de unos pantalones hechos con la misma tela delicada de la chaqueta, y aquella faja carmesí, sugerían un pirata de novela y, al mismo tiempo, la elegancia de un *dandy* ligeramente calvo, que aprovechaba su reclusión para consentirse cierto gusto por la ropa poco ortodoxa.

Era su ropa de etiqueta. El *Sofala* llegaba a Batu Beru una hora antes de la caída del sol, y el hombre que caminaba junto al río, enmarcado por el declive de césped que coronaba el largo bungalow de techo muy empinado y cubierto hasta el alero por enredaderas floridas, tenía un aspecto pintoresco y a la vez indiscutiblemente correcto. Mientras amarraban el *Sofala*, se paseaba a la sombra de los pocos árboles que había dejado en pie cerca del muelle, esperando el momento de subir a bordo. Los blancos del *Sofala* no pertenecían a su clase. El viejo sultán (aunque las ansiosas incursiones lo fastidiaban) era mucho más aceptable para su exigente gusto. Pero aun así, eran blancos. Las visitas periódicas del barco quebraban la monotonía de días colmados e iguales, sin perturbar su privacidad. Más aún, eran necesarias desde un punto de vista comercial. Escrupuloso por naturaleza, se irritaba cuando el barco no aparecía en la fecha prevista.

La causa de esta irregularidad era demasiado burda y Massy, en su opinión, era un despreciable imbécil. La primera vez que el *Sofala* reapareció en la curva del río bajo el nuevo contrato, cuando ya había perdido toda esperanza de verlo nuevamente, se indignó tanto que no bajó en seguida al embarcadero. Los sirvientes corrieron a darle la noticia; acercó una silla al borde de la terraza, apoyó los codos en ella y, con el mentón entre las manos, permaneció mirando furioso el barco que amarraban frente a la casa. Podía distinguir claramente todas las caras blancas de a bordo. ¿Quién diablos era esa especie de patriarca que tenían ahora en el puente?

Al fin, se levantó de un salto y bajó por el sendero de grava. Incluso la grava de los senderos había llegado en el *Sofala*. Arrancado de su calma arrogancia por la exasperación, pero sin mirar a nadie, el señor Van Wik abordó directamente a Massy, con tanta firmeza que el maquinista, desconcertado, empezó a tartamudear. Entre frases ininteligibles, murmuraba:

—Señor Van Wik... Realmente, señor Van Wik... En el futuro, señor Van Wik...
—Y la sangre agolpada tiñó de un extraño color naranja la cara biliosa de Masy, donde los azorados ojos negros brillaban desmesuradamente.

—Tonterías. Estoy harto. Me apabulla el descaró con que usa mi muelle. Como si yo lo hubiera hecho construir para su sola conveniencia...

Masy se defendía con vehemencia. El señor Van Wik estaba realmente furioso. Le dijo que estaba pensando pedir a esa compañía alemana (esa gente de Malaca, ¿cómo se llamaba?) que le mandara sus barcos, los de chimenea verde. Nada les gustaría más que la oportunidad de meter uno de sus vapores chicos en la ruta. Sí, Schnitzler, la gente de Jacob Schnitzler aceptaría en seguida. Sí. Estaba decidido a escribirle ya mismo.

Agitado, Masy casi dejó caer la pipa.

—¡No habla en serio, señor! —chilló.

—No descuide su negocio tan ridiculamente, entonces.

El señor Van Wik giró sobre los talones. Los otros tres blancos habían observado la escena sin moverse. Masy echó a caminar de un lado a otro, rápidamente, hinchadas las mejillas, sofocándose.

—¡Holandés presumido!

Y gemía un largo, afiebrado relato de penurias. ¡Los esfuerzos que había hecho todos esos años para complacer a aquel hombre! Y ésa era la recompensa. ¿Lindo, eh? Escribirle a Schnitzler para que llevara sus barcos de chimenea verde, permitir que lo arruinara un judío de Hamburgo. No, si era para reírse. Y rió, entre sollozos. Y con toda seguridad le haría llevar la carta en su propio barco. Tropezó contra una reja y maldijo.

No dudaría un segundo en tirar por la borda la correspondencia del holandés, todo el paquete entero. Nunca, nunca le había cobrado un centavo por el servicio. Pero probablemente, el capitán Whalley, su nuevo socio, no se lo permitiría; además, con eso sólo lograría postergar la catástrofe. Por su parte, prefería arrojar al agua todas las cartas del maldito Van Wik antes que quedarse mirando cómo le robaban el negocio esas chimeneas verdes.

Deliberaba en voz alta. Los camareros chinos que acarreaban los platos se detuvieron, vacilantes, al pie de la escalera. Desde arriba del puente, Masy aulló a la cubierta:

—¿No vamos a comer esta noche?

Luego se volvió bruscamente hacia el capitán Whalley, que esperaba, serio y paciente, en la cabecera de la mesa, acariciándose la barba en silencio, con tranquila resignación.

—A usted no parece importarle lo que me pasa. ¿No ve que esto afecta tanto sus intereses como los míos? No es ningún chiste. —Se sentó en el extremo opuesto de la mesa y masculló entre dientes—: A menos que usted tenga unos cuantos miles escondidos en alguna parte. Yo no los tengo.

El señor Van Wik cenó en el bungalow profusamente iluminado que daba un toque de esplendor a la noche en su claro de la selva junto a la orilla del río. Después se sentó al piano y, durante una pausa en la ejecución, oyó pasos lentos que se acercaban por el sendero frente a la casa. Una o dos tablas crujieron bajo firmes pisadas. Giró a medias sobre el taburete, escuchando sin levantar los dedos del teclado. El pequeño terrier ladraba furiosamente mientras retrocedía desde la terraza. Una voz profunda se disculpaba, con solemnidad, por la «intrusión». Van Wik salió rápidamente.

En lo alto de la escalinata, la figura patriarcal que era, aparentemente, el nuevo capitán del *Sofala* (había visto ya una docena, pero ninguno como ése), se erguía sin avanzar. El perrito no paraba de ladrar; Van Wik lo acalló agitando levemente el pañuelo. Cuando el capitán Whalley empezó a hablar del tema, halló una cortés pero firme oposición.

Prosiguieron la discusión de pie, en el mismo sitio donde se habían encontrado. El señor Van Wik observaba atentamente a su visita. Luego, como si algo lo empujara a salir de su habitual reserva, dijo:

—Me sorprende que interceda por semejante idiota.

El intempestivo comentario era un elogio. Significaba: «¡Que un hombre como usted interceda!». El capitán Whalley lo dejó pasar como si no hubiera oído. Simplemente dijo que estaba personalmente interesado en aclarar las cosas entre ellos. Personalmente...

Pero el señor Van Wik, arrastrado por el disgusto hacia Massy, insistió mordazmente:

—La verdad, para serle franco, nada en el carácter de ese hombre me parece estimable ni digno de confianza...

El capitán Whalley, que estaba muy erguido, pareció crecer y ensancharse unas pulgadas más, como si el pecho se le expandiera bajo la barba.

—Mi querido señor, usted no pensará que vine aquí para hablar mal de un hombre con quien yo... estoy... estrechamente asociado.

Durante unos instantes, guardó una suerte de solemne silencio. No estaba acostumbrado a pedir favores, pero la importancia que ese asunto tenía para él lo obligaba a intentar... El señor Van Wik estaba agradablemente impresionado. Con un súbito deseo de reír que calmaba su enojo, lo interrumpió:

—Si para usted es una cuestión personal, está bien. Pero lo menos que puede hacer es sentarse un rato y fumar un cigarro conmigo.

Una breve pausa y el capitán Whalley avanzó pesadamente. En el futuro, él se haría responsable de la regularidad del servicio. Le dijo que se llamaba Whalley, un nombre que tal vez a un marino (porque estaba hablando con un marino, ¿verdad?) no le resultaría completamente desconocido. Había un faro ahora, en una isla. Quizás el señor Van Wik...

—Ah, sí. Pero ¡por supuesto! —El señor Van Wik captó la insinuación en

seguida.

Le indicó una silla. Qué interesante. Él mismo había estado un tiempo de servicio durante la última guerra, pero nunca llegó tan lejos. ¿La isla Whalley? Por supuesto. Realmente muy interesante. Cuántos cambios habría visto su huésped desde aquella época.

—Y desde antes también. He navegado por estos mares durante medio siglo.

El capitán Whalley se aflojó un poco. El aroma del buen cigarro (su debilidad) le había llegado directamente al corazón, tanto como los finos modales de aquel joven. Algo en aquel encuentro accidental le había faltado dolorosamente en los años de lucha.

Una prolongación externa de la pared del frente componía un refugio cuadrangular, amueblado como si fuera un cuarto. Una lámpara con una pantalla de opalina, suspendida del techo en el extremo de una delgada cadena de bronce, echaba un redondo círculo de luz sobre la mesita donde había un libro abierto y un cortapapeles de marfil. Más allá, entre sombras transparentes, había otras mesas, algunos sillones de diverso estilo, y una profusión de alfombras de piel, desparramadas sobre el piso de madera de teca. Las enredaderas en flor perfumaban el aire y su espeso follaje, recortado entre los pilares, enmarcaba la noche y reflejaba la luz de la lámpara con un tenue resplandor verdoso. Por una abertura a su lado, el capitán Whalley veía la claridad borrosa del farol de cubierta del *Sofala*, el bulto sombrío del poblado más allá de la abierta y lustrosa oscuridad del río y, como suspendida del borde del alero, una angosta franja de cielo negro y colmado de estrellas. Con el magnífico cigarro en la mano, se sintió, durante un momento, plácidamente satisfecho de sí mismo.

—Siempre hay alguien que abre camino —dijo—. Sólo demostré que podía hacerse. Pero ustedes, los hombres de la era del vapor, no pueden concebir la inmensa importancia que tuvo mi pequeña aventura para el comercio oriental de aquellos días. Caramba, la nueva ruta acortó el tiempo normal de un paso al sur en once días. ¡Once días! Hizo historia. Pero lo verdaderamente extraordinario, aquí entre marinos, yo diría que fue...

Hablaba bien, sin vanidad, profesionalmente. La honda y límpida resonancia de la voz, que emitía sin esfuerzo, llenaba todo el bungalow, penetraba en los cuartos vacíos y acentuaba el silencio de afuera. Van Wik admiró la calidad serena de aquella voz: era la expresión perfecta de una varonil delicadeza. Acariciándose un pie delgado (enfundado en una media de seda y el zapato de charol) que había apoyado sobre la rodilla, lo escuchaba con inmenso placer. Pensaba que ya nadie hablaba así, y que los ojos del capitán en su marco de sombra, la larga barba blanca, el cuerpo imponente, todo el carácter de aquel hombre eran una supervivencia mágica del pasado del mundo, que el mar traía a Batu Beru.

El capitán Whalley también había sido pionero del comercio en el Golfo de Petchili. Y aprovechó para mencionar que allí había enterrado a su «querida esposa».

El señor Van Wik se preguntó qué clase de mujer se habría unido a un hombre como ése. ¿Habrían sido una pareja aventurera, físicamente acorde? No. Con toda seguridad, ella sería pequeña, frágil, indudablemente muy femenina, o quizá sólo una mujer común, de instintos domésticos, insignificante. Pero el capitán Whalley no era un pesado y, sacudiendo la cabeza como para ahuyentar la tristeza que había ensombrecido momentáneamente la hermosa cara, viró la conversación hacia la soledad del señor Van Wik.

El señor Van Wik declaró que a veces tenía más compañía de la deseada. Y enumeró, sonriendo, algunas de las peculiaridades de su relación con el sultán. Cada visita era un despliegue de fuerza. La comitiva le arruinaba el pasto frente a la casa (no era fácil obtener algo parecido al césped en el trópico), y el otro día le habían destrozado unos arbustos exóticos que plantó por ahí. Y el capitán Whalley recordó inmediatamente que, en el cuarenta y siete, el sultán de aquella época se había hecho fama como el gran protector de las flotas piratas que venían de una región situada más al este. En Batu Beru encontraban un refugio seguro. El sultán tenía especial simpatía por un jefe balinini que se llamaba Haji Daman. El capitán Whalley, con un expresivo movimiento de las tupidas cejas blancas, dijo que algo sabía de esas cosas. El mundo había progresado desde entonces.

El señor Van Wik lo interrumpió con inesperada acritud. Progresado en qué, le gustaría saber.

—Caramba, en conocimiento de la verdad, en decencia, en justicia, en orden. Y en honestidad también, ya que los hombres se hacen daño mutuamente sólo por ignorancia. El mundo es hoy —concluyó curiosamente el capitán Whalley— un sitio mucho más agradable para vivir.

El señor Van Wik, empecinado, no admitía que el señor Massy, por ejemplo, fuera mucho más agradable que los piratas balinini. El río no había ganado gran cosa con el cambio. En el fondo, eran tan honestos como antes. Sin duda, Massy era menos feroz que Haji Daman, pero...

—¿Y qué me dice usted, mi querido señor? —El capitán Whalley rió suavemente—. Usted es un progreso, se lo aseguro.

Prosiguió en el mismo tono de broma. Un buen cigarro era mejor que un golpe en la cabeza: la clase de bienvenida que le hubieran dado en ese río cuarenta o cincuenta años atrás. Luego, inclinándose un poco hacia adelante, habló con profunda seriedad. Con excepción de su propia tribu de gitanos del mar, esos piratas odiaban a la humanidad entera con un odio irracional y sangriento. Una vez reprimidas sus incursiones, ¿cuál fue la consecuencia? Las nuevas generaciones eran pacíficas, ordenadas, vivían en prósperas aldeas. Lo decía por experiencia. Y hasta los escasos sobrevivientes de aquella época, ya ancianos, habían cambiado tanto que sería cruel acusarlos de haber cortado alguno que otro cuello en su vida. Particularmente recordaba a uno: el digno, venerable jefe de cierto poblado grande de la costa, unas sesenta millas al sur de Tampasuk. Daba gusto ver a aquel hombre ahora, oírlo hablar.

En otro tiempo, quizás había sido un salvaje feroz. Lo que los hombres necesitan es el freno de una inteligencia superior: una fuerza recibida de Dios y santificada por un uso acorde con Su voluntad. El capitán Whalley creía que en todo hombre había una disposición para el bien, aun cuando el mundo no fuera, en su totalidad, un lugar demasiado feliz. Tenía menos confianza en la sabiduría de los hombres que en su inclinación a la bondad.

A veces, admitió, esa buena disposición exigía estímulos bastante drásticos. Podían ser tontos, frívolos, desdichados, pero nunca malos por naturaleza. En el fondo, eran completamente inofensivos.

—¿Usted cree? —preguntó el señor Van Wik, sarcástico.

El capitán Whalley rió con el buen humor que nace de una vasta, tolerante certeza. Tenía medio siglo de experiencia, le señaló. El humo del cigarro se alzaba plácidamente de la maraña blanca de la barba, que a medias ocultaba una sonrisa afable.

—Sea como fuere —continuó—, me alegro de que no hayan tenido tiempo suficiente como para dañarlo a usted.

Esta alusión a su relativa juventud no ofendió al señor Van Wik, que se levantó y encogió de hombros con una leve, enigmática sonrisa. Amigablemente, salieron a la noche estrellada y caminaron hacia la orilla del río. En el oscuro sendero de grava, sus pasos marcaban un ritmo desparejo. El farol colgado en la cubierta del barco, del lado de la costa y tan bajo que casi tocaba la barandilla, iluminaba claramente las piernas blancas y los pies grandes y negros del señor Massy, que los esperaba ansioso. De la cintura para arriba lo cubrían las sombras, con el único brillo de una hilera de botones que subía hasta el borroso contorno del mentón.

—Agradézcale al capitán Whalley —dijo secamente el señor Van Wik y se volvió.

Las lámparas de la veranda marcaban, entre los pilares, tres cuadrados de luz que se alargaban sobre el pasto. Un murciélago voló muy cerca de su cara, leve y girando como un copo de aterciopelada oscuridad. Junto al cerco de jazmines, el aire de la noche parecía más denso, como si el rocío cayera impregnado de perfume. Canteros de flores bordeaban el sendero; los arbustos podados se alzaban, redondos y dispersos, frente a la casa; el espeso follaje de las enredaderas atenuaba la luz de la lámpara encendida adentro, y todo, cerca y lejos, se hundía en una inmensa quietud, en una inmensa dulzura.

El señor Van Wik (pocos años atrás, pensó que a nadie había herido tanto una mujer como a él) sentía por el optimismo del capitán Whalley el desdén del hombre que alguna vez fue crédulo. Su repugnancia por el mundo (que una mujer logró poblar enteramente durante un tiempo) había tomado la forma de una actividad en reclusión, porque aunque capaz de sentimientos muy profundos, era un hombre energético y esencialmente práctico. Pero había algo en aquel anciano extraordinario que la corriente había arrastrado a la orilla de su laboriosa soledad que fascinaba al

escéptico señor Van Wik. Hasta la simplicidad del viejo marino (que lo divertía bastante) era como el delicado refinamiento de un carácter recto. En un hombre reducido a una posición tan humilde, la llamativa dignidad de sus modales sólo podía expresar algo esencialmente noble en su naturaleza. Porque la serenidad de su temperamento no era, evidentemente, producto del éxito, tenía un aire de profunda sabiduría. También los rasgos físicos del viejo capitán del *Sofala* (el cuerpo robusto, el aspecto reposado, el rostro agradable, inteligente, las largas piernas, la bondadosa cortesía, el toque de severidad en las cejas pobladas) conformaban una seductora personalidad. El señor Van Wik despreciaba la pequeñez de todo tipo, pero no había nada pequeño en aquel hombre, y bajo la amable formalidad del trato, en muchos viajes de puntualidad ejemplar, fue creciendo entre ellos un sentimiento cálido y afectuoso.

Los dos conservaban sus respectivas opiniones sobre temas mundanos; sobre otras convicciones, el capitán Whalley jamás trataba de imponer las suyas. La diferencia de edad era como otro lazo que los unía. Una vez, cuando se le reprochó en broma la cruel intolerancia de su juventud, el señor Van Wik echó una larga mirada a su interlocutor y replicó, amistoso y burlón:

—Ah, ya llegará el día en que piense como yo. Tiene mucho tiempo por delante. No se haga el viejo. Su aspecto promete unos buenos cien años. —Pero no pudo controlar su agresiva mordacidad y, aunque la moderó con una sonrisa casi afectuosa, añadió—: Para entonces se dejará morir de pura repugnancia.

El capitán Whalley, también sonriendo, sacudió la cabeza:

—¡Dios me libre!

Pensaba que tal vez mereciera algo mejor que morir con esos sentimientos. El momento, por supuesto, llegaría, y confiaba en que su Creador le ofreciera una salida de la que no tuviera que avergonzarse. Por lo demás, esperaba vivir cien años si era necesario; otros lo habían logrado, no sería un milagro. Él no esperaba milagros.

El tono enfático y reflexivo hizo que el señor Van Wik levantara la cabeza y lo observara con atención. El capitán Whalley no lo miraba a él. Miraba la pared, absorto y con una expresión de intensa felicidad en la cara, como si viera el decreto favorable de su Creador, escrito en signos misteriosos. Durante unos segundos permaneció inmóvil. Luego se levantó, tan impetuosamente, que sobresaltó al señor Van Wik.

Primero, se dio un fuerte golpe en el pecho; luego, extendiendo horizontalmente un brazo que se mantuvo firme en el aire, como la rama de un árbol en un día sin viento, dijo:

—Ni duele, ni he sentido el golpe. ¿Ve algún temblor?

Habló en voz baja: un tono grave y deliberado que contrastaba con el abrupto énfasis de sus movimientos. Se sentó bruscamente.

—Usted sabe que esto no es jactancia. Yo no soy nada —dijo con esa voz poderosa.

Recogió el cigarro que había dejado, y agregó, plácidamente, mientras asentía con un leve movimiento de la cabeza:

—Sucedé que mi vida es necesaria. No me pertenece, no es... Dios lo sabe.

Durante el resto de la noche habló muy poco, pero de tanto en tanto, el señor Van Wik advertía una tenue sonrisa de satisfacción y de confianza bajo el grueso bigote.

Más adelante, el capitán Whalley aceptaría alguna que otra invitación para cenar «en la casa». Y hasta se lo podía convencer de que bebiera una copa de vino.

—No piense que le tengo miedo al vino, mi buen señor —explicó—. Tuve mis buenas razones para dejarlo.

En otra ocasión, reclinándose cómodamente en el asiento, observó:

—Usted me ha tratado siempre muy... muy humanamente, mi querido Van Wik, desde el primer momento.

—Debe admitir que había algún mérito en usted —insinuó el señor Van Wik astutamente—. Un socio del excelente señor Massy... Bueno, bueno, mi querido capitán, no diré una sola palabra contra él.

—Sería inútil que dijera cualquier cosa contra él —afirmó el capitán Whalley con alguna pesadumbre—. Como ya le dije, mi vida, mi trabajo, son necesarios, y no solamente para mí. No puedo elegir...

Se detuvo, hizo girar el vaso que tenía delante.

—Tengo una hija.

La amplia curva que el vaso describió sobre la mesa parecía indicar una niña pequeña, muy lejana.

—Espero verla una vez más antes de morir. Mientras tanto, me basta saber que ella me tiene aún, sólido y fuerte, gracias a Dios. Usted no puede comprender lo que se siente. Ella es carne de mi carne, el vivo retrato de mi pobre esposa. Bien, ocurre que...

Otra vez se detuvo. Luego, estoicamente, pronunció las palabras: —Está pasando por una situación muy difícil.

Y bajó la cabeza, las cejas apretadas como por el esfuerzo de la meditación.

Pero, generalmente, sus reflexiones estaban impregnadas de la serenidad que otorga la inmensa fe en un poder superior. El señor Van Wik se preguntaba a veces si esa serenidad no se debería a la magnífica vitalidad del hombre, al vigor del cuerpo que transmitía al alma parte de su fuerza. De todos modos, lo apreciaba mucho.

Por esa razón, el mensaje confidencial del señor Sterne, murmurado apresuradamente en la orilla, junto al barco silencioso y oscuro, perturbó su habitual serenidad. El hecho era tan incomprensible y asombroso que el señor Van Wik, alterado, sin acordarse de reclamar la correspondencia, trepó velozmente la escalera del puente.

Dos sirvientes de coleta, riñendo como de costumbre, instalaban la mesa para la cena a un lado del timón, mientras un chino muy amarillo, corpulento y lúgubre, que se parecía al señor Massy, esperaba, indiferente, con el mantel doblado sobre el brazo y una pila de platos gruesos apoyada contra el pecho. Una lámpara común, sin tulipa, que habían traído de algún camarote, colgaba enganchada del armazón del toldo; todas las cortinillas laterales estaban bajas. El capitán Whalley, cuyo cuerpo colmaba la profundidad del sillón de mimbre, estaba sentado muy rígido, en una suerte de estupor, como un hombre en una tienda de campaña, crudamente iluminada, llena de trastos náuticos: una gastada rueda de timón, una bitácora de bronce medio deshecha sobre un pie de sólida caoba, dos sucios salvavidas, una vieja defensa de corcho en un rincón, unos desvencijados cajones de cubierta, con aros de alambre en lugar de manijas.

Para responder al saludo inusualmente enérgico del señor Van Wyk, salió un momento de su apatía. No fue más que un instante; aceptar la insistente invitación a una cena «allá en la casa» le costó otro visible esfuerzo físico. El señor Van Wik, desconcertado, se cruzó de brazos y, reclinándose contra la barandilla, bien echado hacia atrás, lo observó con disimulo.

—Noto que en estos últimos tiempos usted no parece el mismo, mi viejo amigo.

Puso un cariñoso énfasis en las últimas palabras. La real amistad que los unía jamás había sido expresada tan claramente.

—¡Bah!

La silla de mimbre crujió pesadamente.

«Irritable», pensó el señor Van Wik, y agregó en voz alta y despreocupada, mientras se alejaba:

—Entonces lo espero dentro de media hora.

—Dentro de media hora —respondió el capitán Whalley, como si la inmóvil cabeza plateada asomara de un sueño.

Abajo, cerca de la sala de máquinas, discutían dos voces: una, furiosa y lenta; la otra, vivaz.

—Le digo que ese animal se encerró para emborracharse.

—Tarde para evitarlo, señor Massy. Al fin y al cabo, el hombre tiene todo el derecho de encerrarse en el camarote durante su tiempo libre.

—No para emborracharse.

—Lo oí jurar que el problema de las calderas es como para que cualquier hombre

se emborrache —dijo Sterne, maliciosamente.

Massy susurró algo sobre tirar la puerta abajo. Para evitarlo, el señor Van Wik cruzó la oscuridad hacia el otro lado de la cubierta. Las tablas del muelle crujieron levemente bajo sus pasos rápidos.

—¡Señor Van Wik! ¡Señor Van Wik!

No se detuvo. Por el sendero, alguien corría tras él.

—Se olvidó la correspondencia. —Sterne lo alcanzó y le entregó un atado de papeles.

—Ah, gracias.

Pero como el otro seguía caminando junto a él, el señor Van Wik se paró en seco. El alero del bungalow, muy bajo sobre el frente iluminado, proyectaba una sombra negra y recta en el gran cuerpo de la noche.

Nada se movía en la profunda quietud que rodeaba a los hombres. Oyeron un tintineo de cubiertos y copas: los sirvientes del señor Van Wik ponían una mesa para dos en la veranda.

—Parece que usted no cree en mis buenas intenciones con respecto a este asunto —dijo Sterne.

—Sencillamente no lo entiendo.

—El capitán Whalley es un hombre muy audaz, pero deberá entender que se acabó el juego. Eso es todo lo que pienso decir. Créame, no soy un hombre desconsiderado, pero el deber es el deber. No quiero hacer un escándalo. Todo lo que le pido, por su amistad con él, es que le diga que el juego se acabó. Con eso bastará.

El señor Van Wik sintió una mezcla de consternación y repugnancia por ese curioso privilegio de la amistad. No se rebajaría a pedirle explicación alguna y mandarlo al demonio no le parecía prudente, al menos por el momento. Tanta seguridad lo hacía vacilar. «Quién sabe lo que hay detrás de todo esto», pensaba. Su aprecio por el capitán Whalley tenía la firmeza de todo sentimiento desinteresado y, con la ayuda de su instinto práctico, ocultó el asco que le inspiraba Sterne.

—Deduzco, entonces, que se trata de algo grave.

—Muy grave —asintió Sterne, solemnemente, encantado del efecto que al fin producía.

Estaba muy dispuesto a agregar efusivas protestas de tristeza ante aquella «inevitable necesidad», pero el señor Van Wik se lo impidió, aunque con mucha cortesía.

Ya en la veranda, el señor Van Wik, de pie, con las manos en los bolsillos, miraba fijamente una negra piel de pantera que había en el suelo, delante de una mecedora. «Es como si el tipo no tuviera agallas para jugar abiertamente su precioso juego», pensaba.

Y tenía razón. Después del último rechazo de Massy, Sterne no se animaba a confesar lo que sabía. Ahora simplemente quería obtener el mando del barco y conservarlo durante algún tiempo. Massy nunca le perdonaría el intento de obligarlo a

una decisión, pero si el capitán Whalley dejaba el barco por voluntad propia, el mando le correspondería a Sterne durante el resto del trayecto; de ahí, la brillante idea de asustar al viejo. Una vaga amenaza, una mera insinuación bastarían para hacer efecto en ese desvergonzado caso. Y con una extraña piedad, se dijo que Batu Beru era un buen sitio para tirar la esponja. El capitán podría desembarcar ahí tranquilamente y quedarse con su amigo holandés. Esos dos se entendían como ladrones de una misma banda. Y entonces se le ocurrió que el camino hacia el éxito pasaba por el gran amigo del viejo. Otra brillante idea. Tenía una innata preferencia por los métodos tortuosos y, en ese caso en particular, quería mantenerse al margen para no irritar a Massy inútilmente. Nada de escándalo. Todo debía ocurrir naturalmente.

Durante el transcurso de la cena, el señor Van Wik percibió esa incomunicación que a veces corta la intimidad de dos personas. El capitán Whalley fracasaba lamentablemente, visiblemente, en sus intentos por comer algo. Parecía ausente, abrumado por una extraña distracción. Su mano se movía sin control en el aire, como si la olvidara por atender a otras reflexiones. El señor Van Wik lo había oído llegar desde muy lejos y, en el profundo silencio de la orilla del río, había notado el carácter irresoluto de los pasos. La punta de la bota chocó contra el primer escalón de la terraza, como si el capitán hubiera hecho todo el camino con la cabeza entre las nubes. En otra clase de hombre, lo atribuiría sencillamente a la vejez. Pero bastaba echar una mirada al capitán del *Sofala* para desmentirse. El tiempo, después de marcarlo como a todo lo suyo, le permitía conservar su utilidad, y su simple fe veía en ello una prueba de la misericordia de Dios.

«¿De qué manera podría prevenirlo?», se preguntaba el señor Van Wik, como si el capitán Whalley estuviera a muchas millas de ahí, lejos de todo peligro.

Sterne le provocaba náuseas. La sola mención de su amenaza a un hombre como Whalley ya sería indecente. Había algo más vil e injurioso en la insinuación que en una franca acusación de cualquier crimen: la abyecta suciedad del chantaje. ¿De qué se lo podría acusar? Tenía un carácter límpido. ¿Y con qué objeto? El poder en que el capitán Whalley tanto confiaba no le había dejado nada en la tierra que despertara la codicia de otros, excepto un triste pedazo de pan.

—¿No quiere probar un poco de esto? —preguntó, acercándole una fuente.

Y entonces, se le ocurrió que quizá Sterne ambicionaba el mando del *Sofala*. A pesar de su cinismo, lo sobresaltó aquella prueba de que un hombre jamás estaba a salvo de la voracidad de la especie, a menos que se encontrara en el fondo de un abismo de miseria. Si se trataba de esa clase de intriga, no había que preocuparse, pensó. Pero aun así, y con ese idiota de Massy en el medio, Whalley debía estar prevenido.

En ese mismo momento, el capitán Whalley, rígidamente erguido, ocultos los ojos por las cejas espesas, apoyando una enorme mano bronceada a cada lado del plato

vacío, dijo abruptamente:

—Señor Van Wik, usted siempre me ha tratado con la más humana consideración.

—Mi querido capitán, usted hace un mundo del simple hecho de que no soy un salvaje. —Y Van Wik, asqueado al pensar en las sórdidas intenciones de Sterne, alzó la voz como si el piloto se hubiera escondido cerca para escucharlos—. Cualquiera consideración que yo le haya demostrado, no ha sido más que la debida a un hombre por quien he aprendido a sentir, durante todo este tiempo, una estima que nada puede quebrantar.

Un leve tintineo de cristal le hizo levantar la vista de la tajada de piña que estaba cortando en el plato. Al cambiar de posición, el capitán Whalley había tumbado una copa vacía.

Sin mirar en esa dirección, de costado, apoyándose en un codo y cubriéndose los ojos con una mano, buscó la copa a tientas, inútilmente, hasta que desistió. Van Wik lo observaba, fascinado y atónito, como si algo de tremenda importancia fuera a ocurrir de pronto. No sabía qué lo alarmaba tanto, pero olvidó completamente a Sterne.

—Pero ¿qué pasa?

El capitán Whalley, la cara vuelta a medias, con una voz mortecina y agitada, murmuró: —¡Estima!

—Y puedo agregar algo más —dijo el señor Van Wik muy lentamente, sin dejar de mirarlo.

—¡No siga! Basta. —El capitán Whalley no se movió ni alzó la voz—. No diga una palabra más. No puedo retribuirle. Hasta para eso soy demasiado pobre. Su estima es demasiado valiosa. Usted no es la clase de hombre que se rebajaría a engañar a un pobre diablo o poner a un barco en peligro cada vez que lo saca al mar.

El señor Van Wik, con la cara sonrosada de asombro, la almidonada servilleta sobre las rodillas, se inclinó hacia adelante; desconfiaba de sus sentidos, de su entendimiento, de la cordura de su huésped.

—¿Dónde? ¿Por qué? En nombre de Dios, ¿qué es esto? ¿Qué barco? No comprendo quién...

—En nombre de Dios, ¡se trata de mí! Un barco está en peligro cuando su capitán no puede ver. Me estoy quedando ciego.

El señor Van Wik permaneció inmóvil durante unos segundos. Luego, mientras recordaba las palabras de Sterne («el juego se acabó»), se agachó bajo la mesa para recoger la servilleta que se le había caído.

—Los he engañado a todos. Nadie lo sabe —dijo allá arriba la voz apagada del capitán Whalley.

Cuando se enderezó, el señor Van Wik tenía la cara completamente roja. El capitán Whalley, muy quieto bajo la intensa luz de la lámpara, se protegía los ojos con una mano.

—¿Y tuvo ese coraje?

—Llámelo como quiera. Pero usted es demasiado generoso... Un caballero, señor Van Wik. ¿Por qué no me pregunta qué he hecho de mi conciencia? —Calló. Parecía reflexionar, silencioso e inmóvil, con profunda tristeza—. Empecé a corromperla por orgullo. Cuando uno se está quedando ciego descubre cosas que antes no veía. Ni siquiera con un viejo colega pude ser franco. No fui franco con Massy, no del todo. Sabía que me tomaba por un marino rico y tonto; no lo desengañé. Necesitaba mantener la ficción de mi importancia. Porque allá lejos estaba la pobre Ivy..., mi hija. ¿Por qué me aproveché de la desdicha de ese hombre? Sí, me aproveché de su miseria. Por ella. Y ahora, ¿qué piedad puedo esperar de él? Si se entera de mi desgracia, se aprovechará. No dudará en despedir al viejo farsante y quedarse con mi dinero durante un año. Y yo no me he guardado un centavo. Cómo arreglármelas para vivir durante un año. ¡Un año! Dentro de un año ya no habrá más sol en el cielo para el padre de Ivy.

La voz profunda se oía terriblemente lejana, como si un alud de tierra la hubiera sepultado. El señor Van Wik se estremeció.

—¿Y cuánto hace que...? —empezó a decir.

—Mucho tiempo antes de que yo mismo pudiera convencerme de la realidad de este... castigo —dijo con resignada pesadumbre y el rostro oculto a medias por la mano.

Al principio había pensado que no lo merecía. Comenzó por engañarse a sí mismo, día tras día, semana tras semana. Además, tenía al *serang*, un viejo servidor. La verdad le llegó gradualmente, y cuando ya no pudo engañarse a sí mismo...

Casi no le quedaba voz.

—Antes que abandonarla a ella, decidí engañar a todos los demás.

—Es increíble —susurró el señor Van Wik.

El penoso murmullo del capitán Whalley continuaba.

—Ni siquiera esta señal de la ira de Dios me hizo olvidarla. ¿Cómo abandonar a mi hija si aún tenía vigor, si aún sentía correr la sangre por mi cuerpo? Sangre tan cálida como la suya, señor Van Wik. Creo que como Sansón, ciego y todo, tendría fuerza para derribar un templo sobre mí. Y ella en semejante situación... Mi hijita, la niña por la que rezábamos juntos mi pobre esposa y yo. ¿Se acuerda del día en que le dije que Dios me permitiría vivir cien años sólo para ayudarla? ¿Qué pecado hay en amar a un hijo? ¿Comprende ahora? Por ella estaba dispuesto a vivir eternamente. Casi me creía capaz. Y ahora rezo para pedir la muerte. ¡Ah, hombre presuntuoso, querías vivir...!

El enorme cuerpo tembló entero, sacudido por un sollozo. El señor Van Wik, cuyo antiguo sentimiento de amor ultrajado se había convertido en una lucha cotidiana con la naturaleza, lo comprendía muy bien; para el hombre que ha tenido una vida de pura acción, sólo la acción puede expresar sus emociones. Dejar de hacer, de arriesgarse, de soportar cualquier cosa por el bien de su hija hubiera sido exactamente igual que arrancarse del pecho todo su amor por ella. Algo demasiado monstruoso, demasiado

imposible, casi inimaginable.

El capitán Whalley no había cambiado de actitud; aún expresaba una mezcla de vergüenza, de pena y desafío.

—A usted también lo engañé. Si no hubiera sido por esa palabra, «estima». No es la palabra que merezco. Le hubiera mentido. ¿Y acaso no le mentí? Usted confiaba en el barco. ¿No iba a hacer un envío en este precioso viaje?

—Tengo un seguro de navegación anual —dijo el señor Van Wik, sin pensar, y lo escandalizó la irrupción de un detalle comercial.

—El barco no es confiable, le digo. Invalidarían la póliza si se supiera que...

—En ese caso, compartiremos la culpa.

—Nada podrá disminuir la mía —dijo el capitán Whalley.

No se había atrevido a consultar a un médico; el hombre le hubiera preguntado quién era, qué hacía, y Massy podía enterarse. Vivía sin ayuda alguna, ni humana ni divina. Las plegarias se le atoraban en la garganta. ¿Para qué rezar? Y la muerte parecía estar tan lejos como siempre. Cuando se metía en el camarote, ya no se atrevía a salir; cuando se sentaba, no se atrevía a levantarse; tampoco se animaba a fijar la vista en una cara, y evitaba mirar el mar o el cielo. El mundo se borraba lentamente, mientras crecía el miedo de traicionarse. Le quedaba un solo amigo: el viejo barco. A él no lo temía; conocía hasta la última pulgada de cubierta, pero tampoco lo miraba mucho, para no descubrir que veía menos que el día anterior. Vivía en una constante incertidumbre. El horizonte había desaparecido, el cielo se confundía turbiamente con el mar. ¿Quién era la persona que estaba de pie, allá? ¿Qué era eso tirado en el piso? Y la aterradora duda sobre la realidad de todo lo que aún podía ver convertía los restos de visión en un nuevo tormento: una trampa siempre abierta a los pies del engaño. Tenía temor de tropezar con algo, de decir un fatal sí o no a una pregunta. La mano de Dios pesaba sobre él, pero no lograría separarlo de la hija. Para colmo, en esa pesadilla de humillación, todo hombre sin rasgos era un enemigo.

Dejó caer la mano sobre la mesa. El señor Van Wik tenía la cabeza baja y se mordía el labio inferior; pensaba en Sterne. *El juego se acabó.*

—El *serang*, por supuesto, no lo sabe.

—Nadie lo sabe —dijo el capitán Whalley, con gran seguridad.

—Sí, claro. Nadie. Muy bien. ¿Puede aguantar hasta el final del viaje? Es el último del contrato con Massy.

El capitán Whalley se puso de pie y permaneció majestuosamente erguido, con la gran barba de plata como una coraza sobre el terrible secreto que guardaba en el pecho. Sí, era la única esperanza de volver a verla, de salvar el dinero. Era lo último que haría por ella, antes de arrastrarse a un rincón cualquiera..., inútil, una carga, avergonzado de sí mismo. La voz le tembló.

—Imagínese. No verla nunca más. El único ser humano en todo el mundo que puede acordarse de mi esposa. Es igual a la madre. Por suerte, mi pobre mujer está en

un sitio donde no se llora a los que amamos en la tierra, a quienes nos quedamos rezando para no caer en la tentación. Porque, supongo, los bienaventurados conocen el secreto de la gracia de Dios en el destino que marca para sus criaturas.

Durante un segundo pareció tambalearse. Luego dijo, con austera dignidad:

—Yo no. Yo sólo conozco la hija que Él me ha dado.

Y se echó a caminar. El señor Van Wik se levantó de un salto. Supo, claramente ahora, la explicación de la cabeza rígida, de los pies vacilantes, de la mano incierta y extendida. El corazón le latió con fuerza; corrió una silla y se adelantó instintivamente para ofrecerle el brazo. Pero el capitán Whalley pasó junto a él y llegó sin desviarse a la escalera.

«No me vio porque yo no estaba en su camino», se dijo el señor Van Wik, con una mezcla de horror y admiración.

Lo siguió hasta allí y, casi trémulamente, preguntó desde arriba:

—¿Cómo es...? ¿Como una niebla?

El capitán Whalley, ya en la mitad de la escalera, se detuvo y se volvió para contestar con firmeza:

—Como si la luz se retirara lentamente del mundo. ¿Alguna vez observó la marea en una larga playa de arena? El mar se va alejando de uno, gradualmente, cada vez más y más. Esto es igual. Sólo que no habrá otra marea que lo traiga a la playa. Nunca. Es como si el sol se fuera achicando y las estrellas se apagarán, una a una. No deben quedar muchas que yo pueda ver ahora. Pero últimamente no he tenido el coraje de mirar.

Quizá distinguía borrosamente al señor Van Wik, porque lo detuvo con un ademán autoritario y estoico. —Todavía puedo andar solo.

Era una decisión de orgullo: ya que lo habían expulsado del cielo de los titanes, no aceptaría ayuda de los hombres. El señor Van Wik se quedó contando los pasos que se alejaban, hasta que no pudo oírlos más. Luego empezó a dar vueltas por el cuarto. Caminó entre las mesitas, recogió un cortapapel, miró distraídamente la hoja y volvió a ponerlo en su sitio. Cuando pasó junto al piano, tocó unos acordes, sin sentarse, en la displicente postura del afinador. Un segundo después, lo cerró, giró bruscamente sobre los talones, esquivó al pequeño terrier que dormía confiado, llegó a la escalera y bajó como una exhalación. Los sirvientes, que empezaban a levantar la mesa, lo oyeron murmurar en el jardín (palabras malignas, sin duda) y luego, después de una pausa, dirigirse tranquilamente al muelle.

El flanco del *Sofala* levantaba una pared baja y negra en el ondulado contorno de la orilla. Dos mástiles y una chimenea se alzaban más atrás, algo inclinados, como si fueran a caerse; en la mitad del barco, una sólida, cuadrada elevación, sostenía las formas espectrales de botes blancos, curvas y rectas que se mezclaban y se confundían en una sola oscuridad. Pero allá abajo había un ojo de buey iluminado y mirando la noche: una redonda, diminuta luna, que atrapaba en un haz amarillo un pedazo de tierra fangosa, una franja de hierba aplastada, dos vueltas de cable

enrollado en un grueso poste de madera.

Parado junto al barco, el señor Van Wik oyó una voz gutural y jactanciosa que se burlaba de alguien llamado Prendergast. Aquella voz espesa amontonó unos cuantos insultos, se sofocó. Luego pronunció claramente la palabra «Murphy», seguida por una risita. Hubo un trémulo tintineo de cristal. Todos esos sonidos provenían del ojo de buey iluminado. El señor Van Wik dudó un instante y luego se inclinó; pero, a menos que se metiera en el barro, era imposible ver adentro.

—Sterne... —se oía—. Por supuesto. Miren cómo parpadea. ¡Mírenlo! Sterne, Whalley, Massy. Pero Massy es el mejor. Con ése no se puede. ¡Cómo le gustaría matarnos de hambre!

El señor Van Wik se apartó del ojo de buey y divisó, un poco más adelante, la sombra de una cabeza que se asomaba, vigilante, por debajo del toldo. Preguntó, en malayo:

—¿Ya se ha acostado el piloto?

—No. Aquí estoy, a su disposición.

Y Sterne apareció, caminando tan silenciosamente como un gato, en el embarcadero.

—Está espantosamente oscuro. No me imaginaba que usted iba a salir esta noche.

—¿Qué es ese horrible desvarío? —preguntó el señor Van Wik para justificar un estremecimiento visible.

—Una borrachera que se ha pescado Jack. Es el segundo maquinista. Tiene esa costumbre. Para mañana por la tarde estará perfectamente, pero el señor Massy no va a dejar de pasearse por la cubierta toda la noche, preocupándose. Mejor que nos alejemos un poco.

Y, con un murmullo, insinuó la conveniencia de «una charla allá en la casa». Hacía mucho que quería entrar ahí. Pero el señor Van Wik declinó ágilmente la oferta: temía que, en vista de las circunstancias, quizá no fuera prudente. Y la negra sombra de uno de los dos grandes árboles que había en el muelle los devoró, impenetrablemente densa, junto al río, donde unas hebras de luz fluían con el agua.

—Sin duda, la situación es grave —dijo el señor Van Wik.

Apenas podían verse la cara. Se oyó una suerte de ronroneo: era la satisfacción de Sterne por tan buen comienzo.

—Yo sabía, señor Van Wik, que un caballero como usted entendería enseguida lo incómodo de mi posición.

—Sí, desde luego. Obviamente, la salud del capitán no es buena. Quizás esté por quebrantarse del todo. Advierto, y él también se da cuenta, él también se da cuenta de que las piernas ya no le responden.

—¡Ah!, las piernas... —Sterne sintió desconcierto y luego enojo—. Está bien, llámelo como quiera. Lo que a mí me importa saber es si piensa largarse sin hacer escándalo. Así que las piernas... Ésa sí que es buena. ¡Por favor!

—Pero claro que sí. Sólo hay que ver cómo camina —replicó Van Wik en un tono

perfectamente calmo y seguro—. Sin embargo, la cuestión es que el sentido del deber no lo aleje a usted de sus propios intereses. Después de todo, yo también puedo serle útil. Usted sabe quién soy.

—Todo el mundo ha oído hablar de usted en los estrechos, señor.

El señor Van Wik presumía que favorablemente. Sterne soltó una risita adulatora ante esa ocurrencia. ¡Podía estar bien seguro! Y asintió atentamente cuando el señor Van Wik mencionó que el contrato iba a expirar al final de ese preciso viaje. Lo sabía. A bordo no se hablaba de otra cosa en todo el santo día. En cuanto a Massy, no era ningún secreto que estaba enterrado hasta el cuello por el asunto de las calderas estropeadas. Primero, tendrían que pedir dinero prestado para pagarle al capitán, y después, sacar una hipoteca sobre el barco para las calderas nuevas..., si conseguía un prestamista. En el mejor de los casos, eso significa una pérdida de tiempo, una interrupción del negocio, menores ganancias en el año, y el peligro de que los alemanes le sacaran la ruta. Se murmuraba que ya había intentado asociarse a dos compañías. Ninguna de las dos quería saber nada con él. El barco era demasiado viejo, el hombre era demasiado notorio en la zona... El rápido parpadeo final de Sterne se perdió en la oscuridad junto con su murmullo.

—Suponiendo que consiga el préstamo —resumió el señor Van Wik, con voz deliberadamente baja—, por lo que usted dice, es muy probable que los acreedores hipotecarios le impongan su propio capitán. Si yo tuviera que poner el dinero, estipularía esa condición. De hecho, pienso hacerlo. Me convendría por varias razones. ¿Comprende la importancia que esto tendría en el caso que discutimos?

—Gracias, señor. Estoy seguro de que no encontraría a nadie más indicado para cuidar sus intereses.

—Bien. Mi principal interés es que el capitán Whalley concluya este último viaje. Probablemente tomaré el barco para cruzar los estrechos con ustedes. Si eso es posible, estaré presente cuando tengan lugar estos cambios, y entonces podré ocuparme de sus intereses.

—Señor Van Wik, yo no podría desear nada mejor. Créame que le estoy infinitamente...

—Deduzco, entonces, que esto puede hacerse sin inconvenientes.

—Bueno, señor, el riesgo es inevitable, pero (le hablo como a mi empleador, ahora) la cosa es menos peligrosa de lo que parece. Si alguien me lo hubiera dicho, no lo habría creído, pero lo he visto con mis propios ojos. Ese viejo *serang* está perfectamente entrenado para el juego. No hay problema con sus... sus piernas, señor. El *serang* está acostumbrado a ocuparse de todo, es asombroso. Y permítame decirle, señor, que el capitán Whalley, pobre hombre, no es nada inútil. En serio. Le explico, señor. Domina a ese mono viejo, y el malayo sabe perfectamente lo que tiene que hacer. Seguro que se ha encargado de las guardias del capitán en todo tipo de barcos costeros, durante los últimos veinticinco años. Estos nativos, señor, siempre y cuando tengan un blanco al lado, hacen su trabajo con sorprendente corrección,

incluso si se los deja solos. Pero el blanco tiene que saber dominarlos, y el capitán Whalley es ideal para eso. La verdad, señor, es que lo ha enseñado tan bien que ya casi ni necesita hablarle. He visto a ese monito arrugado sacando el barco de la bahía de Pangu, una mañana de mucho viento. Y esquivando islas. Lo sacó maravillosamente, señor, pegado al viejo y con tanta discreción que no había manera de adivinar cuál de los dos hacía el trabajo allá en el puente. Ahí tiene por qué nuestro pobre amigo todavía puede ser útil para el barco, aunque no pueda..., no pueda mover un solo pie, señor. Con tal que el *serang* no sepa nada.

—No lo sabe.

—Me imaginaba. No le da la cabeza. Son incapaces de entendernos, señor.

—Usted parece un hombre muy capaz —dijo el señor Van Wik, en un murmullo sofocado, como si se sintiera mal.

—Soy un buen servidor de mis superiores, señor. Ya lo comprobaré.

El señor Sterne esperaba ahora un apretón de manos, pero inesperadamente, con un «¿Qué es esto?, mejor que no nos vean juntos», la blanca silueta del señor Van Wik giró y un instante después se había desvanecido en la negrura de la noche. El piloto se sobresaltó. Sí. Se oía un débil martilleo de golpes.

Sigilosamente, salió de la sombra. Vio la luz del ojo de buey, allá a lo lejos. La cabeza le daba vueltas en la embriaguez de su inesperado éxito. ¡Qué diferente era tratar con un caballero! Subió a bordo sin hacer ruido. Había algo de sobrenatural e inhumano en la sombra de la cubierta vacía, que devolvía un eco de gritos y de golpes provenientes de otra zona del barco. El señor Massy descargaba su ira contra la puerta de un camarote: una voz de borracho fluía, imperturbable ante la violencia de los golpes.

—¡Cállate! ¡Apaga la luz y acuéstate de una vez, maldito cerdo! ¿Me oíste, animal?

Los golpes cesaron. En la pausa, la turbia voz oracular anunció desde el otro lado de la puerta:

—¡Ah! En cuanto a Massy..., es otra cosa. Massy es profundo.

—¿Quién está ahí? ¿Usted, Sterne? ¡Éste no para hasta reventar! —El propietario del barco parecía corpulento y borroso en aquel rincón de la sala de máquinas.

—Mañana estará en perfectas condiciones de trabajar. Yo lo dejaría en paz, señor Massy.

Sterne se metió en el camarote. Tuvo que sentarse en seguida: estaba mareado de felicidad. Casi en sueños, se acostó en el catre. Flotaba en una sensación de profunda paz, de serena alegría. En cubierta había ahora una gran quietud.

El señor Massy, con la oreja apoyada en la puerta del camarote de Jack, oyó una respiración honda y temblorosa de ronquidos: era el sueño profundo de la borrachera. El ataque había pasado. Más tranquilo, también él se metió en su camarote y, tironeando lentamente, se quitó la vieja chaqueta. Tenía muchos bolsillos y la usaba a ratos, durante el día, porque era propenso a sentir escalofríos: cuando pasaban, se la

sacaba y la dejaba en cualquier parte. Aquella chaqueta podía verse, hamacándose con el movimiento del barco, enganchada a las cabillas, arrojada sobre un cabrestante, y hasta colgada del picaporte de un camarote ajeno, si a Massy se le daba la gana. ¿Acaso no era el propietario del barco? Pero su lugar favorito era un gancho que había en uno de los montantes del toldo, en el puente, casi encima de la bitácora. A causa de esa preferencia había tenido, en los primeros tiempos, más de una discusión con el capitán Whalley, quien quería orden en el puente. En aquella época, el miedo aún lo dominaba. Pero últimamente podía desafiar la ira de su socio con toda impunidad. El capitán Whalley no parecía darse cuenta de nada. En cuanto a los malayos, era tanto el terror que sentían por aquel blanco eternamente malhumorado, que ni uno solo soñaría siquiera con rozar aquella chaqueta, colgara de donde colgara.

El estruendo de algo que se desmoronaba, un golpe sordo y un estallido de vidrios rotos, llegó desde el camarote vecino tan imprevistamente que Massy dio un salto y dejó caer la chaqueta a sus pies. El fiel Jack, dormido en la mesa, se había caído al piso con silla y todo, destrozando vasos y botellas. A aquel violento estrépito, siguió un profundo silencio, como si el hombre hubiera muerto en el acto. El señor Massy contuvo la respiración. Por fin, un suspiro quejumbroso, soñoliento, se oyó del otro lado del tabique.

—Por todos los cielos, espero que esté demasiado borracho como para despertarse —murmuró el señor Massy.

El sonido de una risita lo estremeció. Desesperado, empezó a maldecir en voz baja. Aquel imbécil no lo dejaría dormir en toda la noche. Maldijo su suerte. Durmiendo, a veces lograba olvidar sus enloquecedores problemas. No podía detectar ningún movimiento en el otro camarote. Sin hacer el más mínimo esfuerzo para levantarse, tirado en el piso, Sterne seguía riéndose. Luego, empezó a hablar, retomando el monólogo donde el sueño lo había interrumpido:

—¡Massy! Me encanta ese sucio canalla. Le gustaría ver cómo su pobre Jack se muere de hambre... Pero fíjense, qué alto ha llegado... —hipó solemnemente—. Propietario de un barco, a lo grande. Le hace falta un billete de lotería. ¡Ja! ¡Ja! Yo te voy a dar billetes de lotería, muchacho. Que el barco se hunda y tu viejo camarada se muera de hambre..., por supuesto. Pero a Massy no le va a ir mal... Un genio ese hombre. La única forma de juntar plata que tiene es que el barco y el viejo camarada se vayan al diablo.

«El muy idiota se lo ha tomado a pecho», pensó Massy, y escuchó atentamente, aplacada su furia, con la esperanza de que volviera a dormirse. Una carcajada alegre e irónica lo desalentó profundamente.

—¡Cómo te gustaría verlo en el fondo del mar! ¡Ah, víbora inteligente! Quieres que se hunda, ¿eh? Claro que sí, muchacho. Que se hunda este viejo armatoste y se lleve al fondo tus problemas. Entonces te harías de la plata del seguro..., le darías la espalda a tu camarada... Y todo se arregla... De nuevo un caballero.

Una sombría quietud cubrió el rostro de Massy.

Sólo los grandes ojos negros se movían inquietos. Aquel idiota deliraba. Y, sin embargo, decía la verdad. Sí. También lo de los billetes de lotería. Todo era cierto. ¿Qué? ¿Empezaba de nuevo? Ojalá que no...

Pero era así. El imaginativo borracho, del otro lado del tabique, rompió el silencio de muerte que había caído sobre el barco después de sus últimas palabras.

—No te atrevas a decir nada contra el caballero George Massy. Cuando se canse de esperar, se deshará del barco. ¡Cuidado! Ahí va, al fondo del mar. Con su viejo camarada y todo. Él sabe cómo... —La voz titubeó, fatigada, soñadora, perdiéndose, como si se desvaneciera en un ancho espacio abierto—. Encontrar un truco que funcione. Eso busca..., no hay duda...

Debía de estar muy borracho, porque, finalmente, el sueño lo atrapó con la celeridad de un hechizo, y la última palabra se alargó hasta convertirse en un interminable, estruendoso ronquido. Luego, también el ronquido se apagó y todo quedó en calma.

Pero Massy, repentinamente, parecía dudar de la eficacia del sueño como antídoto a sus problemas, o quizás encontraba alivio en esa suerte de tranquila contemplación que implicaban las brillantes imágenes de la riqueza, de un golpe de suerte, de un ocio interminable, porque se dio vuelta, apoyó los brazos sobre el borde de la litera, y ahí parado sobre la chaqueta favorita, se quedó mirando, por el ojo de buey, la noche y el río. De tanto en tanto, la brisa entraba y le tocaba la cara: una brisa fresca, colmada por la humedad que recogía de una vasta extensión de agua. Un destello aquí y otro allá era todo lo que podía ver del río. Y hubo un momento en que creyó que se había dormido, porque frente a sus ojos, inesperadamente, desconectados de sueño alguno, apareció una hilera de números llameantes y gigantescos: tres, cero, siete, uno, dos. Era el número de un billete de lotería. De pronto, el ojo de buey perdió su negrura.

Era gris perla, ahora, y enmarcaba una costa atiborrada de casas: techos de paja sobre techos de paja, paredes de estera y de bambú, aleros puntiagudos de madera labrada. Varias hileras de viviendas se alzaban sobre un bosque de pilotes, junto a la orilla plomiza del río calmo y desbordado por la marea. Eso era Batu Beru. Y amanecía.

El señor Massy se sacudió, se puso la chaqueta y, conmocionado, temblando de nervios, anotó el número. Una rara, afortunada premonición. Sí. Pero para salir en busca de la suerte necesitaba dinero. Dinero en mano.

Salió dispuesto a bajar a la sala de máquinas. Había que ocuparse de unas cuantas cosas y Jack estaba borracho, tirado en el piso de su camarote, y para colmo, con la puerta cerrada por dentro. La mera idea de trabajar le daba náuseas. ¡Ay! Pero si quería dedicarse al ocio, antes debía conseguir una buena cantidad de dinero. Con el barco no le llegaría la salvación. Ésa era la verdad. Estaba cansado de esperar una oportunidad para librarse, definitivamente, de aquel barco que le había arruinado la vida.

Algo en el profundo, interminable alarido de la sirena del vapor, en la nota grave y vibrante, estremeció al señor Van Wik. Eran las primeras horas de la tarde: el *Sofala* zarpaba de Batu Beru para dirigirse a Pangu, la siguiente escala. Iba rumbo a la corriente, escoltado por unas pocas canoas. Luego, deslizándose sobre el ancho del río, desapareció de la vista.

Esta vez, el señor Van Wik no había ido a despedirlo. Generalmente, bajaba al muelle, cambiaba unas palabras con el capitán Whalley mientras desamarraban el barco, y luego, a último momento, saludaba agitando la mano. Pero ese día, ni siquiera se asomó a la veranda.

—Aunque lo hiciera, no podría verme —se dijo—. Quizá ni siquiera vea la casa.

De algún modo, esa reflexión hizo que se sintiera más solo de lo que se había sentido en muchos años. ¿Cuántos llevaba allí? Siete. Mucho tiempo.

Se sentó en la veranda, con un libro cerrado sobre las rodillas y, por primera vez, contempló su propia soledad, como si la ceguera del capitán Whalley le hubiera abierto los ojos. Había una gran variedad de penas y de problemas, pero no había un lugar donde no lo alcanzaran a uno. Y sintió vergüenza, como si su conducta durante esos siete años hubiera sido nada más que el enfurruñamiento de un chico malcriado.

Mentalmente, acompañaba al *Sofala* en su ruta. Empujado por las circunstancias, había reaccionado instintivamente: se ocupó de lo más urgente. ¿Qué otra cosa podía haber hecho? Pronto lo sabría. Tendría que volver al mundo, al menos por un tiempo. No le faltaba dinero; algo podría hacer. No escatimaría tiempo, esfuerzo, pérdida de su soledad. Esa soledad le pesaba ahora... Y recordó al capitán Whalley, sentado frente a él, cubriéndose los ojos: la imagen de un hombre que, traicionado por su propia fe, se encontraba más allá de todo el bien y todo el mal que podían forjar manos humanas.

Los pensamientos del señor Van Wik seguían al *Sofala* río abajo, serpenteando en los recodos de la jungla, entre los gruesos troncos de árboles gigantescos, junto a la franja de mangles, y cruzando la barra. El barco la cruzó fácilmente, a pleno día, piloteado por el señor Sterne, quien hizo guardia de cuatro a seis y luego bajó a su camarote para regodearse con una deliciosa perspectiva: era el virtual empleado de un hombre rico. Un hombre como el señor Van Wik. No veía obstáculo que pudiera impedirlo. Le costaba sobreponerse a la emoción de estar «acomodado para siempre». De seis a ocho, como era su deber, el *serang* condujo solo el barco. Tenían por delante una ruta despejada hasta las tres de la mañana, cuando llegarán al archipiélago del Pangu. A las ocho, el señor Sterne subió alegremente para tomar el mando hasta medianoche. A las diez, todavía estaba en el puente, canturreando de felicidad, y fue a esa hora a la que el señor Van Wik dejó de pensar en el *Sofala*: se había dormido.

En la escotilla de la sala de máquinas, Massy se puso a tirones la chaqueta,

mientras el segundo, con el entrecejo fruncido, esperaba que le dejara paso.

—Vaya. ¡Saliste! ¡Borrachín! Bien, ¿qué vas a decir en tu defensa?

Hasta ese momento había estado a cargo de las máquinas. Una sombría furia lo cegaba; ardía de rabia contra el barco, contra los hechos incontrovertibles de la vida, contra la falsedad de los hombres y contra sí mismo también, porque secretamente tenía miedo.

El otro le respondió con un gruñido incomprensible.

—¿Qué? ¿Ahora no puedes abrir la boca? ¡Hay que ver cómo aullas ese palabrerío infernal cuando estás borracho! ¿Qué pretendes insultando a la gente de ese modo? ¡Borracho inservible!

—No lo puedo evitar. No me acuerdo de nada. Usted no debería escuchar.

—¡Dame órdenes encima! ¿Por qué diablos te pescas esas borracheras?

—No me lo pregunte. Estoy harto de las malditas calderas... Usted también estaría harto, en mi lugar. Harto de la vida.

—Muérete de una vez, entonces. A mí me tienes harto. ¿No te acuerdas del escándalo que hiciste anoche, borracho de porquería?

—No, no me acuerdo. No quiero acordarme. La bebida es la bebida.

—No sé por qué no te echo a patadas. ¿Qué estás buscando aquí?

—Relevarlo. Ya trabajó demasiado, George.

—¡Nada de George! ¡Siempre empinando el codo, viejo sinvergüenza! Si yo me muriera mañana te morirías de hambre. No lo olvides. Y te ordeno que me digas señor Massy.

—Señor Massy —repitió el otro, estúpidamente.

Desgredado, con los ojos inyectados de sangre, una camisa mugrienta, los pantalones manchados de grasa, pies sin medias y con unas zapatillas rotas, se metió de cabeza en la sala de máquinas apenas Massy le dejó libre el paso.

El primer maquinista miró a su alrededor. La cubierta estaba vacía. Todos los pasajeros nativos habían bajado a Batu Beru y no subieron otros. Se oía el tictac del reloj de la corredora en el otro extremo del barco. Reinaba la calma. Bajo el cielo nublado, atravesando el aire inmóvil, caluroso, que olía a algas y parecía adherirse al casco, el *Sofala* avanzaba en el mar gris y sin ondas como si flotara en el espacio vacío. Pero Massy se golpeó la frente, trastabilló, y tuvo que sujetarse a una cabilla del mástil.

—Voy a volverme loco —murmuró, mientras cruzaba la cubierta con pasos inseguros.

Abajo, una pala recogía restos de carbón. Se cerró de golpe la puerta de un fogón. Sterne silbaba en el puente.

El capitán Whalley, sentado en la cama, despierto y completamente vestido, oyó que abrían la puerta de su camarote. No se movió; prudentemente, con un terrible esfuerzo, esperó a reconocer la voz.

Una lámpara iluminaba intensamente la pintura blanca, la pana roja, el barniz de

las tablas de caoba. La caja de embalar, de madera clara, que había debajo de la cama, estaba cerrada desde hacía tres años, como si el capitán Whalley, después de vender el *Fair Maid*, hubiera adivinado que no encontraría un lugar habitable en todo el mundo, ni para él ni para sus amores. Tenía las manos sobre las rodillas; la hermosa cabeza ofrecía un perfil rígido a la persona que lo miraba desde la puerta. La voz esperada habló por fin:

—Por última vez, ¿cómo debo llamarlo?

Ah, Massy. De nuevo. El hastío le estrujó el corazón. Y el dolor de la vergüenza era casi más de lo que podía soportar sin dar un grito.

—Y bien. ¿Puedo llamarlo «socio» todavía?

—No sabe lo que me pide.

—Sé lo que quiero...

Massy entró y cerró la puerta.

—... y voy a intentarlo una vez más.

El lloriqueo era a medias persuasivo, a medias amenazador.

Porque es inútil que me diga que usted es pobre. Es cierto que no gasta nada, pero hay una palabra distinta para eso. ¿Cree que me va a sacar lo que se le antoja por tres años, y que después me largará sin oír qué pienso de usted? ¿Se imagina que iba a aguantarle los aires que se daba, si hubiera sabido que toda su fortuna era de quinientas miserables libras? Tendría que habérmelo dicho.

—Tal vez —dijo el capitán Whalley, bajando la cabeza—. Y, sin embargo, ese dinero lo salvó.

Massy se rió con desprecio.

—No tengo más —dijo el capitán—. Ya se lo he dicho muchas veces.

—Y ahora tampoco le creo. ¡Cuando pienso que le permití hacerse el señor en mi barco! ¿Se acuerda de cómo me torturaba con el asunto de mi chaqueta en *su* puente? La dejaba en *su* camino. ¡*Su* puente! «Y no puedo consentir esto», y «jamás se me ocurriría hacer aquello»... ¡El hombre honesto! Y ahora se descubre todo. «Soy pobre y no puedo. Sólo tengo quinientas libras».

Contempló la inmovilidad del capitán Whalley como si fuera un obstáculo insuperable. La cara de Massy tomó una expresión lúgubre.

—Usted es un hombre duro.

—Bastante —dijo el capitán Whalley, volviéndose hacia él—. No podrá sacarme nada, porque no tengo nada que sea mío.

—¡Cuénteselo a su abuela!

El señor Massy salió, le echó una última mirada y cerró la puerta. El capitán Whalley, solo, permaneció sentado y sin moverse. No tenía nada que le perteneciera. Hasta su propio pasado de honor, de veracidad, de justo orgullo, se había perdido. Toda una vida sin tacha estaba en el fondo del abismo. Ya le había dado el último adiós. Pero lo que pertenecía *a ella*, no; estaba decidido a salvarlo. Sólo un poquito de dinero. Se lo entregaría con sus propias manos: el último regalo de un hombre que

había vivido demasiado. Y la llama de un violento impulso, la pasión de la paternidad, alimentada por el inextinguible vigor de esa vida inútil, ardió con el deseo de ver la cara de su hija.

Exactamente al otro lado de la cubierta, Massy entraba en su camarote, encendía la luz y buscaba la nota del número soñado, que ardía con la llama de una pasión distinta. Tenía que ingeniarse de algún modo para no perder el sorteo. Aquel número significaba algo. Pero ¿a qué recurrir?

—¡Maldito tacaño! —murmuró.

Si bien el señor Sterne no hubiera podido contarle nada nuevo de su socio, Massy, en cambio, habría podido decirle al señor Sterne que hay un mejor uso de la desgracia ajena que el simple despido y, en consecuencia, la prórroga de un año para devolverle el dinero. Mantener en secreto la enfermedad y convencerlo de que se quedara era la jugada más inteligente. Si no tenía otros recursos, estaría ansioso por conservar el puesto, y no podría reclamar su parte. Massy no sabía hasta dónde llegaba la incapacidad del capitán Whalley, pero si el barco encallaba en cualquier punto de la costa y para siempre, el propietario no era el responsable, ¿verdad? Nada lo obligaba a enterarse de ese tipo de problemas. Probablemente, tampoco a nadie se le ocurriría plantear la cuestión, y el barco estaba totalmente asegurado. Con un resto de prudencia, había pagado la póliza. Pero eso no era todo. Le costaba creer que el capitán Whalley no tuviera algo de dinero ahorrado. Si él, Massy, lograba echarle mano a ese dinero, pagaría las calderas y todo seguiría como antes. Y si, finalmente, el barco se iba a pique, mejor. Odiaba ese barco; odiaba los problemas que distraían su atención de los juegos de azar. Deseaba ver al *Sofala* en el fondo del mar y al dinero del seguro en sus bolsillos. Y cuando, derrotado, salió del camarote del capitán Whalley, el mismo odio abrazó al barco de calderas gastadas y al hombre de los ojos velados.

La conducta de un hombre depende tanto de sugerencias externas que, sin el monólogo de borracho de su segundo, ahí mismo hubiera terminado con ese miserable de Jack, que no quería ayudar, ni quedarse. ¡Viejo farsante! Se moría por echarlo a patadas. Pero se controló. Había tiempo para eso. Cuando se le antojara. Porque ahora tenía otro plan. Lo atemorizaba. Sin embargo, ¿no era eso lo que buscaba? ¡Cómo deliraba esa bestia de Jack! Bien, Jack no estaba muy lejos de la verdad. Se le había ocurrido un ardid muy ingenioso. Pero ¿a qué precio?

Un sentimiento de orgullo (el orgullo de sobreponerse a prejuicios vulgares) aceleró los latidos de su corazón, le secó la boca. Muy pocos se atreverían. Pero él era Massy y estaría a la altura de las circunstancias.

Seis campanadas sonaron en cubierta. ¡Las once! Bebió un vaso de agua y para calmarse se sentó, durante unos minutos. Luego sacó del baúl una pequeña linterna y la encendió.

Casi enfrente de su camarote, cruzando el angosto pasillo bajo el puente, en la estructura de la cubierta, que abarcaba el cuarto de calderas y la sala de máquinas,

había un pañol con paredes de hierro, techo de hierro y planchas de hierro sobre el piso, para protegerlo del calor que llegaba de abajo. Ahí se arrojaba toda clase de basura: pedazos de chatarra, latas de petróleo vacías, bolsas con trapos sucios de grasa, una pila de carbón, una fragua de cubierta, fragmentos de jaulas, fundas harapientas, restos de lámparas y hacía años que un sombrero de fieltro marrón (propiedad de un hombre muerto de una fiebre en la costa de Brasil, que había sido piloto del *Sofala*), estaba metido detrás de un caño roto, como parte de la sala de máquinas. Una impenetrable oscuridad colmaba ese museo de cosas inservibles y olvidadas. Y fue atravesada oblicuamente por el fino haz de la linterna del señor Massy.

Tenía el saco desabotonado. Corrió el cerrojo de la puerta (no había otra) y, agachado frente a la pila de chatarra, empezó a llenarse los bolsillos con pedazos de hierro. Los guardaba cuidadosamente, como si las tuercas oxidadas, las cerraduras rotas y los eslabones sueltos fueran de oro y sólo tuviera esta oportunidad para robarlos. Llenó hasta el tope los bolsillos laterales, de adelante e interiores de la chaqueta. Examinaba las piezas una por una. A algunas las descartaba. Una niebla minúscula, de polvo de óxido, se alzaba de las manos laboriosas. El ingenioso truco del señor Massy tenía una base científica. Para desviar la aguja magnética de la brújula de un barco, el hierro fundido era ideal; asimismo, aquellos pedazos chicos en el bolsillo de una chaqueta causarían mayor efecto que unos pocos grandes, por abarcar mayor superficie ya que era la superficie lo que contaba.

Se escabulló del pañol rápidamente; le bastaron dos pasos. En el camarote advirtió que tenía las manos completamente rojas: rojas de óxido. El descubrimiento lo alarmó, parecía como si estuvieran manchadas de sangre. Se revisó la ropa. Cielos, ¡también los pantalones! Se había frotado las manos sucias en las piernas.

En el apuro por quitarse los pantalones, hizo saltar un botón de la cintura; cepilló la chaqueta, se lavó las manos. Limpio, sin marcas visibles de culpabilidad, se sentó a esperar.

Se sentó muy derecho en la silla, cargado de hierro. Tenía dos duros bultos contra las caderas, el contenido de los bolsillos le golpeaba el pecho cuando respiraba, y sentía que el peso lo doblegaba. Parecía atontado también; sentado ahí, sin hacer nada, la cara amarillenta, con los ojos negros y fijos, tenía algo de pasivo y triste en su inmovilidad.

Cuando oyó que daban ocho campanadas, se levantó y se dispuso a salir. Se movía desorientado, con el labio inferior un poco más caído que de costumbre, la mirada perdida, como si el esfuerzo de su voluntad lo hubiera despojado de todo vestigio de inteligencia.

Con la última campanada, el *serang* apareció silenciosamente en el puente, para relevar al piloto. Sterne desbordaba de afabilidad: tenía todo lo que había deseado.

—¿Ya se te han abierto los ojos, *serang*? Está bastante oscuro. Esperaré hasta que se te acostumbre la vista.

El viejo malayo murmuró un asentimiento, miró hacia arriba con los cansados ojos, se escurrió hacia la luz de la bitácora, entrelazó las manos a la espalda y clavó los ojos en la rosa de los vientos.

—A eso de las tres y media, tendrás que mirar con atención hacia adelante, para avistar tierra. Hay suficiente claridad, sin embargo. Le avisaste al capitán cuando venías, ¿no? ¿Sabe qué hora es? Bien, entonces me voy.

Al pie de la escalera se apartó para dejarle paso al capitán. Lo vio subir a cubierta con paso equilibrado y firme, y quedó pensativo un momento.

«Es curioso», se dijo, «pero nunca puedo saber si me ha visto o no. Esta vez tiene que haberme oído respirar».

A pesar de todo, era un hombre extraordinario. Se decía que en su época había sido famoso. El señor Sterne no lo dudaba. Serenamente llegó a la conclusión de que el capitán Whalley era capaz de ver a la gente borrosamente, como lo había visto a él, pero no podía distinguirla, y estaba obligado a esa actitud de reserva y silencio por temor a traicionarse. El señor Sterne era un agudo observador.

Esa necesidad constante revelaba al capitán Whalley toda la humillación de su engaño. Había caído en ella por amor paternal, por incredulidad, por una confianza sin límites en la justicia divina. La pobre Ivy recibiría la ganancia de otro mes de trabajo; tal vez la enfermedad fuera pasajera. Seguramente, Dios no le quitaría el poder de ayudar a su hija, arrojándolo desnudo a una noche sin fin. Se aferraba a cualquier esperanza, y cuando la evidencia de su infortunio era más fuerte que la esperanza, trataba de no creer en esa evidencia.

Era en vano. En aquel mundo que inexorablemente se oscurecía, una claridad siniestra iluminaba sus pensamientos. En la revelación del dolor, veía la vida, los hombres, las cosas, la tierra entera con su carga de naturaleza creada, como nunca los había visto antes.

A veces, un repentino vértigo y un insoportable terror lo acometían; entonces aparecía la imagen de la hija. Tampoco a ella la había visto antes con tanta claridad. ¿Era posible que no pudiera hacer nada por ella? Nada. ¿Ni verla nunca más? Nunca.

¿Por qué? El castigo era demasiado grande para un poco de engreimiento, un poco de orgullo. Y por último, se abrazó al engaño, con la férrea decisión de mantenerlo hasta el final, de salvar el dinero de su hija y de volver a verla. ¿Y después? La idea del suicidio le causaba repugnancia: era fuerte y un hombre. Toda plegaria para pedir la muerte se le atravesaba en la garganta. Durante toda su vida había rezado, pero para pedir el pan de cada día, para no caer en la tentación, humilde e inocente como un chico. ¿Significaban algo las palabras? ¿De dónde provenía el don del lenguaje? Y los violentos golpes de su corazón le reverberaban en la cabeza, parecían destrozarle el cerebro.

Se dejó caer en la silla del puente para fingir que hacía guardia. Era una noche oscura. Todas las noches eran oscuras ahora.

—*Serang* —dijo, alzando un poco la voz.

—Sí, *Tuan*. Estoy aquí.

—¿Hay nubes en el cielo?

—Hay, *Tuan*.

—Mantén firme el rumbo. Norte. —Está al norte. *Tuan*.

El *serang* retrocedió. El capitán Whalley reconoció las pisadas de Massy sobre el puente.

El maquinista caminaba hacia babor y volvía, pasando por detrás de la silla varias veces. El capitán Whalley intuyó una suerte de prudente cuidado en ese merodeo. La cercana presencia de aquel hombre agudizaba el sufrimiento moral del capitán Whalley. No era remordimiento. Después de todo, sólo le había hecho un bien a ese pobre diablo. Tuvo, también, una sensación de peligro, de que debía mantenerse alerta.

Massy se detuvo y dijo: —Así que insiste en irse.

—Realmente, debo irme.

—¿Y no podría, al menos, dejar el dinero por un plazo de algunos años?

—Imposible.

—No me lo quiere confiar si usted no lo vigila, ¿eh?

El capitán Whalley permaneció en silencio. Massy suspiró largamente por encima del respaldo de la silla. —Ese dinero alcanzaría para salvarme.

—Ya lo salvé una vez.

El primer maquinista se quitó la chaqueta con cuidado y tanteó en busca del gancho atornillado al poste. Para alcanzarlo, se puso delante de la bitácora y ocultó con el cuerpo la rosa de los vientos.

—¡*Tuan!* —dijo suavemente el malayo, para indicarle al blanco que no le dejaba ver la brújula.

El señor Massy había logrado su propósito. La chaqueta colgaba del gancho, a seis pulgadas de la bitácora. Y apenas se hizo a un lado, el timonel marcado de viruela, malayo de Sumatra, oscuro como un negro, descubrió, atónito, que en muy poco tiempo, en un mar liso y sin viento, el barco se había desviado de su curso. Nunca le había pasado antes. Con un gruñido de asombro, giró rápidamente el timón para poner proa al norte, que era el rumbo correcto. El chirrido de las cadenas del timón, los murmullos indignados del *serang*, provocaron un ligero revuelo, que atrajo la atención del capitán Whalley.

—Tengan más cuidado —dijo.

La quietud habitual volvió al puente. El señor Massy había desaparecido.

Pero el hierro en los bolsillos de la chaqueta hizo su obra y el *Sofala*, rumbo al norte según la brújula falseada, ya no iba por la ruta segura a la Bahía de Pangu.

El siseo del agua contra la proa, el latido de las máquinas, todos los sonidos habituales de la vida fiel y laboriosa del barco, acompañaban la marcha por el mar calmo y gris, que en toda la amplitud del horizonte se confundía con una inmóvil capa de nubes. Una delicada, vasta serenidad, parecía aguardar el paso del barco para

envolverlo amorosamente, como una tierna caricia. El señor Massy pensó que la noche era perfecta para un naufragio provocado.

Encallar de golpe en uno de los arrecifes al este de Pangu. Esperar la luz del día. Hallar un boquete en la quilla. Bajar los botes. Bahía de Pangu esa misma noche. Eso era todo. Apenas tocaran tierra, subiría rápidamente al puente, agarraría la chaqueta (en la oscuridad, nadie lo vería), y la sacudiría por encima de la borda, o mejor, la arrojaría al mar. Un detalle. ¿Quién iba a darse cuenta? Sin embargo, cuando se sentó en el peldaño inferior de la escalera del puente, las piernas le temblaban. La espera era lo peor. Por momentos, jadeaba como si hubiera estado corriendo; luego, respiraba profundamente, ensanchado el pecho por una voluptuosa sensación de dominio.

De tanto en tanto, oía el roce de los pies desnudos del *serang*: allá arriba, voces tranquilas y apagadas cambiaban unas pocas palabras.

—Avísame apenas veas tierra, *serang*.

—Sí, *Tuan*. Todavía no.

—No, todavía no —asentía el capitán Whalley.

El barco había sido su mejor amigo en la desdicha. Todo el dinero ganado en el *Sofala* había sido enviado a la hija, Ivy. Cuántas veces, con su mujer, conversaron inclinados sobre la cuna de la chica, en el gran camarote del *Cóndor*: aquella niña iba a crecer, a casarse, a quererlos siempre, y vivirían cerca de ella, serían testigos de su felicidad. Bien, su esposa había muerto, a la hija ya le había dado todo lo que tenía. Ahora sólo deseaba verla nuevamente, verle la cara una vez más, vivir en el sonido de su voz, que haría soportable la oscuridad de una muerte en vida. Llevaba demasiado tiempo sin amor. Imaginó la ternura de la hija.

El *serang* se asomaba a la borda y, de cuando en cuando, echaba una mirada ansiosa hacia la silla. Se movía, inquieto, de un lado a otro, hasta que repentinamente estalló, junto al capitán:

—*Tuan*, ¿no ve nada de tierra?

La voz alarmada puso de pie al capitán Whalley. ¿Él? ¿Ver? Y ante esa pregunta, la maldición de la ceguera lo golpeó con fuerza multiplicada.

—¿Qué hora es? —gritó.

—Las tres y media, *Tuan*.

—Estamos cerca. Debes verla. Mira, te digo. Mira.

El señor Massy, a quien el súbito ruido de voces despertó de un breve sueño en el último escalón, se preguntó qué estaba haciendo ahí. ¡Ah! Sintió un desmayo. Una cosa era sembrar la semilla de un accidente y otra ver ese fruto monstruoso a punto de caer sobre uno, bamboleándose en la agitación de una voz.

—No hay peligro —murmuró temblorosamente.

El capitán Whalley era presa del horror de la incertidumbre: una brutal desconfianza de los hombres, de las cosas, del universo entero. Treinta y seis veces había conducido el barco por esa ruta, con ese mismo rumbo: si de algo estaba seguro

era de la absoluta fidelidad de la brújula. ¿Qué había sucedido? ¿Mentía el *serang*? ¿Por qué iba a mentir? ¿Por qué? ¿O él también se estaba quedando ciego?

—¿Hay niebla? Mira abajo, en el agua. Bien bajo, te digo.

—*Tuan*, no hay niebla. Mire usted mismo.

Con un esfuerzo, el capitán Whalley controló el temblor de las piernas. ¿Debía parar las máquinas ya mismo y condenarse? Una tormenta de indecisión lo sacudió. Lo imprevisto había ocurrido y no estaba en condiciones de enfrentarlo. En ese momento de inexpresable angustia vio el rostro de su hija, dibujado con fantástica nitidez: era la cara de una niña. No, había ido demasiado lejos como para entregarse.

—¿Has mantenido el rumbo? ¿Lo hiciste? Dime la verdad.

—Sí, *Tuan*. Está en el rumbo ahora. Mire.

El capitán caminó hasta la bitácora: un tenue círculo de luz en un infinito de sombras. Antes, sólo tenía que inclinar ligeramente la cabeza para...

Como debía agacharse, extendió un brazo, y buscó instintivamente donde apoyarse; había un poste por ahí. Su mano tocó algo que no era madera, sino tela. El leve tirón se sumó al peso, rompió la presilla, y la chaqueta del señor Massy cayó al suelo con un estruendo metálico.

—¿Qué es esto?

El capitán Whalley se arrodilló sobre cubierta, las manos tanteando el piso en una franca demostración de su ceguera. Y temblaron las manos que buscaban una certidumbre. Hierro cerca de la brújula. Curso errado. ¡Hundir el barco! *Su* barco. ¡Oh!, no. Eso no.

—¡Corre a pararlo! —rugió, con una voz que no era la suya.

Él también corrió, con las manos extendidas hacia adelante; era un hombre ciego. Y cuando todavía sonaba el clamor del gong, el barco se estrelló violentamente, como si embistiera el flanco de una montaña.

Había marea baja en el lado norte del estrecho. El señor Massy no había considerado esa posibilidad. En vez de encallar en tierra, el *Sofala* golpeó contra el filo rocoso de un arrecife que la marea alta descubría. El choque fue terrible. Derribó a los hombres que estaban de pie, estremeció de punta a punta el aparejo. Todas las luces se apagaron. Varios tirantes de cadena se cortaron y golpeaban estrepitosamente la chimenea. Una ensordecedora confusión de ruidos indicaba el desastre: ruido de objetos que caían, de cables cortados, de madera hecha astillas, de resquebrajaduras, de un farol que volaba, de puertas abriéndose y cerrándose. Después del primer choque, el barco rebotó y, como un ariete, volvió a estrellarse por segunda vez en el mismo lugar. Esto completó el estrago: la chimenea, sin tirantes, cayó con el ruido hueco de un trueno, destrozando el timón, aplastando los toldos, haciendo trizas los compartimientos, llenando el puente de madera rota. El capitán Whalley se puso de pie entre los escombros, magullado, sangrando, consciente de la naturaleza del peligro por los ruidos que oía, con la chaqueta del señor Massy en las manos.

Para entonces, Sterne (que había sido arrojado del catre) ya ordenaba marcha

atrás. Las máquinas dieron unos cuantos giros, hasta que una voz aulló:

—¡Fuera de esa condenada sala de máquinas, Jack!

Y se detuvieron. Pero el barco se había desprendido del arrecife y flotaba, inmóvil, bajo una espesa nube de vapor que salía de los caños rotos de cubierta y se desvanecía a jirones en la noche. Pese a lo inesperado de la catástrofe, no hubo gritos, como si la violencia del choque hubiera atontado a los hombres que se movían inciertamente, como sombras, en la cubierta. La voz del *serang* se oyó muy clara entre los confusos murmullos:

—No hay fondo. —Y recogió la sonda.

El señor Sterne exclamó, nerviosamente: —¿Dónde diablos se ha metido el barco? ¿Dónde estamos?

El capitán Whalley respondió, con voz grave y serena:

—Entre los arrecifes, al este de nuestra ruta. —¿Está seguro, señor? Entonces, nunca saldremos de aquí.

—En cinco minutos se irá a pique. Botes, Sterne. Uno solo bastaría para salvar a todos en esta calma.

Los fogoneros chinos corrieron en desorden hacia los botes de babor. Nadie intentó detenerlos. Los malayos, después de un momento de confusión, se controlaron, y el señor Sterne mostró aplomo. El capitán Whalley no se movió. Sus pensamientos eran más oscuros que la noche en que perdía un barco por primera vez.

—Me hizo perder un barco.

Una alta figura, detrás de él, de pie entre los escombros, susurró: —No diga nada.

Massy se acercó tropezando. El capitán Whalley oía el castañeteo de los dientes. —Tengo la chaqueta.

—Tírela al mar y venga —urgió la voz entrecortada—. ¡Un bote!

—Le van a dar cinco años por esto.

Cuando el señor Massy habló, la voz fue apenas un seco carraspeo en la garganta.

—¡Tenga piedad!

—¿Acaso la tuvo usted cuando me hizo hundir el barco? Señor Massy, le van a dar cinco años por esto.

—¡Necesitaba dinero! ¡Dinero! ¡Mi propio dinero! Puedo darle algo. Quédese con la mitad. A usted también le gusta el dinero.

—Hay una justicia...

Massy hizo un esfuerzo y, sofocado, replicó:

—¡Maldito ciego! Fue usted quien me obligó.

El capitán Whalley apretó la chaqueta contra el pecho y no dijo nada. La luz se había retirado del mundo y para siempre: todo estaba perdido. Pero ese hombre no debía escapar impune.

Sterne ordenaba:

—¡Bájenlo ahora!

Las poleas chirriaron.

—Ahora —gritó—, todos abajo. Por aquí. Tú, Jack, aquí. ¡Señor Massy! ¡Señor Massy! ¡Capitán! ¡Pronto, señor! Vamos a...

—Yo iré a la cárcel por estafa a la compañía de seguros, pero usted va a quedar en evidencia. Usted, que parecía tan honesto y me ha estado engañando. Es pobre, ¿verdad? No tiene nada más que quinientas libras. Muy bien. Ahora no tiene nada. El barco se hundió y no pagarán el seguro.

El capitán Whalley no se movió. ¡Era cierto! El dinero de Ivy. Perdido en el naufragio. En un relámpago de lucidez, comprendió: tenía la soga al cuello.

Voces ansiosas los llamaban desde el agua. Massy parecía incapaz de moverse del puente. Susurraba con desesperación:

—¡Démela! ¡Démela de una vez!

—No —dijo el capitán Whalley—. No podría. Mejor que se vaya. No espere más, si quiere seguir vivo. Se está hundiendo de proa, velozmente. No. Me quedo con ella, pero también me quedo a bordo.

Massy no comprendía, pero el amor a la vida, súbitamente despierto, lo sacó del puente.

El capitán Whalley soltó la chaqueta y, tropezando con los escombros, se acercó a la borda.

—¿Está el señor Massy con ustedes? —gritó en la oscuridad.

Desde el bote, Sterne le respondió:

—Sí, ya lo tenemos. Venga, señor. Es una locura demorarse.

El capitán Whalley pasó cuidadosamente la mano por la barandilla, encontró el cabo que unía barco y bote y, sin decir una palabra, lo soltó. Abajo, todavía lo aguardaban. Esperaron, hasta que una voz exclamó:

—¡Estamos a la deriva! ¡Hay que alejarse!

—¡Capitán Whalley! ¡Salte! Haga un esfuerzo... ¡Salte! Usted puede nadar.

En aquel viejo corazón, en aquel cuerpo vigoroso, el horror de la muerte tenía ahora más fuerza que el horror de la ceguera. Pero, al fin y al cabo, por Ivy se había salido con la suya, caminando en la oscuridad hasta el mismo borde del crimen. Dios no lo había escuchado. La luz, finalmente, se borraba del mundo: no quedaba un destello. Era un desierto oscuro. Pero incluso en ese desierto, le pareció indecoroso que un Whalley, después de llegar tan lejos para salirse con la suya, continuara vivo. Debía pagar el precio.

—Salte lo más lejos que pueda señor; lo recogeremos.

No les respondió. Pero los gritos le recordaron algo. A tientas, retrocedió y buscó la chaqueta de Massy. Claro que podía nadar. Gente arrastrada por el remolino de un barco que se hunde, a veces vuelve a la superficie. Le pareció indecoroso que un Whalley, ya resuelto a morir, fuera estafado por la casualidad. Puso todos los trozos de hierro en los bolsillos de su propia chaqueta.

Los otros, desde el bote, miraban al *Sofala*: era una mole negra en un mar negro, inmóvil y vertiginosamente inclinada. No se oía un solo ruido a bordo. Luego, con el

extraño sonido de algo gigantesco que se arrastraba, las calderas sueltas parecieron atravesar las paredes del barco y, con una débil explosión, el *Sofala* se convirtió en una punta recta y angosta, una suerte de roca que emergía del mar. Un instante después, eso también desapareció.

Cuando el *Sofala* no volvió a Batu Beru en la fecha prevista, el señor Van Wik comprendió inmediatamente que no lo vería nunca más. Pero no supo qué había sucedido hasta varias semanas después, cuando, en una embarcación nativa que le prestó el sultán, fue hasta el puerto de registro del *Sofala*, donde la investigación oficial y la misma existencia del barco ya empezaban a olvidarse.

No era un caso notable ni interesante, salvo por el hecho de que el capitán se había hundido con el barco. Era la única víctima. Y el señor Van Wik no hubiera logrado otra información sin un casual encuentro con Sterne, en el muelle cercano al puente del riacho, casi en el mismo sitio donde el capitán Whalley, para guardar intactas las quinientas libras de su hija, subió al sampán que lo condujo a bordo del *Sofala*.

Desde lejos, el señor Van Wik vio que Sterne le guiñaba los ojos, se llevaba una mano al sombrero. Se refugiaron en la sombra de un edificio y el piloto le narró la llegada de los botes, con toda la tripulación, a la Bahía de Pangu, seis horas después del accidente; las dos semanas de privaciones, hasta que encontraron un medio de salir de aquel lugar inmundo. La investigación los había exonerado de toda culpa. La pérdida del barco fue atribuida a una inusual desviación de la corriente. Por supuesto, no podía existir otra causa: era la única explicación al hecho de que el barco estuviera siete millas al este de su rumbo, durante la guardia nocturna.

—Tuve mala suerte, señor.

Sterne se pasó la lengua por los labios y miró de reojo.

—Perdí la gran oportunidad de que usted me empleara, señor. Nunca dejaré de lamentarlo. Pero ahí tiene: la ruina de unos es la riqueza de otros. Al señor Massy le vino tan bien como si él mismo hubiera provocado el naufragio. La pérdida total más oportuna que he conocido.

—¿Qué se ha hecho de ese Massy? —preguntó el señor Van Wik.

—¿Él, señor? ¡Ja, ja! Se lo pasó diciéndome que iba a comprar otro barco. Pero apenas tuvo el dinero en el bolsillo, se largó a Manila en el vapor de la mañana. Lo perseguí hasta el camarote y entonces admitió que se iba a Manila, donde lo esperaba una fortuna. En cuanto a mí, que me fuera al diablo. Y eso que me había prometido darme el mando del barco si me callaba la boca.

—Y usted nunca dijo nada...

—Nunca, señor. ¿Por qué iba a hacerlo? Quiero progresar, pero los muertos no están en mi camino —dijo Sterne.

Parpadeó rápidamente, y luego, durante un instante, cerró los ojos.

—Además, señor, no hubiera sido un buen negocio. Usted me sujetó la lengua demasiado tiempo.

—¿Por qué se quedó a bordo el capitán Whalley? ¿Realmente se negó a abandonar el barco? Vamos, dígame la verdad. O tal vez, por accidente...

—¡Nada de eso! —lo interrumpió Sterne, enérgicamente—. Yo mismo le grité que saltara. Fue él quien soltó el cabo del bote. Todos le gritamos..., es decir, Jack y yo. Ni siquiera nos contestó. El barco estaba silencioso como una tumba. Después se desprendieron las calderas y se fue a pique. ¿Accidente? ¡Nada de eso! El juego había terminado, señor, yo se lo dije.

Sterne no tenía nada que agregar.

Naturalmente, el señor Van Wik fue huésped del club durante las dos semanas de visita, y ahí conoció al abogado en cuya oficina se había firmado el contrato entre Massy y el capitán Whalley.

—Un viejo extraordinario —dijo el abogado—. Llegó a mi oficina como caído del cielo, con sus quinientas libras y con ese tipo, el maquinista, que lo seguía comiéndose las uñas. Y ahora desapareció casi tan inexplicablemente. Nunca lo pude entender del todo. Ese Massy, en cambio, no tenía misterio alguno, ¿verdad? Me pregunto si Whalley no se habrá negado a abandonar el barco. Hubiera sido estúpido. Era inocente, como lo declaró el tribunal.

El señor Van Wik dijo que lo había conocido bien, y que no podía creer en un suicidio. Un acto así no encajaba en la imagen que tenía de ese hombre.

—Ésa es también mi opinión —asintió el abogado.

La teoría más aceptada era que el capitán se había demorado a bordo tratando de salvar algo importante. Quizás el mapa de navegación que demostraría su inocencia, o algo de valor que guardaba en su camarote. El cabo del bote se había desprendido solo, suponían. Sin embargo, curiosamente, muy poco tiempo antes de ese viaje, el pobre Whalley se había presentado en su oficina, con un sobre lacrado a nombre de la hija, para que se le remitiera en caso de muerte. De todos modos, no era un gesto inusual en un hombre de sus años. El señor Van Wik sacudió la cabeza. Con ese estado físico hubiera alcanzado fácilmente los cien.

—Tiene razón —admitió el abogado—. Parecía como si hubiera llegado al mundo ya maduro y con esa larga barba. Es raro, pero no puedo imaginarlo más joven ni más viejo, sabe. Tenía una especie de inmenso poder físico. Y quizás ahí radicaba el secreto de ese algo peculiar que impresionaba a todos. Uno sentía que era invulnerable, que no lograrían destruirlo por los mismos medios que al resto de nosotros. Esa deliberada, majestuosa cortesía, estaba cargada de significado. Como si le sobrara tiempo para todo. Sí, había algo indestructible en ese hombre, y a veces, cuando hablaba, uno sospechaba que también él lo creía. Cuando me visitó por última vez, con aquella carta para la hija, no estaba deprimido. Quizás un poco más sentencioso y grave que de costumbre. Pero de ningún modo deprimido. ¿Tendría un presentimiento? Vaya a saber. De todos modos, es un fin miserable para un personaje tan espléndido.

—¡Oh, sí! Un fin miserable —dijo el señor Van Wik con tanto fervor que el otro

lo miró sorprendido.

Algo más tarde, cuando se despidieron, el abogado le comentó a un amigo:

—Un tipo raro ese holandés que planta tabaco en Batu Beru. ¿Sabes algo de él?

—Tiene montañas de dinero —contestó el gerente del Banco—. Dicen que se va a Europa en el próximo vapor, para formar una compañía que se haga cargo de sus tierras. Otro distrito tabacalero. Hace bien, creo. Estos tiempos de dinero fácil no duran para siempre.

En el hemisferio sur, la hija del capitán Whalley no intuyó la mala noticia cuando abrió el sobre que tenía el nombre y la dirección escritos por el abogado. Lo había recibido al mediodía. Los huéspedes ya habían salido, los chicos estaban en la escuela, el marido leía en el piso de arriba, sentado en un sillón, la cara demacrada y las piernas envueltas en mantas. La casa estaba en silencio y todo el gris del día nublado se adhería al vidrio de las ventanas.

En la habitación pobre y sombría, donde el aire conservaba durante todo el año un leve, frío olor a comida, sentada en la cabecera de una larga mesa, rodeada de sillas vacías que se apretaban contra el borde de un mantel siempre puesto, leyó las frases introductorias de la carta: «Mi más profundo pésame..., un triste deber..., su padre ha fallecido..., de acuerdo con sus instrucciones..., fatal accidente..., consuelo..., ninguna culpa empaña la memoria...».

La cara era delgada; las sienas algo hundidas bajo el cabello negro, más liso que la piel. Apretó los labios con decisión, mientras los ojos oscuros se agrandaban, hasta que al fin, con un grito ahogado, se puso de pie. Un instante después, se inclinaba para recoger otro sobre que había caído al suelo.

Lo abrió ansiosamente.

Mi queridísima hija:

Te escribo ahora, porque todavía puedo hacer una carta legible. Estoy tratando de ahorrar todo el dinero posible. Lo guardo solo para ti. Es tuyo. No se perderá, no se tocará un centavo. Son quinientas libras. Hasta hoy, te he mandado todo lo que gané. En el futuro, si vivo, deberé quedarme con algo, un poquito, para pagar el barco que me lleve hacia ti. Debo hacerlo. Tengo que verte una vez más.

Me cuesta creer que un día leerás esta carta. Dios parece haberme olvidado. Quiero verte. Y sin embargo, la muerte me haría un favor muy grande. Si alguna vez lees estas palabras, te pido encarecidamente que agradezcas la misericordia de Dios, porque habré muerto entonces, y todo estará bien. Mi querida, estoy con la soga al cuello.

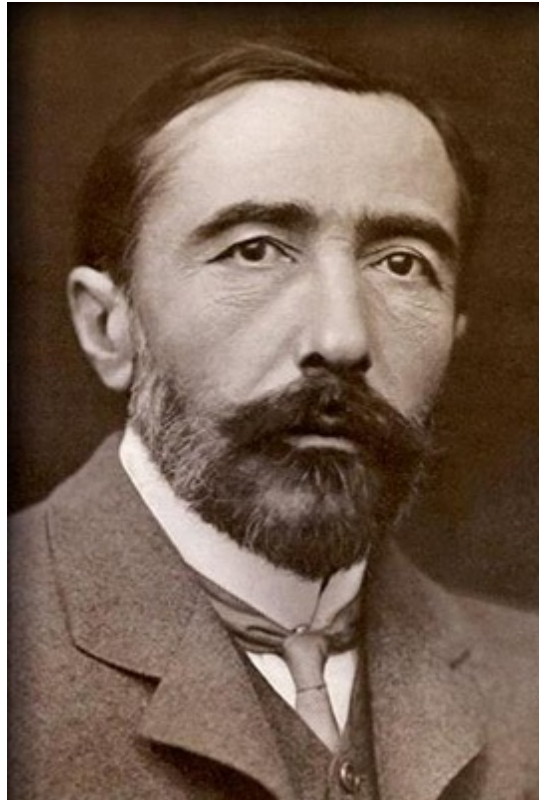
El párrafo siguiente comenzaba con las palabras:

Estoy perdiendo la vista...

Aquel día no leyó más. La mano que sostenía el papel cayó muy lentamente y la mujer delgada y vestida de negro caminó hacia la ventana. Tenía los ojos secos. Ni un grito de dolor, ni un susurro de agradecimiento a Dios, salieron de sus labios. La vida había sido demasiado dura, pese a los esfuerzos del amor de su padre. Había

silenciado las emociones. Pero por primera vez en años dejó de sentir el aguijón de la pobreza, de las preocupaciones, de aquella lucha miserable para ganarse el pan. También las imágenes del marido y de los hijos se iban alejando, se desvanecían en la luz gris del atardecer. Sólo veía la cara de su padre, como si por fin llegara a ella, tan alto y sereno como la última vez que lo había visto, pero con una expresión más digna y tierna.

Guardó la carta entre dos botones del escote de su modesto vestido negro y, con la frente apoyada contra el vidrio, permaneció ahí hasta que anocheció, inmóvil, para dedicarle a su padre el poco tiempo libre que tenía. ¡Muerto! ¿Era posible? Dios, ¿era posible? El golpe le llegaba suavizado por la distancia, por los años de ausencia. Había días enteros en que ni siquiera pensaba en él, por falta de tiempo. Pero lo quería y sintió que sí, que, después de todo, lo había querido mucho.



JOSEPH CONRAD, escritor británico de origen polaco, nació en Berdyczów el 3 de diciembre de 1857. Debido a la profundidad de su obra, en la que analiza los rincones más débiles y oscuros del alma humana, está considerado uno de los grandes autores en lengua inglesa del siglo XIX.

Conrad nació en el seno de una familia noble, muy activa dentro de los movimientos nacionalista polacos, algo que supuso su exilio tras la insurrección polaca de 1863. Tras quedar huérfano marchó a Marsella donde, a los 17 años, se enroló como marinero en un barco mercante.

De sus experiencias como marino por las costas de Sudamérica, India o África se nutren muchos de sus posteriores relatos, así como de sus vivencias durante las Guerras Carlistas en España, en las que participó en el bando carlista.

Nacionalizado inglés tras varios años enrolado en la *Royal Navy* decidió retirarse a los 38 años para dedicarse de manera íntegra a la escritura. Comenzó a escribir en inglés, cuya escritura no dominaba al principio tan bien como el polaco o el francés.

Es importante su visita al Congo Belga en 1888, donde constató las atrocidades cometidas sobre la población indígena, algo que sentaría las bases de una de sus novelas más famosas, *El corazón de las tinieblas*. Conrad también escribió algunos de los clásicos más memorables de la novela de aventuras, como *Lord Jim* o *Un vagabundo en las islas*.

Su estilo, a medio camino entre la tradición clásica y el nuevo modernismo, que más

tarde reinaría en Europa, está también influenciado por el romanticismo pese a tratar sus relatos con una gran dosis de realismo.

Joseph Conrad murió en Bishopsbourne, el 3 de agosto de 1924.

Notas

[1] *Hiedra*, en inglés. (N. de la T.) <<